Jules Verne

El rayo verde

Se relata la difícil busca de un fenómeno óptico, el rayo verde, que puede verse en ciertas condiciones en el momento en que el sol desaparece en el horizonte del mar, por parte de Sam y Sib Melvill, para tratar de casar a su sobrina Elena Campbell con Aristobulus Ursiclos, ya que dice la leyenda que dos personas que lo vean a la vez quedarán automáticamente enamoradas la una de la otra. Es un momento mágico en que dos personas descubren el amor a la vez. A la busca se une el pintor Olivier Sinclair.

Tras una serie de peripecias y de la busca del lugar ideal para avistar este mágico rayo verde, los protagonistas no tendrán el final deseado; pero, aun así, su amor no se verá demorado mucho más tiempo.

Además de servir como guía turística de las islas escocesas, la novela delinea también el antagonismo entre la ciencia encarnada por el sabelotodo Aristobulus Ursiclos (cuyo nombre aparenta un anagrama), y el humanismo representado en el poeta Olivier Sinclair, por el que Julio Verne fija su preferencia; posición explicable dada la personalidad del sabio, que es un sujeto extraño, antipático por su sequedad de corazón y su inteligencia puramente mecánica, valores totalmente alejados de las bondades filosóficas de los científicos de su primera etapa literaria.

El rayo verde no se incluye en el grupo clásico de las «novelas visionarias» que se le atribuyen a Verne; es considerada solo como una novela de viajes y aventuras sostenida en una antigua leyenda romántica, además de contener indudables toques de humor.

Jules Verne

El rayo verde

Viajes extraordinarios 23

ePub r1.1
alcazaba 31.10.14

Título original: *Le rayon vert*
Jules Verne, 1882
Traducción: S. Nerval
Ilustraciones: Léon Benett
Diseño de cubierta: alcazaba

Editor digital: alcazaba
Corrección de erratas: watsodeleche
ePub base r1.2

JULES VERNE
LE RAYON-VERT
DESSINS DE L. BENETT

Capítulo primero

El hermano Sam y el hermano Sib

¡Beth!

—¡Beth!

—¡Bess!

—¡Betsey!

—¡Betty!

Todos estos nombres resonaron sucesivamente en el magnífico *hall* de Helensburgh con arreglo a la costumbre del hermano Sam y del hermano Sib, para llamar así al ama de llaves de la mansión.

Pero en aquel momento los diminutivos familiares del nombre de Elisabeth no lograron que apareciera la buena mujer, tanto como si la hubieran llamado con su nombre entero.

En cambio, el que apareció en la puerta del *hall* con la gorra en la mano fue el mayordomo Partridge en persona.

Partridge, dirigiéndose a los dos personajes de alegre semblante, sentados en el alféizar de una ventana que hacía tribuna en la fachada de la casa:

—Los señores han llamado a la señora Bess —dijo—, pero la señora Bess no está en casa.

—¿Dónde está, pues, Partridge?

—Ha salido acompañando a la señorita Campbell, que se pasea por el jardín.

Y Partridge se retiró ceremoniosamente, obedeciendo una señal que le hicieron los dos hermanos.

Estos dos hermanos, Sam y Sib —cuyo verdadero nombre de

bautismo era Samuel y Sebastián—, tíos de la señorita Campbell, escoceses de pura cepa, escoceses de un antiguo clan de las Tierras Altas, contaban entre los dos la bonita edad de ciento doce años, con una diferencia solo en quince meses entre el mayor Sam y el menor Sib.

Para dar una idea en pocas palabras de estos dos prototipos del honor, de la bondad, de la abnegación, es suficiente decir que toda su existencia estaba consagrada por entero a su sobrina. Eran hermanos de su madre, que, tras quedar viuda al cabo de un año de casada, cogió una terrible enfermedad que la llevó a la tumba en pocos días. Sam y Sib Melvill quedaron, pues, como únicos custodios de la pequeña huerfanita. Unidos por la misma ternura, no vivieron, ni pensaron, ni soñaron más que para ella.

Por ella se habían quedado solteros, cosa que no sentían mucho, hay que decirlo, ya que eran de esos seres bondadosos a quienes está perpetuamente reservado en este mundo el papel de tutor. Pero esto no es todo: el mayor se había constituido en padre y el menor en madre de la criatura. Por esto, muchas veces la señorita Campbell les saludaba diciendo con la mayor naturalidad:

—Buenos días, papá Sam. ¿Cómo está usted, mamá Sib?

A nadie mejor podrían ser comparados los dos tíos, excepto la aptitud para los negocios, sino a aquellos caritativos comerciantes, los hermanos Cheeryble, de la City de Londres, las criaturas más perfectas que han brotado de la imaginación de Dickens. Sería imposible encontrar mayor semejanza, y, aunque se censure al autor por haber tomado su tipo de la obra maestra, *Nicolás Nickleby*, nadie podrá lamentar el empréstito.

Sam y Sib Melvill, aliados por el casamiento de su hermana con una rama colateral de la antigua familia de los Campbell, no se habían separado nunca. La misma educación los había hecho parecidos en lo moral. Habían recibido juntos la misma educación en el mismo colegio y en la misma clase. Como generalmente tenían las mismas ideas sobre cualquier cosa, y se expresaban en idénticos términos, el uno podía terminar siempre la frase empezaba por el otro, con las mismas expresiones, acompañadas de los mismos gestos. En resumen, aquellos dos hermanos eran como una sola persona, a pesar de que tuvieran una constitución física tan distinta. En efecto, Sam era un poco más alto que Sib, y Sib un poco más

grueso que Sam; pero hubieran podido intercambiar su pelo gris sin alterar el carácter de sus honrados semblantes que llevaban impreso el sello de nobleza de los descendientes del clan de Melvill.

Hemos de añadir aún que en el corte de sus trajes, sencillos y anticuados, en la elección de las telas de sus vestidos, siempre de buen paño inglés, tenían el gusto parecido, con una ligera variante —¿quién podría explicar esta ligera discrepancia?—: que Sam prefería el azul marino y Sib el castaño oscuro.

En verdad, ¿quién no hubiera querido vivir en la intimidad de estos dos dignos caballeros? Acostumbrados a andar al mismo paso en la vida, seguramente se pararían a poca distancia el uno del otro, cuando les llegara la hora definitiva. En todo caso, esta hora estaba aún lejana, pues aquellas dos últimas columnas de la casa de los Melvill eran muy sólidas. Debían sostener por mucho tiempo aún el viejo edificio de su raza, que databa del siglo catorce, centuria épica de los Robert Bruce y de los Wallace, período heroico en que Escocia luchaba contra los ingleses en defensa de su independencia.

Pero si ni Sam ni Sib Melvill no habían tenido ocasión de combatir para el bien de su país, y si su vida, mucho menos agitada, había transcurrido en la calma y el bienestar que crea la fortuna, no por ello debemos reprochárselo, ni creer que hubieran degenerado, sino que, practicando el bien, habían continuado las generosas tradiciones de sus antepasados.

Así, pues, sanos y fuertes los dos, sin tener nada que reprocharse en la conciencia, estaban destinados a envejecer, sin llegar a viejos jamás, ni de espíritu ni de cuerpo.

Quizá tenían un defecto —¿quién puede alabarse de ser perfecto?—; este era el de ilustrar sus conversaciones con imágenes y citas sacadas del célebre *Caballero de Abbotsford* y, particularmente, de los poemas épicos de Ossian, que les entusiasmaban. Pero ¿quién podía reprochárselo en el heroico país de Fingal y de Walter Scott?

Para acabar de hacer su retrato, haremos observar que tomaban rapé con inaudita frecuencia. Bien sabido es que el distintivo de las tiendas que venden tabaco en Inglaterra representa casi siempre un airoso escocés con la tabaquera en la mano, luciendo su traje tradicional. Pues bien, los hermanos Melvill hubieran podido figurar con todos los honores en uno de estos carteles pintados en las

planchas metálicas que se balancean encima de la puerta de las tiendas. Aspiraban tabaco tanto o incluso más que nadie en aquellos contornos y más allá del Tweed. Pero, detalle característico, solo disponían de una caja —enorme, eso sí—. Este objeto pasaba sucesivamente del bolsillo de uno al bolsillo del otro. Era un lazo más que los unía. No hay que decir que experimentaban al mismo tiempo, diez veces en una hora quizá, la necesidad de aspirar el excelente polvo nicótico que se hacían traer de Francia. Cuando uno de los dos sacaba la caja de las profundidades del bolsillo, era que los dos tenían ganas de regalarse con una buena toma de rapé y cuando estornudaban, decían al unísono: «¡Dios nos bendiga!».

En resumen, los hermanos Sam y Sib eran realmente como dos chiquillos en todo lo que se refería a las realidades de la vida; estaban muy poco al corriente de las cosas prácticas de este mundo; completamente nulos en asuntos industriales, financieros o comerciales y tampoco pretendían conocerlos; en política, quizá eran un poco jacobinos en el fondo conservando algunos prejuicios contra la dinastía reinante de Hannover, soñando con los últimos Estuardo, como un francés puede soñar con el último de los Valois; y, en fin, en cuestiones de sentimiento, todavía eran menos conocedores.

Y, sin embargo, los hermanos Melvill solo tenían una idea: ver claro en el corazón de la señorita Campbell, adivinar sus pensamientos más secretos, dirigirlos si era necesario, o desarrollarlos si convenía y, finalmente, casarla con un buen muchacho elegido por ellos y que no dejaría de hacerla feliz.

Si hemos de creerlos —o, mejor dicho, si los oímos hablar— veremos que precisamente ya habían encontrado el muchacho destinado a hacer feliz a su sobrina.

—¿Es decir que Elena ha salido, hermano Sib?

—Sí, hermano Sam; pero ya son las cinco y no puede tardar en regresar a casa…

—Y tan pronto llegue…

—Creo, hermano Sam, que será conveniente tener una conversación seria con ella.

—Dentro de pocas semanas, hermano Sib, nuestra hija llegará a la edad de dieciocho años.

—La edad de Diana Vernon, hermano Sam. ¿Y no es ella tan

encantadora también como la adorable heroína de *Rob Roy*[1]?

—Sí, hermano Sam, y por sus graciosos modales…

—La vivacidad de su espíritu…

—La originalidad de sus ideas…

—Todavía recuerda más a Diana Vernon que a Flora MacIvor, la magnífica e impresionante figura de *Waverley*.

Los hermanos Melvill, orgullosos de su escritor nacional, citaron todavía algunos nombres más de sus heroínas preferidas, de *El Anticuario*, de *Guy Mannering*, de *El Abate*, de *El Monasterio*, de *La hermosa muchacha de Perth*, de *El Castillo de Kenilworth*[2], etc., pero todas, según ellos, debían inclinarse ante Elena Campbell.

—Es un rosal joven que ha crecido demasiado de prisa, hermano Sib, y que es necesario…

—Vigilarlo, hermano Sam. Y he oído decir que la mejor vigilancia…

—Es evidente que debe ser la del marido, hermano Sib, ya que toma raíces a su alrededor, en el mismo suelo…

—Y crece, hermano Sam, con el joven rosal a quien protege.

Los dos hermanos Melvill habían aplicado a un mismo tiempo esta metáfora, sacada del libro *El perfecto jardinero*. Sin duda estaban muy satisfechos con ella, pues una sonrisa de contento iluminó por igual sus bondadosos rostros. El hermano Sib abrió la tabaquera común y hundió delicadamente los dedos en ella; luego la pasó a manos del hermano Sam, el cual, después de pellizcar una buena porción de rapé, la metió en su bolsillo.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo, hermano Sam?

—Como siempre, hermano Sib.

—¿Incluso en la elección del marido?

—No podríamos hallar otro más simpático ni más del gusto de Elena que este joven sabio que, en varias ocasiones, nos ha manifestado sus sentimientos tan juiciosos…

—Y tan serios para con ella.

—Sería difícil, en efecto. Instruido, graduado en las Universidades de Oxford y de Edimburgo…

—Físico como Tyndall…

—Químico como Faraday…

—Conocedor a fondo de la razón de todas las cosas de este mundo, hermano Sam…

—Y que tiene respuesta para todo, hermano Sib.

—Descendiente de una excelente familia del condado de Fife, y, además, poseedor de una fortuna suficiente…

—Sin hablar de su aspecto muy agradable, a mi parecer, incluso con sus lentes de aluminio.

Aún cuando los lentes de su héroe hubieran sido de acero, de níquel e incluso de oro, los hermanos Melvill no lo hubieran considerado nunca como un defecto. Aunque es cierto también que estos aparatos ópticos sientan bien a los sabios jóvenes y ayudan a completar la gravedad de su fisonomía.

Pero aquel graduado de las Universidades que acabamos de mencionar, aquel físico, aquel químico, ¿convendría a la señorita Campbell? Si Elena Campbell se parecía a Diana Vernon, ya sabemos que la propia Diana Vernon no experimentaba por su sabio primo Rashleigh otro sentimiento que el de una amistad contenida, y no se casa con él al final de la novela.

Bueno, esto no era nada que preocupase a los dos hermanos. Ellos llevaban consigo toda su inexperiencia de solterones, bastante incompetentes en tales materias.

—Ya se han encontrado varias veces, hermano Sib, y nuestro joven amigo no ha parecido insensible a la belleza de Elena.

—¡Ya lo creo, hermano Sam! El divino Ossian, que hubiera tenido que celebrar sus virtudes, su belleza y su gracia, la hubiera llamado Moina, es decir, la amada de todos…

—A menos que no la hubiera llamado Fiona, hermano Sib, es decir, la hermosa sin par dé las épocas gaélicas.

—Quizá presintió a nuestra Elena, hermano Sam, cuando dijo: «Abandona el retiro donde suspiraba en secreto, y aparece en toda su belleza, como la luna al lado de una nube de Oriente…».

—«Y el destello de sus encantos la rodea como los rayos de luz», hermano Sib, «y el ruido de sus ligeros pasos alegra el oído como una música armoniosa».

Por suerte, los dos hermanos terminaron aquí su cita, cayendo del cielo un poco nublado de los sueños al terreno de las realidades.

Seguramente que si Elena gusta a nuestro joven sabio, este no puede dejar de gustarle a ella.

—Y si, por su parte, hermano Sam, ella no ha prestado todavía toda la atención que se merecen las grandes cualidades con que ha

sido favorecido tan generosamente por la naturaleza…

—Hermano Sib, es únicamente porque nosotros no le hemos dicho todavía que ya es tiempo de que piense en casarse. Pero el día en que hayamos dirigido sus pensamientos hacia tal fin, admitiendo que ella tenga alguna prevención, si no contra el marido, al menos contra el matrimonio…

—Ella no tardará mucho en decir que sí, hermano Sam…

—Igual que este excelente Benedicto, hermano Sib, que después de haber ofrecido resistencia por largo tiempo…

—Termina, al final de *Mucho ruido y pocas nueces*, por casarse con Beatriz[3].

Así es cómo arreglaban las cosas los dos tíos de la señorita Campbell, y el desenlace de esta combinación les parecía tan natural como el de la comedia de Shakespeare.

Se habían levantado de mutuo acuerdo. Se observaban con una fina sonrisa. Se frotaban las manos de contento. Aquella boda era asunto concluido. ¿Qué dificultad podía surgir? El joven había formulado su petición. La muchacha les daría la respuesta, de la cual no se preocupaban lo más mínimo. Todo se sucedería según las conveniencias. Solo tenían que señalar la fecha.

En verdad, sería una hermosa ceremonia. Tendría lugar en Glasgow. Claro que no sería la catedral de San Mungo, la única iglesia de Escocia que, con San Magno de las Orcadas fue respetada en la época de la Reforma. ¡No! Es demasiado maciza, y, por consiguiente, demasiado triste para una boda que, tal como pensaban los hermanos Melvill, debía ser algo así como un florecimiento de juventud, un deslumbramiento del amor. Sería mejor escoger San Andrés o San Enoch, o incluso San Jorge, que pertenece al barrio más distinguido de la ciudad.

El hermano Sam y el hermano Sib continuaron dando rienda suelta a sus proyectos bajo una forma que tenía más de monólogo que de diálogo, ya que siempre seguían la misma idea, expresada de igual manera. Mientras hablaban, contemplaban a través de los cristales del ancho ventanal, los hermosos árboles del jardín, bajo cuya sombra se estaba paseando entonces Elena Campbell. Mientras hablaban, no tenían necesidad de mirarse el uno al otro, pero de vez en cuando, con una especie de instinto afectuoso, se cogían del brazo, se apretaban la mano, como para establecer mejor la

comunicación de su pensamiento por medio de alguna corriente magnética.

Sí. ¡Sería magnífico! Harían las cosas en grande y con el máximo esplendor. Los pobres de West George Street, si había alguno —y ¿dónde no hay pobres?—, no serían olvidados tampoco en la fiesta. Sí, por cualquier causa, la señorita Campbell decidiera que todo transcurriera con más sencillez e intentara hacer entrar en razón a sus tíos, sus tíos sabrían contradecirla por primera vez en la vida. Sobre este punto no cederían, ni sobre ningún otro tampoco. Con gran ceremonia, los invitados a la comida de esponsales, «brindarían a las vigas del techo», según la antigua costumbre. Y el brazo derecho del hermano Sam se extendía a medias, al mismo tiempo que el brazo derecho del hermano Sib, como si de antemano cambiasen el famoso brindis escocés.

En aquel instante se abrió la puerta del *hall*. Una guapa muchacha, con las mejillas sonrosadas por la animación de la caminata, apareció en el umbral. En la mano agitaba un periódico desdoblado. Se dirigió corriendo hacia los hermanos Melvill y les saludó con dos sonoros besos a cada uno.

—Buenos días, tío Sam —dijo.

—Buenos días, querida hija.

—¿Cómo va, tío Sib?

—A maravilla.

—Elena —dijo el hermano Sam—, tenemos que ponemos de acuerdo contigo en algo que te interesa.

—¿Ponerse de acuerdo conmigo? ¿Algo que me interesa? ¿Qué es lo que habéis urdido, tíos? —preguntó Elena Campbell, mirando maliciosamente, tan pronto al uno como al otro.

—Creo que conoces a un joven llamado Aristobulus Ursiclos…

—Sí, le conozco.

—¿Te desagrada?

—¿Por qué tendría que desagradarme, tío Sam?

—Entonces, ¿te gusta?

—¿Por qué tendría que gustarme, tío Sib?

—En fin, mi hermano y yo, después de muchas reflexiones hemos pensado proponértelo para marido.

—¡Casarme! ¿Yo? —exclamó Elena Campbell, prorrumpiendo en una sonora carcajada, que resonó por las cuatro paredes del *hall*.

—¿No quieres casarte? —preguntó el hermano Sam.

Apareció una joven con las mejillas enrojecidas.

—¿Por qué?

—Pero… ¿nunca? —dijo el hermano Sib.

—Nunca —contestó la señorita Campbell, adoptando un aire de seriedad, que desmentía su boca sonriente—. Nunca, queridos tíos… al menos hasta que haya visto…

—¿El qué? —exclamaron al unísono el hermano Sam y el hermano Sib.

—Hasta que haya visto el Rayo Verde.

Capítulo II

Elena Campbell

La finca en la que vivían los hermanos Melvill y Elena Campbell estaba situada a tres millas de la pequeña aldea de Helensburgh, en las orillas del Gare Loch, una de aquellas pintorescas ensenadas que se abren caprichosamente en la orilla derecha del río Clyde.

Durante la época de invierno, los hermanos Melvill y su sobrina ocupaban en Glasgow una vieja mansión del West George Street, en el barrio aristocrático de la moderna ciudad, no lejos de Blythswood Square. Allí permanecían seis meses del año, a menos que algún capricho de Elena —a los que se sometían sin rechistar— no los llevara a trasladarse por algún tiempo a tierras italianas, españolas o francesas. En el curso de estos viajes, continuaban no viendo más que por los ojos de la muchacha, dirigiéndose allí donde ella deseaba ir, parándose donde se le antojaba pararse, y admirando solo lo que ella admiraba. Luego, cuando la señorita Campbell cerraba el cuaderno en el que anotaba, ya sea un boceto al lápiz, ya sea sus impresiones de viaje, reemprendían dócilmente el camino de Inglaterra, regresando, no sin satisfacción, a la confortable vivienda de West George Street.

Cuando el mes de mayo estaba a más de la mitad, tanto el hermano Sam como el hermano Sib sentían unos deseos irrefrenables de ir al campo. Esto les ocurría siempre justo en el momento en que Elena Campbell manifestaba a su vez su deseo no menos irrefrenable de dejar Glasgow, con sus ruidos de gran ciudad industrial, huyendo del movimiento y del tumulto que llegaba incluso hasta el barrio residencial de Blythswood Square, para

volver a contemplar un cielo menos lleno de humo y respirar un aire menos cargado de ácido carbónico, que el cielo y el aire de la antigua metrópoli.

Entonces toda la casa, dueños y criados, se marchaban a la finca, que se hallaba a unas veinte millas de distancia todo lo más.

Aquella aldea de Helensburgh era realmente un lugar muy bonito. Se la ha convertido en una estación balnearia, muy frecuentada por todas aquellas personas cuyas posibilidades les permiten trocar los paseos por el Clyde, por las excursiones por los lagos Katrine y Lomond, que tanto éxito tienen entre los turistas.

A una milla del pueblo, en las orillas del Gare Loch, los hermanos Melvill habían escogido el mejor lugar para construir su casa, en medio de un bosque de magníficos árboles, regados por una verdadera red de arroyos en un suelo accidentado, cuyo relieve se prestaba a todas las perspectivas de un jardín. Frescas umbrías, verdes céspedes, arbustos variados, parterres de flores, prados en los que la «hierba higiénica» crece especialmente para las ovejas privilegiadas, estanques con sus claras aguas, pobladas de cisnes salvajes, estos graciosos pájaros de los cuales Wordsworth ha dicho:

Cuando el cisne nada, nadan el cisne y su sombra.

En fin, todo lo que la naturaleza puede reunir de maravillas para los ojos, sin que la mano del hombre la traicione con arreglos artificiales, esta era la residencia de verano de la opulenta familia Melvill.

Debemos añadir que, desde la parte de jardín situada por debajo del Gare Loch, se disfrutaba de una vista formidable. Más allá del estrecho golfo, hacia la derecha, la mirada topaba primero con el istmo de Rosenheat, donde se levanta una graciosa villa italiana que pertenece al duque de Argyll. A la izquierda, la pequeña aldea de Helensburgh dibujaba en una línea ondulada el perfil de sus casitas, dominadas por dos o tres campanarios, su elegante muelle, que se adentraba en las aguas del lago para el servicio de barcos a vapor, y, en último plano, sus colinas salpicadas de pequeñas casitas pintorescas. Enfrente, en la orilla izquierda del Clyde, Port Glasgow, las ruinas del castillo de Newark, Greenock y su bosque de mástiles adornados con banderines multicolores, formaban un panorama muy variado, que los ojos no se cansaban de admirar.

Aquella perspectiva era más hermosa todavía, ofreciendo dos nuevos términos, cuando se miraba desde la torre principal de la finca.

Esta torre, cuadrada, con garitas ligeramente suspendidas en tres ángulos de su plataforma, adornada de almenas y barbacanas, unida al parapeto por un friso de piedra recortada, terminaba con una torrecita octogonal que se levantaba en el cuarto ángulo de la plataforma. Allí arriba se izaba el palo de la bandera que podemos ver en todos los tejados de las casas al igual que en la popa de todos los buques del Reino Unido. Esta especie de torreón de construcción moderna, dominaba, pues, el conjunto de edificios que constituían la finca propiamente dicha, con sus tejados irregulares, sus ventanas dispuestas caprichosamente, sus múltiples fachadas, sus antecuerpos que sobresalían de las fachadas, sus celosías pegadas a las ventanas, sus chimeneas destacándose en lo alto del tejado —de graciosos contornos la mayoría de las veces—, de que se enriquece a placer la arquitectura anglosajona.

Era, pues, en la última plataforma de la torre, bajo los pliegues de los colores nacionales, desplegados a la brisa del Firth of Clyde, donde la señorita Campbell gustaba de ir a soñar durante horas enteras. Allí se había dispuesto un bonito refugio aireado como un observatorio, donde podía leer, escribir, dormir, en cualquier época del año, al abrigo del viento, del sol y de la lluvia. Era allí donde tenían que ir a buscarla la mayoría de las veces. Si no la encontraban allí, era porque su fantasía la impulsaba a perderse en las florestas del jardín, ya sola, ya acompañada de la señora Bess, a menos que estuviera recorriendo a caballo los campos de los alrededores, seguida siempre por el no menos fiel Partridge, que tenía que espolear al suyo para no quedarse rezagado de su joven ama.

Entre los numerosos criados de la mansión hemos de destacar muy especialmente estos dos honrados sirvientes, adscritos al servicio de la familia Campbell desde su más tierna edad.

Elisabeth, la *Luckie*, la «tía» —como se llama en los Highlands[4] a las amas de llaves—, contaba en aquel entonces tantos años como llaves contenía su llavero, y este no tenía menos de cuarenta y siete. Era una mujer hacendosa, seria, ordenada, inteligente, que llevaba todo el peso de la casa. Quizá creía haber criado también a los dos

hermanos Melvill, a pesar de que estos eran bastante mayores que ella; pero sí era seguro que ella prodigaba a la señorita Campbell verdaderos cuidados maternales.

Al lado de esta excelente ama de llaves figuraba el escocés Partridge, un sirviente absolutamente adicto a sus dueños, eternamente fiel a las viejas costumbres de su clan.

Invariablemente vestido con el traje tradicional de los montañeses, llevaba la boina azul a cuadros, el *kilt*, que le descendía hasta las rodillas por encima del *philibeg*, y el *pouch*, especie de escarcela de pelo largo; calzaba altas polainas atadas con cordones cruzados y una especie de sandalias confeccionadas con cuero de vaca.

Una señora Bess para llevar la casa y un Partridge para guardarla, ¿qué más era necesario para asegurar la tranquilidad del hogar en este mundo?

Se habrá observado, sin duda, que en el momento en que Partridge acudió a la llamada de los hermanos Melvill, había dicho, al referirse a la muchacha: la señorita Campbell. Y es que, si el buen escocés la hubiera llamado la señorita Elena, es decir, con su nombre de pila, hubiera cometido una infracción a las reglas que señalan los grados jerárquicos; infracción que designa más particularmente la palabra *esnobismo*.

Efectivamente, la hija mayor o la hija única de una familia de la aristocracia, incluso cuando aún está en la cuna, jamás lleva el nombre con que ha sido bautizada. Si la señorita Campbell hubiera sido la hija de un par, la habrían llamado *Lady* Elena; pero esta rama de los Campbell, a la que pertenecía, era solo colateral y muy lejana de la rama directa del paladín *sir* Colin Campbell, cuyo origen se remonta a las Cruzadas. Desde muchos siglos atrás, las ramificaciones salidas del tronco común se habían desviado de la línea del glorioso antepasado, al cual se unen los clanes de Argyll, de Breadalbane, de Lochnell y otros; pero, por lejano que fuese el parentesco, Elena, por su padre, sentía correr en sus venas un poco de la sangre de aquella ilustre y esclarecida familia.

Sin embargo, no por ser únicamente una señorita Campbell dejaba de ser una verdadera escocesa, una de estas nobles hijas de Thule, de ojos azules y cabellos rubios, comparable a las más bellas heroínas de las leyendas de su país.

Verdaderamente, la señorita Campbell era encantadora. La gente se prendaba de su hermosa carita de ojos azules —el azul de los lagos de Escocia, como se acostumbra a decir—, su cuerpo regular pero elegante, su porte un poco altivo, su expresión soñadora casi siempre, menos cuando un ligero aire burlón animaba sus facciones, y, en fin, toda su persona llena de gracia y distinción.

Y no solo era hermosa la señorita Campbell, sino que al mismo tiempo era bondadosa. Era rica gracias a sus tíos, pero no gustaba de demostrarlo. Muy caritativa, justificaba el antiguo proverbio gaélico: «Ojalá esté siempre llena la mano que sabe abrirse».

Por encima de todo, se sentía unida a su provincia, a su clan y a su familia, y tenía fama de ser una escocesa en cuerpo y alma. Su fibra patriótica vibraba como la cuerda de un arpa cuando la voz de un montañés entonaba a través de los campos algún *pilbroch*, canción de los Highlands.

De Maistre ha dicho: «Hay en nosotros dos seres: yo y el otro». El *yo* de la señorita Campbell era el ser grave, reflexivo, considerando la vida más bajo el punto de vista de sus deberes que de sus derechos.

El *otro* era el ser romántico, un poco dado a las supersticiones, amante de las historias maravillosas que surgen con tanta facilidad en el país de Fingal.

El hermano Sam y el hermano Sib querían por igual el *yo* y el *otro* de la señorita Campbell; pero debemos reconocer, sin embargo, que si uno les encantaba por su razonamiento, el otro tampoco dejaba de sorprenderles a veces con sus arrebatos inesperados, sus caprichosas travesuras, sus sorprendentes viajes por el país de los sueños.

¿Y no era el *otro* quien acababa de responder a los dos hermanos con una contestación tan rara?

«¿Casarme? —habría contestado el *yo*—. ¡Casarme con el señor Ursiclos…! Ya lo veremos… Más tarde quizá tendremos ocasión de hablar de ello».

«¡Nunca… mientras no haya visto el Rayo Verde!», había contestado el *otro*.

Los hermanos Melvill se miraron el uno al otro sin comprender nada, y mientras tanto la señorita Campbell se hundió en el gran sillón de estilo gótico, al lado de la ventana.

—¿Qué quiere decir con el Rayo Verde? —preguntó el hermano Sam.

—¿Y para qué querrá ver este rayo? —contestó el hermano Sib.

¿Para qué? Ahora vamos a saberlo.

Capítulo III

El artículo del *Morning Post*

He aquí lo que los aficionados a las curiosidades científicas habrían podido leer en el *Morning Post* de aquel día:

> *¿Habéis observado alguna vez el sol cuando se pone en el horizonte del mar? Sí, sin duda alguna. ¿Lo habéis seguido hasta el momento en que la parte superior del disco desaparece rozando la línea de agua del horizonte? Es muy posible. Pero ¿os habéis dado cuenta del fenómeno que se produce en el preciso instante en que el astro radiante lanza su último rayo, si el cielo, limpio de nubes, es entonces de una perfecta pureza? ¡No, seguramente no! Pues bien, la primera vez que tengáis ocasión —¡y se presenta tan raramente!— de hacer esta observación, no será, como podría presumirse, un rayo rojo lo que herirá la retina de vuestros ojos, sino que será un rayo verde, pero en un verde maravilloso, un verde que ningún pintor puede obtener en su paleta. Un verde cuya naturaleza no se encuentra ni en los variados verdes de los vegetales, ni en las tonalidades de las aguas más límpidas. Si existe el verde en el paraíso, no puede ser más que este verde, que es, sin duda, el verdadero verde de la Esperanza.*

Este era el artículo publicado en el *Morning Post*, el periódico que la señorita Campbell tenía en la mano cuando entró en la habitación. La lectura de aquella nota la había sencillamente entusiasmado. Por esto, con apasionada voz, leyó a sus tíos las líneas antedichas, que celebraban en forma lírica las bellezas del Rayo Verde.

Pero lo que la señorita Campbell no dijo, era que precisamente este Rayo Verde se refería a una vieja leyenda, cuyo íntimo sentido le había escapado hasta entonces, una leyenda inexplicable entre

tantas otras, salidas del país de los Highlands, y que cuenta lo siguiente: Este rayo tiene la virtud de hacer que aquel que lo ha visto no pueda jamás equivocarse en cosas del corazón; su aparición destruye las ilusiones y las mentiras; y el que ha tenido la dicha de verlo solo una vez, ya puede ver claro en su corazón, y en el de los demás.

Podemos perdonar a una joven escocesa de las Tierras Altas la poética credulidad que acababa de avivar en su imaginación la lectura de aquel artículo del *Morning Post*.

Al oírla, el hermano Sam y el hermano Sib se miraron pasmados, abriendo mucho los ojos. Hasta entonces habían vivido sin haber visto el Rayo Verde, y se imaginaban que podía vivirse perfectamente sin verlo nunca. Pero parece que Elena no pensaba así, y pretendía subordinar el acto más importante de su vida a la observación de aquel fenómeno, único entre todos.

—¡Ah! ¿Esto es lo que se llama el Rayo Verde? —dijo el hermano Sam, moviendo lentamente la cabeza.

—Sí —contestó la señorita Campbell.

—¿Este que quiere ver a todo trance? —dijo el hermano Sib.

—Que veré, con vuestro permiso, tíos, y lo más pronto posible, si no os parece mal.

—¿Y luego, cuando lo hayas visto…?

—Cuando lo haya visto, podremos hablar del señor Aristobulus Ursiclos.

El hermano Sam y el hermano Sib se miraron de reojo, sonriendo con aire de complicidad.

—¡Vamos a ver, pues, el Rayo Verde! —dijo el uno.

—¡Sin perder un minuto! —añadió el otro.

La señorita Campbell los detuvo con la mano, en el momento en que iban a abrir la ventana del *hall*.

—Hemos de esperar a que el sol se oculte —les dijo.

—Esta tarde, pues —contestó el hermano Sam.

—Cuando el sol se ponga en el más puro de los horizontes —añadió la señorita Campbell.

—Bueno, después de comer nos iremos los tres a la punta de Rosenheat —dijo el hermano Sib.

—O bien subiremos simplemente a la torre de la casa —terminó el hermano Sam.

—Tanto desde la punta de Rosenheat como desde la torre del tejado —contestó la señorita Campbell— no se ve más horizonte que el del litoral del río Clyde. Y es precisamente en la línea del horizonte que separa el mar del cielo donde debemos observar la puesta del sol. Así, pues, tíos, no tenéis más remedio que ponerme ante este horizonte lo más pronto posible.

La señorita Campbell hablaba con tanta seriedad, mientras les dedicaba su más bella sonrisa, que los hermanos Melvill no pudieron resistir una requisitoria formulada en aquellos términos.

—No será tan urgente como eso… —creyó prudente decir el hermano Sam.

Y el hermano Sib acudió en su ayuda, añadiendo:

—Ya tendremos tiempo…

Pero la señorita Campbell agitó graciosamente la cabeza.

—No siempre tendremos tiempo —contestó— y, al contrario, ¡es muy urgente!

—Será acaso que, en interés del señor Aristobulus Ursiclos… —empezó a decir el hermano Sam.

—Cuya felicidad parece que depende de la observación del Rayo Verde… —dijo el hermano Sib.

—Es porque ya estamos en el mes de agosto, tíos —contestó la señorita Campbell—, y las nubes no tardarán en ensombrecer nuestro cielo de Escocia. Por ello, nos conviene aprovecharnos de los buenos atardeceres que nos quedan en este final de verano hasta que comience al otoño. ¿Cuándo nos marchamos?

Lo cierto es que si la señorita Campbell se empeñaba en ver el Rayo Verde aquel mismo año, no tenían tiempo que perder. Partir inmediatamente hacia cualquier punto de la parte oeste del litoral escocés, instalarse lo más confortablemente posible, acudir cada atardecer a contemplar la puesta del sol, para observar su último rayo; esto es todo lo que tenían que hacer, sin esperar tan solo un día más.

Quizá entonces, con algo de suerte, la señorita Campbell vería cumplidos sus deseos un poco fantasiosos, si el cielo se prestaba a la observación del fenómeno —cosa rarísima—, tal como decía con mucha razón el *Morning Post*.

Y tenía razón aquel periódico bien informado.

Primeramente, tenían que buscar y escoger una parte de la costa

occidental desde donde el fenómeno pudiera ser bien visible. Y, para hallarlo, tenían que salir del golfo del Clyde.

Efectivamente, toda aquella desembocadura, a lo largo del Firth of Clyde, está cubierta de obstáculos que limitan el campo visual, tales como las islas de Bute, la isla de Arran, las penínsulas de Knapdale y de Kintyre, Jura, Islay, extensos parajes cubiertos de rocas dislocadas en la época geológica, y que forman una especie de archipiélago a lo largo de la costa occidental del condado de Argyll. Allí es imposible hallar un segmento de horizonte en aquella parte del mar, en el cual la mirada pudiera contemplar el ocaso del sol.

Así, pues, si no querían salir de Escocia, tenían que trasladarse hacia el norte, o hacia el sur, ante un espacio sin límites, y esto antes de que llegasen los brumosos crepúsculos de otoño.

El lugar donde irían poco importaba a la señorita Campbell. La costa de Irlanda, la de Francia, la de Noruega, la de España o de Portugal, le era indiferente, y se dirigía a cualquier de ellas para contemplar como el astro radiante se iba al ocaso, lanzándole sus más bellos rayos, y, tanto si convenía como no a los hermanos Melvill, estos no tendrían más remedio que seguirla.

Los dos tíos se apresuraron a tomar la palabra, después de haberse consultado con la mirada. ¡Pero, qué mirada impregnada de fina diplomacia!

—Bueno, mi querida Elena —dijo el hermano Sam—, nada más fácil que complacerte. Vamos a Oban.

—Es evidente que en ninguna parte hallaremos nada mejor que Oban —añadió el hermano Sib.

—Vaya por Oban —contestó la señorita Campbell—. Pero ¿tiene Oban horizonte de mar?

—¡Ya lo creo que tiene un horizonte! —exclamó el hermano Sam.

—¡Incluso dos! —exclamó el hermano Sib.

—Pues bien, vamos allá.

—Dentro de tres días —dijo uno de los tíos.

—Dentro de dos días —dijo el otro, juzgando oportuno hacer esta ligera concesión.

—No, mañana mismo —contestó la señorita Campbell, levantándose, pues en aquel momento sonó la campana anunciando la comida.

—Mañana… bueno… mañana —accedió el hermano Sib.

—¡Ya quisiera yo estar allí! —dijo el hermano Sam.

Y decían verdad. Pero ¿por qué tanta prisa? Pues porque Aristobulus Ursiclos estaba veraneando en Oban precisamente desde hacía quince días. Y la señorita Campbell, que lo ignoraba, se hallaría en presencia de aquel joven, escogido entre los más sabios y, cosa que los hermanos Melvill no sospechaban, entre los más fastidiosos. Pensaban los dos astutos hermanos que la señorita Campbell, después de gastarse la vista inútilmente contemplando las puestas de sol, renunciaría a su capricho y terminaría por depositar su mano entre las de su prometido. Además, aunque la propia Elena lo hubiera sospechado, hubiera partido lo mismo. La presencia de Aristobulus Ursiclos no era suficiente para estorbar sus propósitos.

—¡Bet!

—¡Beth!

—¡Bess!

—¡Betsey!

—¡Betty!

Esta serie de nombres resonó nuevamente a través del *hall*; pero esta vez la señora Bess compareció y recibió la orden de estar dispuesta a la mañana siguiente para emprender un viaje.

En efecto, tenían que apresurarse. El barómetro, que marcaba 769 mm, prometía buen tiempo sin variación. Saliendo a la mañana siguiente, llegarían temprano aún a Oban para contemplar la puesta del sol.

Naturalmente, desde aquel día la señora Bess y Partridge estuvieron muy atareados preparando el viaje. Las cuarenta y siete llaves del ama de llaves sonaron en el bolsillo de su saya como los cascabeles de una mula española. ¡Cuántos armarios, cuántos cajones para abrir y sobre todo para cerrar! ¿Permanecería vacía por mucho tiempo la mansión de Helensburgh? Todo dependería del capricho de la señorita Campbell. ¿Y si se le ocurría a la muchacha correr en pos de su Rayo Verde? ¿Y si este Rayo Verde se empeñaba en hacerles la burla escondiéndose de ellos? ¿Y si los horizontes de Oban no ofrecieran toda la pureza necesaria para aquella clase de experimentos? ¿Y si se veían obligados a buscar otro lugar a propósito en otro litoral más meridional que Escocia,

Inglaterra o Irlanda, es decir, en el continente? Se había acordado que partirían al día siguiente, mas ¿cuándo regresarían? ¿Dentro de un mes, de seis, de un año o de diez años?

El castillo de Helensburgh.

—Pero ¿por qué se le ha ocurrido esta idea de ver el Rayo Verde? —preguntaba la señora Bess, a quien Partridge ayudaba con toda su voluntad.

—No lo sé —le contestaba Partridge—, pero debe de ser algo muy importante, porque nuestra joven ama no hace nada sin tener sus razones, bien lo sabe usted, *Mavourneen*.

Mavourneen es una expresión muy usada en Escocia, algo así

como «querida amiga», y la excelente ama de llaves se sentía satisfecha cada vez que el honrado escocés la llamaba de aquel modo.

—Partridge —le contestó—, creo, como usted, que este capricho de la señorita Campbell esconde alguna intención secreta, que nadie sospecha.

—¿Cuál?

—¡Oh! ¿Quién sabe? Si no una negativa, quizá es una forma de dar largas a los proyectos de sus tíos.

—En verdad —continuó Partridge— que no comprendo por qué los señores Melvill se han entusiasmado tanto con este señor Ursiclos. ¿Cree usted que es verdaderamente el marido que corresponde a nuestra señorita?

—Ya puede estar usted seguro, Partridge —replicó la señora Bess—, que si no la conviene del todo, no se casará con él. Dirá bonitamente que no a sus tíos, al tiempo que les dará un beso a la mejilla a cada uno, y sus tíos se quedarán sorprendidos de haber podido pensar, aunque solo fuera por un instante, en aquel pretendiente, cuyas pretensiones no me gustan a mí ni pizca.

—¡Ni a mí tampoco, *mavourneen*!

—Mire usted, Partridge, el corazón de la señorita Campbell es como un cajón, bien cerrado con cerrojo de seguridad. Ella tiene la llave, y para abrirlo es necesario que sea ella quien la entregue.

—O que se la quiten —añadió Partridge, sonriendo en señal de aprobación.

—¡No se la quitarán, a menos que ella quiera dejársela quitar! —contestó la señora Bess—. ¡Y que el viento se me lleve la cofia hasta la punta del campanario de San Mungo, si nuestra señorita llega a casarse algún día con el señor Ursiclos!

—¡Un meridional! —exclamó Partridge—. Un *southern* que, aunque haya nacido en Escocia, siempre ha vivido al sur del Tweed.

La señora Bess movió la cabeza. Aquel par de *highlanders* se entendían bien. Para ellos, las Tierras Bajas apenas formaban parte de la vieja Caledonia, a pesar de todos los tratados de la Unión. En definitiva, no eran en modo alguno partidarios del proyectado casamiento.

Esperaban algo mejor para la señorita Campbell. Si este pretendiente se ajustaba a las conveniencias, las conveniencias no

les parecían suficientes.

—¡Ah, Partridge! —continuó la señora Bess—, las antiguas costumbres de los montañeses eran, después de todo, las mejores, y, siguiendo la costumbre de nuestros viejos clanes, creo que los casamientos eran más felices antaño que ahora.

—¡Acaba usted de decir una verdad como un templo! —contestó gravemente Partridge—. Antes se buscaba un poco más la conveniencia del corazón y un poco menos la del bolsillo. El dinero está bien, no hay duda, pero el afecto es mucho mejor.

—Sí, Partridge, y, por encima de todo, la gente quería conocerse bien antes de casarse. ¿Se acuerda usted de lo que sucedía en la Feria de San Olla, en Kirkwall? En todo el tiempo que duraba, desde principio de agosto, los jóvenes se unían por parejas, y a estas parejas se les llamaba: «hermano y hermana de primero de agosto». Hermano y hermana, ¿no es ya una preparación para llegar a ser poco a poco marido y mujer? Y mire, precisamente nos hallamos ya en el día en que antaño se inauguraba la Feria de San Olla, que Dios quiera devolvernos.

—¡Que Él os escuche! —contestó Partridge—. Si el señor Sam y el señor Sib se hubieran unido a alguna linda escocesa, no habrían escapado a la ley común, y la señorita Campbell contaría ahora con dos tías más en la familia.

—Estoy de acuerdo, Partridge —contestó la señora Bess—, pero intente usted unir hoy a la señorita Campbell con este señor Ursiclos y ¡que el Clyde cambie la corriente de Helensburgh a Glasgow si su unión no se rompe antes de ocho días!

Sin insistir sobre los inconvenientes que esta familiaridad podía ofrecer, hemos de limitarnos a decir que los hechos hubieran dado quizá la razón a la señora Bess. Pero, en fin, la señorita Campbell y Aristobulus Ursiclos no eran hermano y hermana de primero de agosto, y si su casamiento llegaba a realizarse algún día, los prometidos no habrían tenido ocasión de conocerse bien, como hubiera ocurrido si hubiesen pasado por la prueba de la Feria de San Olla.

Sea como sea, las ferias se han creado para fomentar el comercio y no los casamientos. Hemos de dejar, pues, que la señora Bess continúe con sus lamentaciones a Partridge, que no por hablar se afanaban menos en su trabajo.

La partida estaba decidida. El lugar de destino estaba elegido. En las notas de sociedad de los más importantes periódicos, en el renglón «Salidas de veraneo», figurarían los dos hermanos Melvill y la señorita Campbell, partiendo al día siguiente para la estación balnearia de Oban. Pero ¿cómo efectuarían el viaje? Esta cuestión todavía quedaba para resolver.

Existían dos caminos distintos para llegar a aquella pequeña ciudad, situada en el estrecho de Mull, a un centenar de millas al noroeste de Glasgow.

La primera era una ruta terrestre. Tenían que dirigirse a Bowling; desde allí por Dumbarton siguiendo la orilla derecha del Leven, se llega a Balloch, al extremo del Lomond; se atraviesa el más bello de los lagos de Escocia, con sus treinta islas, entre sus históricas orillas, llenas de recuerdos de los MacGregor y los MacFarlan, en pleno país de Rob Roy y de Robert Bruce; entonces se llega a Dalmally, y, siguiendo una ruta que se desliza por el flanco de las montañas, dominando los torrentes y los fiordos, a través de la primera etapa de la cadena de los montes Grampianos, el asombrado turista llega hasta Oban, cuyo litoral no tiene nada que envidiar a los más pintorescos de todo el Atlántico.

Es una excursión deliciosa, que todo viajero que recorre Escocia hace o debe hacer; pero en todo aquel recorrido no se ve horizonte marino alguno. Por esto, al proponerla los hermanos Melvill a la señorita Campbell se vieron rechazados de pleno.

La segunda ruta es fluvial y marítima a la vez. Debe descenderse por el Clyde hasta el golfo al cual da su nombre, navegar entre las islas y los islotes que hacen asemejarse aquel caprichoso archipiélago a una enorme mano de esqueleto aplicada sobre aquella parte de océano, luego subir por la derecha de esta especie de mano hacia el puerto de Oban. Esta ruta sí que tentaba a la señorita Campbell, para quien el adorable país del Lomond y del lago Katrine no tenía secretos. Además, entre las islas, a través de los estrechos y de los golfos, había un gran panorama hacia el oeste, hacia donde la línea del horizonte se descubría perfectamente. Y si durante las últimas horas de la travesía, al ponerse el sol, ninguna nube oscurecía el horizonte, ¿no sería posible percibir aquel Rayo Verde, cuya proyección dura apenas un quinto de segundo?

—Ya comprenderá usted, tío Sam —dijo la señorita Campbell—,

y usted también, tío Sib, que solo es preciso un instante. Así, pues, tan pronto haya visto lo que quiero ver, podremos dar por terminado el viaje, y será inútil que vayamos a instalamos en Oban.

Y esto era precisamente lo que no convenía a los hermanos Melvill. Ellos querían instalarse por algún tiempo en Oban, ya sabemos por qué, y no les interesaba que una aparición prematura del fenómeno estorbara sus proyectos.

Sin embargo, como la señorita Campbell tenía voz preponderante en aquel tema, y como que ella votó por la ruta marítima, fue esta la que se eligió, prefiriéndola a la terrestre.

—¡Al diablo el Rayo Verde! —dijo el hermano Sam, cuando Elena salió de la habitación.

—¡Y los que lo han inventado! —añadió el hermano Sib.

Capítulo IV

El descenso por el Clyde

Al día siguiente, 2 de agosto, a primera hora de la mañana, la señorita Campbell, acompañada por los hermanos Melvill, y seguida de Partridge y la señora Bess, subía al tren en la estación de ferrocarril de Helensburgh. Tenían que ir a Glasgow a tomar el barco de vapor, que, en su servicio cotidiano de la metrópoli a Oban, no hace escala en aquel punto de la costa.

A las siete en punto los cinco viajeros descendieron en la estación de llegada de Glasgow, donde cogieron un coche para trasladarse a Broomielaw Bridge.

Allí el vapor *Columbia* esperaba los pasajeros; una humareda negra se escapaba de sus dos chimeneas, mezclándose con la niebla espesa que cubría el Clyde; pero todas las neblinas matinales empezaban a disiparse y el dorado disco solar empezaba a salir por entre las brumas. Era el principio de un hermoso día.

La señorita Campbell y sus compañeros se embarcaron tan pronto como sus equipajes fueron subidos a bordo.

En aquel momento, la campana lanzó su tercera y última llamada a los retrasados y un agudo silbido anunció la partida del vapor, que, largando las amarras, empezó a mover las paletas de las ruedas, que levantaban grandes borbotones de espuma, y rápidamente se deslizó por el río siguiendo la corriente.

En Inglaterra los turistas no pueden quejarse. Las embarcaciones que las compañías de transporte ponen a su disposición son magníficos. No hay curso de agua, por ínfimo que sea, ni lago pequeño o grande, que no se vea surcado cada día por alguno de

estos elegantes buques de vapor. No es extraño, pues, que el Clyde sea uno de los más favorecidos a este respecto. Por esto a lo largo de Broomielaw Street, en las calas del Steamboat Quay, numerosos vapores pintados de brillantes colores están siempre a punto de partir en todas direcciones.

El *Columbia* no era una excepción a la regla. Muy largo, muy fino de líneas, provisto de una maquinaria potente que accionaba unas ruedas de ancho diámetro, era un buque de gran marcha. En el interior, sus salones y comedores ofrecían comodidades de todas clases; en la cubierta, en un ancho espacio protegido por un toldo, varios canapés y asientos provistos de blandos almohadones constituían una verdadera terraza rodeada de una elegante balaustrada, donde los pasajeros disfrutaban de bonitas vistas y de un aire purísimo.

Y los viajeros no faltaban. Venían un poco de todas partes, tanto de Escocia como de Inglaterra. El mes de agosto es por excelencia el mes de las excursiones. Entre todas, las efectuadas por el Clyde y las Hébridas son particularmente estimadas. Había numerosas familias completas, cuya unión había sido generosamente bendecida por el cielo; muchachas muy alegres, jóvenes más sensatos, niños acostumbrados a las sorpresas que el turismo proporciona; y, sobre todo, muchos pastores protestantes, luciendo su gran sombrero de seda negra y su larga levita negra con el pequeño cuello blanco recto sin corbata; había también varios granjeros, con la boina escocesa y, por último, media docena de extranjeros, unos alemanes macizos de los que no pierden nada de peso incluso cuando salen de Alemania, y dos o tres franceses, de los que conservan la amabilidad y *esprit* que no pierden ni cuando salen de Francia.

Si la señorita Campbell hubiera sido semejante a sus compatriotas, que tan pronto se embarcan se quedan sentadas en cualquier rincón y no se mueven en todo el viaje, solo habría visto lo que pasaba ante sus ojos, sin mover ni siquiera la cabeza. Pero a ella le gustaba ir y venir por la cubierta del vapor; tan pronto estaba delante como detrás, contemplando los pueblos, aldeas y ciudades que se extienden a lo largo de las orillas. Por esto, el hermano Sam y el hermano Sib, que la acompañaban contestando a sus observaciones con señales aprobatorias, no hallaron un momento de reposo entre Glasgow y Oban. Por lo demás, no pensaban en

quejarse, ya que esto entraba en sus funciones de guardias de corps, y ya lo hacían de instinto, tomando buenas raciones de rapé, que contribuían a mantenerlos de buen humor.

La señora Bess y Partridge, después de haber tomado asiento en la parte anterior del vapor, hablaban amigablemente de tiempos pasados, de costumbres perdidas, de viejos clanes desorganizados. ¿Dónde estaban aquellos siglos de antaño, tan añorados? En aquellas épocas, los puros horizontales de Clyde no desaparecían tras las emanaciones carboníferas de las fábricas, sus orillas no retumbaban con el ruido sordo de los martillos de forja, sus tranquilas aguas no se agitaban a impulsos del esfuerzo de miles de caballos de vapor.

—¡Ya volverán aquellos tiempos, y quizá más pronto de lo que pensamos! —dijo la señora Bess, muy convencida.

—Así lo espero —contestó seriamente Partridge—, y con ellos volveremos a disfrutar de las viejas costumbres de nuestros antepasados.

Entretanto, las orillas del Clyde se movían rápidamente a cada lado del *Columbia*, como un panorama movible. A la derecha apareció la ciudad de Patrick en la desembocadura del Kelvin, y los vastos muelles, destinados a la construcción de buques de hierro, que hacen la competencia a los de Govan, situados en la orilla opuesta. ¡Cuánto humo y cuánto ruido salían de allí, tan desagradables a los oídos y a los ojos de Partridge y de su compañera!

Pero todo aquel estruendo industrial, toda aquella humareda de carbón, pronto iban a desaparecer poco a poco. Acto seguido, en lugar de los talleres, de las altas chimeneas de las fábricas, de aquellas enormes construcciones de hierro que parecían jaulas de animales antediluvianos, aparecieron graciosas casitas, chalets medio escondidos entre los árboles, poblaciones del tipo anglosajón, diseminadas por las verdes colinas. Era como una procesión ininterrumpida de casas de campo y de castillos, que se sucedían de una ciudad a otra.

Después del antiguo burgo real de Renfrew, situado a la izquierda del río, las colinas arboladas de Kilpatrick se perfilaron a la derecha, por encima de la población del mismo nombre, ante la cual un irlandés no puede pasar sin saludar: allí nació san Patricio,

patrón de Irlanda.

El Clyde, que hasta entonces había sido un río, empezaba a transformarse en un verdadero brazo de mar. La señora Bess y Partridge saludaron las ruinas de Dungla-Castle, que recuerda viejos hechos de la historia de Escocia; pero entornaron los ojos al aparecer el obelisco elevado en honor de Harry Bell, el inventor del primer buque mecánico, cuyas ruedas rompieron la placidez de aquellas aguas.

Algunas millas más lejos, los turistas contemplaron el castillo de Dumbarton, que se levanta a más de quinientos pies sobre una roca de basalto. De los dos conos de su cúspide, el más alto lleva el nombre de «Trono de Wallace», uno de los héroes de las luchas por la independencia.

En aquel momento, un caballero, desde lo alto del puente, sin que nadie se lo hubiese pedido, pero también el deber de dar una pequeña conferencia histórica para documentar a sus compañeros de viaje. Media hora después, ninguno de los pasajeros del *Columbia*, a menos de ser sordo, ignoraba que era muy probable que los romanos hubieran fortificado Dumbarton; que aquella roca histórica se convirtió en fortaleza real a comienzos del siglo trece; que bajo los beneficios del Pacto de la Unión, forma parte de los cuatro lugares del Reino de Escocia que no pueden ser derribados; que desde aquel puerto, María Estuardo, en 1548, salió para Francia, para ser, con su casamiento con
Francisco II
, «reina por un día»; y que allí, en fin, estuvo encerrado Napoleón en 1815, antes de que el ministro Castlereagh hubiera decidido encarcelarlo en Santa Elena.

—Todo esto es muy instructivo —dijo el hermano Sam.

—Instructivo e interesante —contestó el hermano Sib—. Este caballero merece todos nuestros plácemes.

Y como los dos tíos no se habían perdido una palabra de la conferencia, expresaron su satisfacción al profesor improvisado.

La señorita Campbell, sumida en sus reflexiones, no había oído nada de aquella larga lección de historia. Todo aquello, al menos en aquel momento, no le interesaba lo más mínimo. Ni siquiera se dignó echar una mirada a la orilla derecha del río, ni a las ruinas del castillo de Cardross, donde murió Robert Bruce. Un horizonte de

mar era lo único que buscaban en vano sus ojos; pero no podía descubrirlo hasta que el *Columbia* hubiera dejado atrás toda aquella sucesión de orillas, promontorios y colinas que limitan el golfo de Clyde. Además, el vapor estaba pasando entonces por delante del burgo de Helensburgh. Port Glasgow, los restos del castillo de Newark, el istmo de Rosenheat, eran cosas que la muchacha veía todos los días desde las ventanas de su casa. Por esto cabía preguntarse si él buque no estaría navegando por los caprichosos riachuelos del jardín.

¿Por qué iría su pensamiento a perderse entre los centenares de vapores que se apiñaban en los fondeaderos de Greenock, en la desembocadura del río? Y además, ¿qué le importaba a ella que el inmortal Watt hubiera nacido en aquella población de cuarenta mil habitantes, que es como la antecámara industrial de Glasgow? ¿Por qué, tres millas más abajo, posaba sus ojos sobre la ciudad de Gourock a la izquierda o sobre la población de Dunoon a la derecha, sobre los fiordos dentados y sinuosos que se recortan tan profundamente en el litoral del condado de Argyll, como si se tratara de la costa de Noruega?

¡No! La señorita Campbell buscaba con la mirada llena de impaciencia la torre en ruinas de Leven. ¿Espera ver aparecer en ella algún duende? Nada de esto, pero ella quería ser la primera en apercibir el faro de Clock que ilumina la salida del Firth of Clyde.

Por fin apareció el faro, como una gigantesca lámpara, al volver la orilla.

—Clock, tío Sam —dijo ella—. ¡Clock, Clock!

—¡Sí, Clock! —contestó el hermano Sam, con la precisión de un eco de los Highlands.

—¡El mar, tío Sib!

—El mar, en efecto —contestó el hermano Sib.

—¡Qué hermoso es! —repitieron los dos hermanos a la vez.

Parecía que lo contemplaban por primera vez.

No había error posible: a la apertura del golfo, aparecía claramente el horizonte del mar.

Sin embargo, el sol todavía no estaba a la mitad de su recorrido diurno. En el paralelo cincuenta y siete tenían que transcurrir siete horas, al menos, antes de que desapareciera por el horizonte. Siete horas de impaciencia para la señorita Campbell. Además, aquel

horizonte se dibujaba en el suroeste, es decir, en un segmento de arco que el astro radiante roza solo en la época del solsticio de invierno. No era allí, pues, donde tenían que buscar la aparición del fenómeno; tendría que ser más hacia el oeste, e incluso un poco hacia el norte, ya que los primeros días del mes de agosto preceden de seis semanas al equinoccio de septiembre.

Pero esto era cuestión de poca monta. Lo que importaba era el mar, que se extendía ahora ante la mirada de la señorita Campbell. A través del canal que formaban los dos islotes Cumbrae, más allá de la gran isla de Bute, cuyo perfil aparecía ligeramente esfumado detrás de las crestas poco elevadas de Aisla-Craig y de las montañas de Arran, señalábase la línea que une el cielo con el agua con una raya límpida como trazada con un tiralíneas.

La señorita Campbell la contemplaba, completamente absorta en sus pensamientos, sin pronunciar una palabra. De pie en el puente, inmóvil, parecía medir las dimensiones del arco que la separaba todavía del punto en que el disco solar iría sumergiéndose en las aguas del archipiélago… Con tal que el cielo, tan puro hasta entonces, no se cubriera con alguna bruma crepuscular…

Una voz la sacó de su ensimismamiento.

—Ya es hora —dijo el hermano Sib.

—¿La hora? ¿Qué hora, tío?

—La hora de comer —dijo el hermano Sam.

—¡Vamos a comer, pues! —contestó la señorita Campbell.

Capítulo V

De un barco a otro

Después de tomarse una comida excelente a la moda inglesa, medio fría, medio caliente, que fue servida en el comedor del *Columbia*, la señorita Campbell y los hermanos Melvill volvieron a subir a cubierta.

Elena no pudo reprimir un grito de desilusión al volver a colocarse en el mismo sitio en el puente.

—¿Y mi horizonte? —exclamó.

Efectivamente, su horizonte ya no estaba donde lo había dejado. Hacía pocos minutos que había desaparecido. El vapor, rumbo al norte, pasaba en aquel momento por el estrecho de Kyles of Bute.

—¡Esto está muy mal hecho, tío Sam! —dijo la señorita Campbell, haciendo un mohín de reproche.

—Pero, hija mía…

—¡Me acordaré, tío Sib!

Los dos hermanos no sabían qué contestar, y, sin embargo, ellos no tenían la culpa de que el *Columbia*, después de modificar la dirección, hiciera rumbo al noroeste.

En efecto, existen dos rutas muy diferentes para ir de Glasgow a Oban por mar.

Una —la que había seguido el *Columbia*— es la más larga. Después de hacer escala en Rothesay, capital de la isla de Bute, dominada por su viejo castillo del siglo once, el buque puede continuar descendiendo por el golfo de Clyde, luego seguir el litoral este de la isla, pasar delante de las grandes y pequeñas Cumbrae y seguir en esa dirección hasta la parte meridional de la isla de Arran,

que pertenece casi por entero al duque de Hamilton, desde la base de sus rocas hasta la punta del Goatfell, cerca de mil ochocientos metros sobre el nivel del mar. En este punto imprime el timonel un movimiento a la barca y pone rumbo al oeste, dobla la isla de Arran, rodea la península de Kintyre, remonta por su costa occidental, rebasa la isla de Gigha, pasa a través del estrecho de Jura, entre la isla de este nombre, la de Islay y la península citada, y llega a aquella parte ampliamente abierta del Firth of Lorn, cuyo ángulo se cierra un poco más arriba de Oban.

En resumen, si la señorita Campbell tenía algo de razón al quejarse de que el *Columbia* no hubiera escogido aquella ruta, quizá los dos tíos tendrían también ocasión de lamentarlo. Efectivamente, siguiendo el litoral de Islay, se les habría aparecido la antigua residencia de los MacDonald, que, a principios del siglo diecisiete, vencidos y rechazados, tuvieron que ceder el sitio a los Campbell. Ante el escenario de un hecho histórico que les concernía tan de cerca, los hermanos Melvill, y no hay para qué hablar de la señora Bess y de Partridge, hubieran sentido latir sus corazones al unísono.

La señorita Campbell vio dibujarse ante sus ojos, y por largo tiempo, aquel deseado horizonte, pues desde la punta de Arran hasta el promontorio de Kintyre se extiende el mar hacia el sur, y desde el extremo de esta península hasta la isla de Islay se extiende hacia el oeste, constituyendo aquella inmensidad líquida que alcanza hasta la costa americana, a tres mil millas de distancia.

Pero aquella ruta es larga y muchas veces penosa, por no decir peligrosa; por eso ha sido preciso tener en cuenta que muchos viajeros se espantan al pensar en una travesía con frecuencia peligrosa, y muchas veces inclemente, cuando se tiene que luchar contra la fuerte marejada de los parajes de las Hébridas.

Por esto, los ingenieros —entre ellos Lesseps— tuvieron la idea de convertir en isla la península de Kintyre. Gracias a sus trabajos se abrió el canal de Crinan en el norte, lo que abrevia el viaje en doscientas millas, por lo menos. Sería, pues, por esta ruta, por donde el *Columbia*, terminaría la travesía de Glasgow a Oban, entre los pasos y los canales que no ofrecían otras perspectivas sino playas, bosques y montañas. De entre todos los pasajeros, la señorita Campbell, sin duda, fue la única en lamentar este itinerario; pero no tenía más remedio que resignarse. Además, ¿no

hallaría ya este horizonte del mar un poco más allá del canal de Crinan, dentro de pocas horas y mucho antes de que el sol empezara a declinar? En el momento en que los turistas que se habían entretenido en el comedor subían a cubierta, el *Columbia* pasaba por delante de la pequeña isla de Elbangreig, última fortaleza donde se refugió el duque de Argyll antes de que este héroe de las luchas por la liberación política y religiosa de Escocia fuera decapitado por la guillotina escocesa. Luego, el vapor descendió nuevamente hacia el sur, pasando por el estrecho de Bute, en medio de aquel admirable panorama de islas, cubiertas por una ligera bruma que velaba sus siluetas. Luego, después de doblar el cabo Ardlamont, se dirigió nuevamente al norte, por el paso de Fyne, dejando a la izquierda el pueblo de East-Tarbert en la costa de Kintyre, rodeó el cabo Ardrishaig y llegó a la aldea de Lochgilphead, a la entrada del canal de Crinan.

Allí tuvieron que dejar el *Columbia*, demasiado grande para la navegación por el canal. Un pequeño vapor, el *Linnet*, esperaba ya a los pasajeros del *Columbia*. El transbordo tuvo lugar en pocos minutos. Cada cual se instaló lo mejor que pudo a bordo del vaporcito, que rápidamente emprendió viaje bordeando el canal, mientras un *bagpiper*[5], vestido con el traje nacional, hacía sonar su instrumento. Nada hay más melancólico que estas canciones extrañas de aires monótonos, que recuerdan las viejas melodías de antaño.

La travesía del canal era muy agradable, el paisaje variado y en las breves paradas, las jóvenes y los muchachos del país acudían amablemente a ofrecer a los turistas la sabrosa y fresca leche recién ordeñada.

Al cabo de seis horas —pues habían encontrado una esclusa que no funcionaba bien— habían dejado atrás las chozas, las granjas de aquella región un poco triste, y los inmensos pantanos del Add, que se extienden a la derecha del canal. El *Linnet* se detuvo un poco después del pueblo de Ballanoch. Allí efectuaron un segundo transbordo y los pasajeros del *Linnet* se convirtieron en pasajeros del *Glengarry*, que remontó por el noroeste para salir de la bahía de Crinan y doblar la punta en la que se levantaba el antiguo castillo feudal de Duntroon.

Pero la línea del horizonte que apareció al doblar la isla de Bute,

no había vuelto a aparecer.

Podemos imaginarnos claramente la impaciencia de la señorita Campbell. En aquellas aguas limitadas por todas partes, parecía hallarse en plena Escocia, en la región de los lagos, en medio del país de Rob Roy. Por todas partes aparecían pintorescas islas, con sus suaves ondulaciones, y sus llanuras cubiertas de verdes arbustos.

Por fin, el *Glengarry* pasó la punta norte de la isla Jura y de repente el mar surgió por entero entre aquella punta y la isla Scarba.

—Ahí lo tienes, querida Elena —dijo el hermano Sam, extendiendo una mano hacia el oeste.

—No hemos tenido la culpa —añadió el hermano Sib— si estas malditas islas, que el diablo confunda, lo han escondido a tus ojos por unos instantes.

—Estáis perdonados los dos, tíos —contestó la señorita Campbell —; ¡pero que no vuelva a ocurrir!

Capítulo VI

El golfo de Corryvreckan

Eran las seis de la tarde. El sol todavía no había recorrido más de cuatro quintas partes de su curso. Verdaderamente, el *Glengarry* llegaría a Oban antes que el astro del día hubiera desaparecido en las aguas del Atlántico. La señorita Campbell podía confiar, pues, que sus deseos se verían colmados aquella misma noche. En efecto, el cielo sin nubes ni brumas parecía estar preparado ex profeso para la observación del fenómeno y el horizonte del mar era visible entre las islas Oronsay, Colonsay y Mull, durante aquella última parte de la travesía.

Pero un incidente completamente imprevisto iba a retrasar un poco la marcha del vapor.

La señorita Campbell, poseída por su idea fija, permanecía inmóvil en el mismo lugar, no perdiendo de vista la línea curva que se dibujaba entre las dos islas. En el punto de unión con el cielo, la reverberación dibujaba un triángulo plateado cuyos reflejos venían a caer sobre los flancos del *Glengarry*.

Sin duda, la señorita Campbell era la única persona a bordo cuyas miradas permanecían obstinadamente fijas en aquella parte del horizonte: por esto fue ella la única que se dio cuenta de que el mar se agitaba más de lo normal entre la punta y la isla Scarba. Al mismo tiempo, llegaba hasta sus oídos el ruido lejano de las olas. Sin embargo, apenas si la suave brisa rizaba un poco las tranquilas aguas por las que surcaba el vapor.

—¿A qué serán debidos esta agitación y este rumor? —preguntó la señorita Campbell a sus tíos.

Los hermanos Melvill se hallaron muy embarazados para contestarle, pues ellos tampoco comprendían nada de lo que podía suceder tres millas más abajo, en el estrecho.

Entonces la señorita Campbell se dirigió al capitán del *Glengarry*, que paseaba por el puente, preguntándole a qué era debido aquel ruido y el alboroto del mar.

—Es un simple fenómeno de la marea —le contestó el capitán—. El ruido que usted oye es el que produce el abismo de Corryvreckan.

—Pero hace un tiempo magnífico —observó la señorita Campbell— y apenas si se nota la brisa.

—Es que este fenómeno no depende del tiempo —contestó el capitán—. Es un efecto de la subida de la marea que, al salir del estrecho de Jura, no encuentra más salida entre las dos islas de Jura y de Scarba. Por esto las aguas se precipitan con extrema violencia y sería muy peligroso para una embarcación de pequeño tonelaje aventurarse por allí en estos momentos.

El golfo de Corryvreckan, con mucha razón muy temido por los navegantes de aquellos lugares, se cita como uno de los lugares más curiosos del archipiélago de las Hébridas. La leyenda dice que debe su nombre a una princesa escandinava cuyo buque naufragó en tiempos de los celtas. En realidad, es un lugar peligroso, en el cual muchos buques se han visto arrastrados hacia su pérdida.

Pero la señorita Campbell no se cansaba de mirar las violentas fluctuaciones de las aguas, cuando, de pronto, le llamó la atención un punto determinado del estrecho. Hubiera creído que una roca sobresalía en medio del estrecho, si su mole no se hubiese movido elevándose y volviéndose a hundir según las ondulaciones de las olas.

—¡Mire, mire, capitán! —dijo la señorita Campbell—. Si no es una roca, ¿qué es aquello que aparece allí?

—Efectivamente —contestó el capitán—, deben de ser los restos de un naufragio, arrastrados por la corriente, o quizá…

Y cogiendo su anteojo exclamó:

—¡Una embarcación!

—¡Una embarcación! —repitió la señorita Campbell.

Todas las miradas se fijaron en aquel punto.

—¡Sí! No puedo equivocarme… Una chalupa a la deriva en las aguas del Corryvreckan.

Al oír aquellas palabras del capitán, todos los pasajeros corrieron hacia el puente, mirando en dirección al abismo. No había duda de que una embarcación había sido arrastrada por las corrientes de la marea ascendente y, cogida por la atracción de los remolinos, corría irremisiblemente a su pérdida.

Todas las miradas estaban fijas en la misma dirección, a cuatro o cinco millas del *Glengarry*.

—Será solo una chalupa a la deriva —dijo uno de los pasajeros.

—¡No, no, veo un hombre! —contestó otro.

—¡Un hombre… dos hombres! —exclamó Partridge que había acudido al lado de la señorita Campbell.

Efectivamente, había dos hombres. Pero ya no eran dueños de la embarcación. Con la poca brisa que venía de tierra, la vela no habría sido suficiente para sacarlos del remolino y los remos impotentes para alejarles de la atracción del abismo.

—¡Capitán —exclamó la señorita Campbell—, no podemos dejar morir a estos desgraciados…! ¡Están perdidos si los abandonamos! Tenemos que ir en su auxilio… ¡Es necesario!

Todos a bordo pensaban lo mismo y todos esperaban la contestación del capitán.

—El *Glengarry* —dijo este— no puede aventurarse hasta el centro del Corryvreckan. Pero quizá, acercándonos hasta una distancia prudencial, podremos alcanzar la chalupa.

Y, volviéndose hacia los pasajeros, pareció pedirles su aprobación.

La señorita Campbell se adelantó hacia él.

—Es necesario hacerlo, capitán, es necesario… —exclamó con toda la pasión de que era capaz—. Mis compañeros de viaje lo desean tanto como yo. Se trata de la vida de dos hombres que nosotros podemos salvar quizá… ¡Oh, capitán, se lo ruego… por favor, se lo ruego!

—¡Sí, sí! —exclamaron varios pasajeros, conmovidos por la calurosa intervención de la joven.

El capitán volvió a tomar su anteojo y observó atentamente la dirección de las corrientes del estrecho; luego, dirigiéndose al timonel, que se hallaba a su lado en el puente, le dijo:

—¡Atención a maniobrar! La barra a estribor.

Bajo la acción del timón, el vapor viró hacia el oeste. El fogonero recibió la orden de forzar la marcha y el *Glengarry* no tardó en dejar a su izquierda la punta de la isla Jura.

Nadie hablaba a bordo. Todas las miradas estaban fijas ansiosamente en la embarcación que apenas era visible.

Se trataba de una pequeña chalupa de pesca, cuyo mástil había sido retirado para evitar las sacudidas provocadas por los golpes violentos de las olas.

De los dos hombres que se hallaban en aquella chalupa, uno estaba echado a popa y el otro se esforzaba en salir del centro de

atracción de las aguas, a fuerza de remos. Si no lo conseguía, estaban perdidos.

Media hora después, el *Glengarry* llegaba al límite del Corryvreckan, y empezaba a balancearse por los violentos embates de las primeras olas; pero nadie protestó a bordo, a pesar de que la naturaleza de las corrientes era bastante para atemorizar a unos simples turistas.

En efecto, en aquella parte del estrecho, el mar aparecía completamente blanco de espuma, como si soplara un fuerte viento que levantara enormes masas de agua.

La chalupa se hallaba solo a media milla de distancia. De los dos hombres, el que se inclinaba sobre los remos continuaba haciendo enormes esfuerzos para salir del remolino. Se había dado cuenta de que el *Glengarry* venía en su auxilio, pero comprendía muy bien que el vapor no podía adentrarse mucho y que a él le correspondía acercarse a la embarcación. En cuanto a su compañero, extendido detrás, parecía estar desvanecido.

La señorita Campbell, presa de la más profunda emoción, no quitaba la vista de la embarcación en peligro, que ella había sido la primera en descubrir perdida en las aguas del abismo, y hacia la cual, gracias a sus ruegos, se dirigía ahora el *Glengarry*.

Sin embargo, la situación se agravaba. Era de temer que el vapor no llegaría a tiempo. Navegaba ahora a pequeña velocidad, a fin de evitar cualquier avería grave, pues las olas ya empezaban a cubrir la proa, amenazando alcanzar las escotillas de la sala de máquinas, en cuyo caso podrían llegar a apagar el fuego, cosa que sería peligrosísima en aquellas endiabladas corrientes.

El capitán, apoyado en la barandilla del puente, vigilaba que no se apartara del canal, maniobrando hábilmente para no perder la dirección.

Entretanto, la chalupa no había logrado salir del remolino. Había momentos en que desaparecía por completo, cubierta por las enormes olas; pero luego volvía a salir, empujada por las corrientes concéntricas del torbellino, cuya velocidad crecía proporcionalmente a su radio, y pasaba girando vertiginosamente con la celeridad de una flecha, o, mejor dicho, de una piedra girando en el extremo de la honda.

—¡Más de prisa, más de prisa! —repetía la señorita Campbell,

sin poderse contener.

Pero, a la vista de aquellas masas de agua que se estrellaban contra las rocas, algunos pasajeros empezaron a lanzar gritos de espanto. El capitán, comprendiendo la responsabilidad que corría, vacilaba en continuar la marcha a través del estrecho de Corryvreckan.

Y, no obstante, entre la chalupa y el *Glengarry* mediaba una distancia de apenas medio cable, o sea, unos trescientos pies; así era que podían reconocer fácilmente a los desgraciados que luchaban en la pequeña embarcación.

Era un viejo marinero y un joven; el primero estaba echado en la parte de popa y el otro era el que forcejeaba con los remos.

En aquel momento, una ola más violenta que las otras cayó sobre el vapor, haciendo la situación aún más difícil.

Verdaderamente, el capitán no podía avanzar más, y con mucho trabajo logró mantener la embarcación en equilibrio en medio de la corriente.

De pronto, la chalupa, después de balancearse en la cresta de las olas, se inclinó de un lado y desapareció.

De todos los labios de a bordo salió un grito de espanto.

¿Se había hundido para siempre? No. Volvió a salir a caballo de una ola y con un nuevo golpe de remos se acercó un poco más al vapor.

—¡Adelante, valiente! —gritaron los marineros, situados a proa, mientras balanceaban un rollo de cuerdas, dispuestos a lanzárselo en el momento propicio.

Entonces, el capitán, viendo que tenía ocasión de pasar entre dos remolinos, dio la orden de forzar las máquinas. El *Glengarry* acentuó la velocidad y se deslizó rápidamente entre las dos islas, mientras la chalupa ganaba todavía algunas brazas también hacia ellos.

Había llegado el momento de lanzarle las cuerdas, que lo fueron con destreza, y el muchacho de la chalupa las cogió y las ató fuertemente al mástil; luego el *Glengarry* hizo rápidamente marcha atrás, a fin de huir lo más rápidamente posible de los remolinos, arrastrando a remolque la pequeña embarcación que acababa de salvar.

Entonces el muchacho, dejando los remos, fue a buscar a su compañero, y, cogiéndolo en brazos, con la ayuda de los marineros,

lo izaron a bordo del buque. Había sido herido durante la brega contra las olas, quedando imposibilitado de ayudar a su compañero, que tuvo que luchar solo.

El muchacho saltó luego a la cubierta del *Glengarry*, sin perder ni por un momento su serenidad; tenía el rostro tranquilo, y toda su actitud demostraba que el valor moral le era tan natural como el valor físico de que acababa de dar muestras.

Inmediatamente, se preocupó de que atendieran con cuidado a su compañero. Era este el patrón de la chalupa, quien, con un buen vaso de coñac, no tardó en recobrar los sentidos.

—¡Señor Olivier! —le llamó.

—¡Ah, viejo lobo de mar! —respondió el joven—. ¿Cómo va este golpe?

—No es nada. ¡Los he sufrido mucho peores! Ya me parece que no ha pasado nada…

—¡Gracias a Dios…! Pero mi imprudencia y mi deseo de ir siempre adelante, por poco nos cuesta caro… ¡En fin, ya estamos salvados!

—¡Gracias a usted, señor Olivier!

—¡No… gracias a Dios!

Y el joven estrechaba al viejo marinero contra su pecho, sin disimular su emoción, que se contagiaba a todos los testigos de aquella escena.

Luego, volviéndose hacia el capitán del *Glengarry*, en el momento en que este descendía del puente, le dijo:

—Capitán, no sé cómo agradecerle el servicio que nos ha prestado.

—Señor, yo solo he cumplido con mi deber y, además, no he de callar que los pasajeros tienen más derecho que yo a recibir su agradecimiento.

El joven estrechó cordialmente la mano del capitán; luego, saludó efusivamente a todos los pasajeros con un gesto lleno de gracia.

Con toda seguridad, sin la llegada del *Glengarry*, tanto él como su compañero hubieran perecido en el fondo del mar.

La señorita Campbell, durante aquel intercambio de amabilidades, había creído prudente retirarse del grupo de salvadores y salvados. No quería que se hablara de la parte que ella

había tenido en el desenlace de aquel dramático salvamento. Por esto se mantenía a un lado del puente, cuando de pronto, como si despertara de un sueño, lanzó estas palabras, volviéndose hacia poniente:

—¿Y el rayo…? ¿Y el sol…?

—¡Ya no hay sol! —dijo el hermano Sam.

—¡Ni Rayo Verde! —dijo el hermano Sib.

Era demasiado tarde. El disco que acababa de desaparecer detrás de un horizonte de una pureza admirable, había lanzado ya su rayo verde por el espacio. Pero en aquel instante los pensamientos de la señorita Campbell estaban muy lejos y su mirada distraída se había dejado escapar aquella ocasión, que quizá no volviera a presentarse en mucho tiempo.

—¡Qué lástima! —murmuró, sin mucho pesar, pensando en todo cuanto acababa de suceder.

Entretanto, el *Glengarry* evolucionaba para salir del estrecho de Corryvreckan y reemprendía la ruta hacia el norte. En aquel momento, el viejo marino, después de estrechar por última vez las manos de su compañero, regresó a su chalupa e hizo rumbo hacia la isla de Jura.

En cuanto al joven, cuyo *dorlach*, una especie de maleta de cuero, ya estaba a bordo, se había instalado en el *Glengarry* como un turista más camino de Oban.

El vapor, dejando a la derecha las islas de Shuna y de Luing, donde cruzaron las ricas pizarrerías del marqués de Breadalbane, costeó la isla Seil, que defiende esta parte de la costa escocesa; luego entró en el Firth of Lorn, entre la isla volcánica de Kerrera y tierra firme, y con las últimas luces del crepúsculo, echaba anclas en el puerto de Oban.

Capítulo VII

Aristobulus Ursiclos

Aun cuando Oban hubiera atraído a gran número de bañistas a sus playas, como las estaciones tan frecuentadas de Brighton, de Margate o de Ramsgate, un personaje de la categoría de Aristobulus Ursiclos no podía pasar desapercibido.

Oban, sin llegar a la altura de las grandes estaciones balnearias, era un lugar muy estimado por los ociosos de la Gran Bretaña. Su situación, en el estrecho de Mull, protegido de los vientos del oeste, a cuya acción directa sirve de valladar la isla de Kerrera, atrae gran número de extranjeros. Unos vienen a sumergirse en sus salutíferas aguas; otros se instalan allí como punto de partida para realizar excursiones hasta Glasgow, Inverness y las islas más curiosas del grupo de las Hébridas. Debemos añadir también que Oban no es, como ocurre con ciertas estaciones balnearias, una especie de sanatorio; la mayoría de los que acuden a pasar las vacaciones allí tienen buena salud y no hay peligro, como en ciertas estaciones, de hacer la partida de *whist* con dos enfermos y «un muerto».

Oban cuenta apenas cincuenta años de existencia. Por ello, tanto la disposición de sus calles y plazas, como la arquitectura de sus casas, es más bien moderna. Sin embargo, la iglesia, de construcción normanda, con su esbelto campanario, el viejo castillo de Dunolly, cubierto de hiedra, que se levanta sobre una roca escarpada, la visión panorámica de casitas blancas y villas multicolores, esparcidas por las laderas de las colinas que la circundan y, en fin, las aguas tranquilas de su bahía, en las que se balancean elegantes yates de placer, hace que Oban presente un

conjunto pintoresco y agradable a la vista.

Vista de Oban.

En el mes de agosto de aquel año, los turistas extranjeros y los bañistas no escaseaban en la pequeña localidad de Oban. En el libro registro de uno de los mejores hoteles, hacía varias semanas que podían leerse, entre otros, más o menos ilustres, el nombre de Aristobulus Ursiclos, de Dumfries (Baja Escocia).

Era este un hombre de veintiocho años, que nunca había sido joven y que seguramente nunca podría llamarse viejo. Era evidente que debió nacer con la edad que aparentaría durante toda su vida. Su aspecto no era bueno ni malo; su rostro, muy insignificante y sus

cabellos de un rubio demasiado claro para un hombre; unos ojos inexpresivos, de miope, protegidos por unos lentes que apenas se sostenían sobre una nariz demasiado corta para aquel rostro. De los ciento treinta mil cabellos que, según las estadísticas, debe poseer cualquier cabeza humana normal, solo le quedaban escasamente unos sesenta mil. Una sotabarba encuadraba sus mejillas, lo que le daba cierta semejanza con un simio. Si hubiera sido un mono, no puede negarse que habría sido un buen ejemplar, quizá al que falta en la escala de los darwinistas para recordar a la humanidad su condición de animal.

Aristobulus Ursiclos era rico de dinero y más rico aún de ideas. Demasiado sabio para ser tan joven, no hacía más que aburrir a los demás con su erudición universal. Graduado en las Universidades de Oxford y de Edimburgo, poseía más ciencia física, química, astronómica y matemática que literatura. En el fondo, era tan presuntuoso, que, a pesar de toda su erudición, parecía un necio. Su principal manía, o monomanía, como se prefiera, era la de dar explicaciones continuamente sobre todo lo que formaba parte de las cosas más naturales; en fin, era un pedante, de trato más bien desagradable. La gente no se reía de él, porque no tenía ninguna gracia, pero quizá se reiría de él por su ridiculez. Nadie como este falso joven hubiera podido apropiarse de la divisa de los francmasones ingleses: *Audi, Vide, Lace*. No escuchaba nunca, no veía nada y no callaba jamás. Este era Aristobulus Ursiclos. En una palabra, para valerse de una comparación adaptada al país de Walter Scott, Aristobulus Ursiclos, con su industrialismo positivo, recordaba infinitamente más al magistrado Nicol Jarvie que a su poético primo Rob Roy MacGregor. ¿Y qué joven de los Highlands, sin exceptuar a la señorita Campbell, no hubiera preferido Rob Roy a Nicol Jarvie? ¿Cómo era posible que los hermanos Melvill se hubieran entusiasmado tanto con aquel pedante, hasta el punto de quererlo por sobrino? ¿Cómo había podido caer en gracia a aquel par de dignos sexagenarios? Quizá por haber sido el primero en hacerles una proposición de tal clase respecto a su sobrina. En una especie de entusiasmo ingenuo, el hermano Sam y el hermano Sib se habrían dicho, sin duda:

—He aquí un joven rico, de buena familia, poseedor de la fortuna que la herencia de sus padres y la de sus próximos parientes

ha acumulado sobre su cabeza, y además, extraordinariamente instruido. Será un excelente partido para nuestra querida Elena. Este casamiento irá sobre ruedas, ya que se adapta a todas las conveniencias, puesto que nos conviene a nosotros.

Y acto seguido habríanse propinado una buena toma de rapé, cerrando luego la tabaquera común con un golpecito seco, que parecería decir: «Asunto concluido».

Por esto los hermanos Melvill se creían muy astutos por haber conseguido que la señorita Campbell, gracias a su extraño capricho de ver el Rayo Verde, se hubiera decidido a ir hasta Oban. Allí, sin que nada pareciera hecho adrede, podría encontrarse con Aristobulus Ursiclos y reanudar las relaciones que su ausencia había suspendido momentáneamente.

Los hermanos Melvill y la señorita Campbell habían alquilado las mejores habitaciones del hotel. Pero si su permanencia en Oban tenía que prolongarse, quizá sería más conveniente alquilar alguna casita en las colinas que dominaban la ciudad; mientras tanto, empero, con la ayuda de la señora Bess y de Partridge, todos se habían instalado confortablemente en el establecimiento del señor MacFyne. Ya hablaremos de ello más adelante.

A las nueve de la mañana del día siguiente de su llegada, los hermanos Melvill salieron del vestíbulo del *Caledonian Hotel*, situado en la misma playa, casi frente al muelle. La señorita Campbell estaba descansando todavía en su habitación del primer piso, sin sospechar siquiera que sus tíos se encaminaban entonces a buscar a Aristobulus Ursiclos.

Los dos inseparables hermanos bajaron hasta la playa, sabiendo que su «pretendiente» residía en uno de los hoteles situados al norte de la bahía, y se dirigieron hacia allí.

Debemos admitir que les guiaba una especie de presentimiento. En efecto, diez minutos después de haber salido del hotel, se encontraron con Aristobulus Ursiclos, que daba su paseo científico de cada mañana, siguiendo las últimas huellas de la marea.

—¡Señor Ursiclos! —exclamaron los hermanos Melvill.

—¡Señores Melvill! —contestó Aristobulus con sorpresa exagerada, mientras se intercambiaban los consabidos apretones de manos, banales y puramente automáticos—. ¿Señores Melvill… ustedes… aquí… en Oban?

—Desde ayer por la noche —dijo el hermano Sam.

—Y estamos muy contentos, señor Ursiclos, de verle gozando de una excelente salud —dijo el hermano Sib.

—¡Ah, muy bien! ¿Ustedes conocerán ya el telegrama que acaba de llegar, no?

—¿El telegrama? —dijo el hermano Sam—. ¿No será que el gobierno Gladstone ha…?

—No tiene nada que ver con el gobierno Gladstone —contestó despectivamente Aristobulus Ursiclos—; se trata de un telegrama meteorológico.

—¡Ah! No sabíamos… —exclamaron los dos hermanos.

—¡Sí! Se anuncia que la depresión de Swinemünde se ha desplazado hacia el norte. Su centro está ahora en Estocolmo, donde el barómetro ha bajado una pulgada o sea veinticinco milímetros (empleando el sistema decimal que usan los sabios) y señala solamente veintiocho pulgadas y seis décimas, o sea setecientos veintiséis milímetros. Si la presión varía poco en Inglaterra y en Escocia, en cambio ha bajado una décima ayer en Valentia y dos en Stornoway.

—¿Y de esta depresión…? —preguntó Sam.

—¿Debe preverse…? —terminó el hermano Sib.

—Que el buen tiempo no durará —contestó Aristobulus Ursiclos — y que el cielo se verá cargado muy pronto con los vientos del suroeste, que nos traerán las brumas del Atlántico Norte.

Los hermanos Melvill agradecieron al joven sabio por haberles dado a conocer aquellos pronósticos tan interesantes, por los cuales deducían que el Rayo Verde seguramente se haría esperar, cosa por la cual no se preocupaban, ya que aquel retraso prolongaría su estancia en Oban.

—¿Y ustedes han venido…? —preguntó Aristobulus Ursiclos, mientras recogía un pedrusco que examinó con mucha atención.

Los dos tíos se guardaron muy bien de distraerlo de sus observaciones.

Pero cuando la piedra pasó a aumentar la colección que contenían los bolsillos del joven sabio, el hermano Sib dijo:

—Hemos venido con la intención muy natural de pasar una temporada aquí.

—Y hemos de añadir —dijo el hermano Sam— que la señorita

Campbell nos acompaña.

—¡Ah! ¡La señorita Campbell! —contestó Aristobulus Ursiclos—. Me parece que este sílex es de la época gaélica. Encuentro huellas… Verdaderamente, estaré encantado de volver a ver a la señorita Campbell… huellas de hierro meteórico. Este clima es extraordinariamente benigno y le hará un gran bien.

—Oh, ella se encuentra perfectamente —dijo el hermano Sam— y no tiene ninguna necesidad de restablecer su salud.

—No importa —continuó Aristobulus Ursiclos—. Aquí el aire es excelente. Cero veinticinco de oxígeno y cero setenta y nueve de nitrógeno, con un poco de vapor de agua, en cantidad higiénica. En cuanto al anhídrido carbónico, apenas si se encuentran vestigios. Lo analizo todas las mañanas.

Los hermanos Melvill interpretaron esto como una amable atención hacia la señorita Campbell.

—Pero —prosiguió Aristobulus Ursiclos—, si no han venido a Oban por razones de salud, señores, ¿puedo saber por qué causa han dejado su finca de Helensburgh?

—No tenemos ningún motivo para ocultarlo, dada la situación en que nos hallamos —contestó el hermano Sib.

—¿Debo ver en este desplazamiento —dijo entonces el joven sabio, interrumpiendo la frase empezada— un deseo, muy natural desde luego, de ponerme en contacto con la señorita Campbell en condiciones inmejorables para conocernos mejor el uno al otro, es decir, para empezar a querernos?

—Sin duda —contestó el hermano Sam—. Hemos pensado que, de esta manera, conseguiríamos más pronto nuestros fines.

—Apruebo su determinación señores —dijo Aristobulus Ursiclos —. Aquí, en este terreno neutral, la señorita Campbell y yo tendremos ocasión de hablar de las fluctuaciones del mar, de la dirección de los vientos, de la altura de las olas, de la variación de las mareas y de otros fenómenos físicos que deben de interesarla en alto grado.

Los hermanos Melvill, después de haber intercambiado una sonrisa de satisfacción, se indinaron en señal de asentimiento, añadiendo que, a su regreso a la finca de Helensburgh, estarían muy contentos de recibir a su amable huésped con un título más definitivo.

Aristobulus Ursiclos contestó que él estaría todavía más contento, puesto que el Gobierno había empezado entonces unos importantes trabajos de dragado en el Clyde, precisamente entre Helensburgh y Greenock, trabajos realizados en nuevas condiciones por medio de aparatos eléctricos. Así, pues, una vez instalado en la finca, podría observar los trabajos y calcular el rendimiento de las modernas aplicaciones.

Los hermanos Melvill no pudieron menos que reconocer que aquella coincidencia era por lo demás favorable a sus proyectos. Durante las horas de asueto en la finca, el joven sabio podría seguir todas las fases de aquellos interesantes trabajos.

—Pero —preguntó Aristobulus Ursiclos— seguramente ustedes habrán imaginado algún pretexto para venir aquí, ya que la señorita Campbell no espera encontrarme en Oban, ¿verdad?

—En efecto —contestó el hermano Sib—, y este pretexto ha sido la propia señorita Campbell quien nos lo ha proporcionado.

—¡Ah! —exclamó el joven sabio—. ¿Y puede saberse cuál es?

—Se trata de observar un fenómeno físico en ciertas condiciones que no se presentan en Helensburgh y sus alrededores.

—¡De veras! —contestó Aristobulus Ursiclos, ajustándose los lentes con un dedo—. Esto demuestra ya que entre la señorita Campbell y yo existen simpáticas afinidades. ¿Me pueden decir ustedes cuál es este fenómeno cuyo estudio no podía hacerse en la finca?

—Este fenómeno es sencillamente el Rayo Verde —contestó el hermano Sam.

—¿El Rayo Verde? —dijo Aristobulus Ursiclos, muy sorprendido —. Nunca he oído hablar de esto. ¿Me permiten preguntarles qué es el Rayo Verde?

Los hermanos Melvill explicaron lo mejor que pudieron en qué consistía aquel fenómeno, que el *Morning Post* había descrito últimamente, llamando la atención a sus lectores.

—¡Bah! —dijo Aristobulus Ursiclos—. Esto es solo una simple curiosidad sin gran interés, que entra en el dominio demasiado infantil de la física recreativa.

—La señorita Campbell es solo una chiquilla —contestó el hermano Sib— y parece que concede una importancia exagerada, sin duda, a este fenómeno…

—Puesto que no quiere casarse, según nos ha dicho, antes de haberlo observado —añadió el hermano Sam.

—Pues bien, señores —contestó Aristobulus Ursiclos—, ¡le mostraremos su dichoso Rayo Verde!

Luego, siguiendo los tres juntos el caminito que se escurría entre las praderas que bordean la playa, volvieron al *Caledonian Hotel*.

Aristobulus Ursiclos no perdió la ocasión para hacer notar a los hermanos Melvill que las mujeres se complacen siempre en toda suerte de frivolidades y dedujo, a grandes rasgos, todo lo que tendría que hacerse para realzar el nivel de su educación mal comprendida; no creía, sin embargo, que su cerebro, menos provisto de materia gris que el de los hombres, y muy diferente de constitución, pudiera alcanzar nunca la altitud mental de las especulaciones profundas. Pero, sin llegar tan lejos, quizá se lograría modificarlo con un entrenamiento especial; aunque, desde que en el mundo existen las mujeres, nunca sobresalió una sola por alguno de esos descubrimientos científicos que han inmortalizado a Aristóteles, Euclides, Hervey, Pascal, Hahnemann, Newton, Laplace, Arago, Humphrey, David, Edison, Pasteur, etc. Aristobulus Ursiclos, metido de lleno en uno de sus aburridos discursos, se lanzó a una interminable explicación sobre los fenómenos físicos, sin acordarse de la señorita Campbell.

Los hermanos Melvill lo escuchaban pacientemente, tanto más cuanto que habrían sido incapaces de meter baza en aquel monólogo científico que Aristobulus Ursiclos se complacía en desarrollar, subrayándolo con una serie de ¡hum! ¡hum!, imperiosos y pedantes.

Así hablando llegaron hasta la puerta del *Caledonian Hotel*, donde se detuvieron unos instantes para despedirse unos de otros.

En aquel momento una jovencita se asomaba por la ventana de su cuarto. Parecía muy preocupada y miraba tan pronto ante sí como volvía la cabeza a derecha y a izquierda, pareciendo buscar con la mirada un horizonte invisible.

De pronto, la señorita Campbell —pues de ella se trataba— vio a sus tíos. Rápidamente cerró la ventana de golpe y, momentos después, la muchacha salía del hotel con aspecto severo y el ceño fruncido.

Los hermanos Melvill la miraron preocupados. ¿Contra quién

estaría enfadada? ¿Sería la presencia de Aristobulus Ursiclos la que provocaba aquellos síntomas de excitación anormal?

Pero el joven se había adelantado y saludaba maquinalmente a la señorita Campbell.

—El señor Aristobulus Ursiclos… —dijo el hermano Sam, presentándolo con cierta ceremonia.

—Que por una de aquellas extraordinarias casualidades… se encuentra precisamente en Oban… —añadió el hermano Sib.

—¡Ah…! ¿El señor Ursiclos?

Y la señorita Campbell apenas le devolvió el saludo. Luego, dirigiéndose hacia sus tíos, que se hallaban muy azorados, y no sabían qué actitud adoptar, les dijo severamente:

—¡Tíos!

—Querida Elena —contestaron los dos tíos, con la misma entonación de voz, visiblemente inquieta.

—¿Nos hallamos realmente en Oban? —preguntó Elena.

—En Oban… ciertamente.

—¿En las orillas del mar de las Hébridas?

—Claro que sí.

—Pues bien, dentro de una hora ya no estaremos aquí.

—¿Dentro de una hora?

—¿No os había pedido ver un horizonte de mar?

—Sin duda, hija mía…

—¿Seríais tan amables de mostrarme dónde está?

Los hermanos Melvill, estupefactos, volvieron la cabeza.

Ante ellos, tanto por el suroeste como por el noroeste no se veía la línea de horizonte, enteramente cubierto por las islas que poblaban el mar, no dejando ni un pequeño espacio en el que se notara la unión de] cielo y el agua. Seil, Kerrera, Lismore, entre otras, formaban una barrera de tierra. Tenían que reconocer que el horizonte exigido y prometido no era visible en el paisaje de Oban.

Los dos hermanos ni se habían dado cuenta de ello durante su paseo por la playa. Por esto dejaron escapar estas dos interjecciones tan escocesas que expresan una verdadera decepción, mezclada de verdadera contrariedad.

—¡*Pooh*! —hizo uno.

—¡*Pswa*! —contestó el otro.

Capítulo VIII

Una nube en el horizonte

Era necesaria una explicación, pero como Aristobulus Ursiclos no tenía nada que ver con aquel asunto, la señorita Campbell le saludó fríamente y se volvió al hotel.

Aristobulus Ursiclos había devuelto el saludo a la jovencita con la misma frialdad. Evidentemente, ofendido por haber sido relegado por un rayo, por verde que fuera, reemprendió el camino de la playa haciéndose las más sensatas reflexiones.

El hermano Sam y el hermano Sib no las tenían todas consigo. Por esto, tan pronto entraron en el salón reservado, esperaron con las orejas gachas a que la señorita Campbell les dirigiera la palabra.

La explicación fue corta, pero clara. Habían venido a Oban para ver el horizonte del mar, pero no podían ver nada, o tan poco, que no valía la pena de hablar de ello.

Los dos tíos solo argumentaron basándose en su buena fe. No conocían Oban. ¡Quién hubiera imaginado que el mar, el verdadero mar, no estuviera allí ya que tanta gente afluía a aquel lugar para bañarse! Era seguramente el único punto de la costa en que, debido a aquellas inoportunas islas Hébridas, la línea del agua no se recortaba en el horizonte uniéndose al cielo.

—Pues bien —dijo la señorita Campbell con un tono que intentaba ser lo más severo posible—, tenían que haber escogido otro punto que no fuera Oban, aun cuando tuvieran que sacrificar las ventajas que les reportaba el encuentro con el señor Aristobulus Ursiclos.

Los hermanos Melvill bajaron instintivamente la cabeza y no

contestaron a aquel certero golpe.

—Haremos inmediatamente los preparativos para marchamos hoy mismo —dijo la señorita Campbell.

—¡Vámonos! —contestaron los dos tíos, que no podían hacerse perdonar su equivocación más que con un acto de obediencia pasiva.

Y, seguidamente, como de costumbre, empezaron a llamar:

—¡Bet!

—¡Beth!

—¡Bess!

—¡Betsey!

—¡Betty!

La señora Bess compareció, seguida de Partridge. Los dos fueron advertidos al momento, y sabiendo que su joven ama siempre tenía razón, no hicieron preguntas sobre aquella partida tan precipitada.

Pero no habían contado con el señor MacFyne, el propietario del *Caledonian Hotel*.

Sería no conocer bien a estos inefables industriales, incluso en la hospitalaria Escocia, si los creyéramos capaces de dejar partir a una familia compuesta por tres dueños y dos domésticos, sin haber hecho todo lo posible para retenerla. Y esto es lo que ocurrió en aquella circunstancia.

Cuando estuvo al corriente de aquel grave asunto, el señor MacFyne declaró que todo podía arreglarse a satisfacción general, sin hablar de la satisfacción particular que él experimentaría conservando el mayor tiempo posible viajeros tan distinguidos.

¿Qué es lo que quería la señorita Campbell, y, en consecuencia, qué reclamaban los señores Sib y Sam Melvill? ¿Una vista del mar libre con un ancho horizonte? Nada más fácil, puesto que se trataba de observar aquel horizonte solo a la puesta del sol. ¿Que no podían verlo desde el litoral de Oban? Bueno. ¿Sería suficiente situarse en la isla Kerrera? No. La gran isla de Mull solo dejaba descubrir una pequeña porción del Atlántico al suroeste.

Pero bajando por la costa se encontraba la isla Seil, cuya punta norte se halla unida por un puente a la costa escocesa. Allí no existe obstáculo alguno para disfrutar de la vista de una extensión de mar que abarca las dos quintas partes del cuadrante.

Y, para ir hasta aquella isla, era cuestión de un simple paseo, de

cuatro a cinco millas, no más, y, si el tiempo era propicio, con un buen coche conducido por excelentes caballos, la señorita Campbell y sus acompañantes podrían llegarse allí en una hora y media escasas.

Para apoyar sus explicaciones, el elocuente hotelero indicaba con grandes gestos el mapa que colgaba en el vestíbulo del hotel. La señorita Campbell pudo constatar que el señor MacFyne no quería engañarla. Efectivamente, más allá de la isla Seil se descubría un ancho sector que comprendía un tercio de aquel horizonte, en el cual se hundía el sol durante las semanas que preceden y siguen al equinoccio.

El asunto quedó resuelto, pues, con gran contento por parte del señor MacFyne y con mayor contento aún de los hermanos Melvill. La señorita Campbell les concedió generosamente su perdón y no hizo ninguna otra alusión desagradable a la presencia de Aristobulus Ursiclos.

—Pero —decía el hermano Sam—, pero es bien raro que Oban carezca de horizonte de mar.

—La naturaleza es muy caprichosa —dijo Sib.

Aristobulus Ursiclos estuvo también muy contento, sin duda, al enterarse de que la señorita Campbell no iría más lejos a buscar un lugar propicio a sus observaciones meteorológicas; pero estaba tan absorto en sus altas especulaciones, que se olvidó de demostrar toda su satisfacción.

La antojadiza joven se lo agradeció sin duda, pues, aun a pesar de su indiferencia, le acogió con menos frialdad la próxima vez que se encontraron.

Sin embargo, el estado atmosférico se había modificado ligeramente. Aun cuando el tiempo se mantenía bueno, algunas nubes velaban el horizonte tanto al levantarse como al ponerse al sol. Era inútil, pues, buscar un lugar de observación en la isla Seil. Hubiera sido perder el tiempo inútilmente, y había que tener paciencia.

Durante aquellos largos días, la señorita Campbell, dejando a sus tíos que departieran con el novio que le habían escogido, se iba algunas veces acompañada de la señora Bess, pero la mayoría sola, a vagar por la playa de la bahía. Se alejaba expresamente de aquel mundo de gente ociosa, que constituye la población flotante de

todas las playas de moda: familias cuya única ocupación consistía en mirar la subida y bajada de la marea, mientras los niños y niñas se echaban a revolotear por la húmeda arena con una libertad de modales enteramente británica. Caballeros serios y flemáticos, llevando unos trajes de baño bastante rudimentarios, para sumergirse durante seis minutos en el agua salada; caballeros y damas muy respetables, sentados muy tiesos e inmóviles en los bancos verdes de rojos almohadones, hojeando las páginas de algún libro de cubiertas chillonas y nutrido texto, tan corriente en las ediciones inglesas; algunos turistas de peso, con los anteojos colgados del hombro, calzando polainas y cubriéndose la cabeza con un salacot, que llegan hoy para marcharse mañana y, entre toda esta gente pintoresca, industriales cuya industria es esencialmente ambulante: artistas del manubrio, que llevan su instrumento sobre ruedas y van mezclando con los aires del país viejas melodías desfiguradas de Francia; fotógrafos al aire libre, que entregan a docenas las fotografías al minuto; vendedores ambulantes, con largas levitas negras; vendedoras con grandes sombreros de flores, que empujan las carretillas llenas de frutos exquisitos; ministriles que, con la cara embadurnada y disfrazados con trajes de lo más variado, dan pequeñas representaciones y cantan melodías populares rodeados de grupos de niños que repiten el estribillo de sus canciones.

Para la señorita Campbell, aquella existencia de las ciudades veraniegas no tenía ningún secreto ni ningún encanto. Prefería alejarse de aquel vaivén de paseantes, que se sentían tan extranjeros los unos a los otros, como si llegaran de las cinco partes del mundo.

Y cuando sus tíos, intranquilos por su larga ausencia, querían ir a su encuentro, la encontraban siempre sola a un extremo de la bahía o en una punta aislada de la playa, sentada y pensativa como la pensativa Minna de *El Pirata*[6], con el codo apoyado en una roca, la cabeza apoyada en una mano, mientras con la otra desgranaba las bayas de una especie de hinojo que crece entre las piedras. Su mirada, distraída, erraba desde un *stack*, cuya cima erizada de rocas se levanta erguida, a alguna caverna oscura, una de esas *helyers*, como se dice en Escocia, en la cual entran y salen mugiendo siempre las agitadas olas del mar.

Más lejos, miraba los cuervos marinos alineados con la

inmovilidad de animales hieráticos, y los seguía con la vista cuando, turbados en su reposo, volaban rozando con el ala la cresta de las pequeñas olas.

¿Con qué soñaba la muchacha? Aristobulus Ursiclos sin duda habría tenido la presunción de creer que pensaba en él, y si sus tíos hubieran tenido la ingenuidad de creerlo también, se habrían equivocado completamente.

La señorita Campbell pensaba sin cesar en la escena que había presenciado en Corryvreckan. Revivía el salvamento de la chalupa y sentía en el fondo de su corazón la misma emoción que la había sobrecogido cuando los imprudentes navegantes desaparecieron bajo las aguas. Luego volvía a recordar el momento en que el elegante joven subió a bordo, sereno y sonriente, menos emocionado que ella misma, saludando graciosamente a todos los pasajeros del *Glengarry*.

Con una imaginación romántica, era suficiente para iniciar una novela; pero parecía que la novela se había limitado al primer capítulo. El libro empezado se había cerrado bruscamente en las manos de la señorita Campbell. ¿A qué página podría volverlo a abrir, ya que su héroe no había vuelto a aparecer?

Pero ¿había intentado buscarlo entre aquella muchedumbre de indiferentes, que poblaban las playas de Oban? Quizá sí. ¿Lo había hallado? No. El seguramente no la habría reconocido. ¿Por qué tenía que haberse fijado especialmente en ella, a bordo del *Glengarry*? ¿Por qué la buscaría, pues? ¿Era posible que supiese que era en parte a ella a quien debía la vida? Y, sin embargo, fue ella, antes que los demás, quién había descubierto la embarcación en peligro; y también fue ella la primera que había suplicado al capitán que los salvara. Y, en realidad, todo aquello le había costado aquella tarde el Rayo Verde, sin lugar a dudas.

Durante los tres días siguientes a la llegada de la familia Melvill a Oban, el cielo hubiera hecho desesperar a un astrónomo de los observatorios de Edimburgo o de Greenwich, pues estaba enteramente cubierto por una especie de brumoso vapor. El sol tenía aún bastante fuerza para atravesar las nubes con sus ligeras brumas que empurpuraban el occidente con rayos, pero al atardecer la línea del mar se cubría de los más espléndidos colores, aunque hacían imposible descubrir el Rayo Verde al ponerse el sol.

La señorita Campbell, en sus sueños, llevada por una imaginación algo fantasiosa, confundía en sus pensamientos el náufrago del abismo de Corryvreckan con el Rayo Verde. Pero lo cierto era que tanto el uno como el otro no aparecían por ninguna parte.

Cuando los hermanos Melvill aconsejaban a su sobrina que tuviera paciencia, eran siempre muy mal recibidos. La señorita Campbell no se privaba de hacerles responsables a ellos de todos los fenómenos atmosféricos. Y estos, a su vez, culpaban al excelente barómetro que habían tenido la precaución de traerse de Helensburgh, y cuya columna persistía en no subir. En verdad, que habrían dado su caja de rapé para obtener a la puesta de sol un cielo completamente límpido.

En cuanto al sabio Ursiclos, un día, hablando de aquellas brumas que se acumulaban en el horizonte, tuvo la imperdonable torpeza de hallar muy natural que aquello ocurriera. Y lo aprovechó para desarrollar una pequeña lección de física ante la señorita Campbell. Habló de las nubes en general, de su movimiento descendente que las acumula en el horizonte al bajar la temperatura, de vapores reducidos al estado vesicular, de nimbos, estratos, cúmulos, cirros, etc. En fin, no hay que decir que derrochó toda la erudición de que era capaz.

Llegó a hacerse tan pesado, que incluso los hermanos Melvill no sabían qué cara poner durante aquella inoportuna conferencia.

Pero la señorita Campbell cortó en seco la perorata del joven sabio: primero, simuló mirar hacia otra parte para no oírlo; luego dirigió sus ojos hacia el castillo de Dunolly, para no verlo; por fin se quedó contemplando la punta de sus zapatillas de baño, que es una señal de indiferencia menos disimulada, la prueba del desprecio más absoluto que puede demostrar una escocesa, tanto por lo que dice su interlocutor como por su propia persona.

Aristobulus Ursiclos, que no veía y no escuchaba más que para sí mismo, no se dio cuenta de ello, o al menos pareció que no se enteraba.

Así transcurrieron los días 3, 4, 5 y 6 de agosto; pero durante este último día el barómetro subió algunas líneas por encima del variable, con gran alegría por parte de los hermanos Melvill.

El día siguiente se anunciaba, pues, con los más felices auspicios.

A las diez de la mañana el sol brillaba con gran esplendor y el cielo cubría el mar en toda su extensión con un azul de una perfecta limpidez.

La señorita Campbell no podía dejarse escapar aquella ocasión. Tenía siempre a su disposición una calesa de paseo del *Caledonian Hotel*. Ahora era el momento de usarla.

Así, pues a las cinco de la tarde, la señorita Campbell y los hermanos Melvill subieron a la calesa, que conducía un cochero experto, y Partridge saltó al asiento trasero al tiempo que los cuatro caballos, animados por la punta del látigo, se lanzaban al trote por la ruta de Oban a Clachan.

Aristobulus Ursiclos, muy a pesar suyo, no había podido formar parte de la partida, porque estaba muy ocupado en una importante memoria científica.

La excursión fue encantadora bajo todos los puntos de vista. El coche seguía la ruta del litoral, a lo largo del estrecho que separaba la isla Kerrera de la costa de Escocia. Esta isla, de origen volcánico, era muy pintoresca, pero tenía un defecto, a los ojos de la señorita Campbell: ocultaba el horizonte del mar. Sin embargo, como solamente tenían que recorrer cuatro millas y media de camino en aquellas condiciones, consintió en admirar el armonioso perfil que se dibujaba en el fondo de luz, con las ruinas del castillo que corona la punta meridional.

—Este castillo fue antaño la residencia de los MacDouglas de Lorn —explicó el hermano Sam.

—Y para nuestra familia —añadió el hermano Sib— este castillo tiene un interés histórico, ya que fue destruido por los Campbell, que lo incendiaron después de pasar a cuchillo a todos sus habitantes.

Este hecho pareció obtener particularmente la aprobación de Partridge, que se expansionó batiendo palmas en honor del clan.

Cuando dejaron atrás la isla Kerrera, el coche se adentró por un camino angosto, ligeramente accidentado por aquel istmo de Clachan. Desde allí, pasando por aquel istmo artificial, en forma de puente, que une la isla Seil al continente, llegaron al fondo de un barranco, donde los excursionistas bajaron del coche, subieron por los flancos escarpados de una colina, y se sentaron al borde de las rocas.

Allí no había nada que estorbase a los observadores, vueltos hacia el oeste, ni el islote de Easdale, ni el de Insh, que estaba como encallados cerca de Seil. Entre la punta Ardanalish de la isla Mull una de las mayores de las Hébridas, al noreste, y la isla Colonsay, al suroeste, se destacaban una ancha superficie de mar, detrás de la cual no tardaría en desaparecer el sol.

La señorita Campbell, absorta en sus pensamientos estaba sentada un poco más adelante que los otros. Algunas aves de presa, águilas o halcones, eran los únicos seres vivientes que animaban aquellas soledades, volando a ras de las rocas.

Astronómicamente el sol, en aquella época del año y en aquellas latitudes, debía ponerse a las siete y cincuenta y cuatro minutos, precisamente en la dirección de la punta Ardanalish.

Pero algunas semanas más tarde hubiera sido imposible verlo desaparecer tras la línea del horizonte, pues la masa de la isla Colonsay lo hubiera impedido.

Aquella tarde, pues, tanto el tiempo como el lugar estaban bien escogidos para la observación del fenómeno.

En aquel momento el sol se dirigía, en una trayectoria oblicua, hacia el horizonte puro y claro.

Los ojos sufrían un poco al mantener tanto rato la vista clavada en el resplandeciente disco rojo, que las aguas reflejaban en una larga estela de luz brillante.

Y, sin embargo, ni la señorita Campbell ni sus tíos hubieran consentido en cerrar los párpados, ¡oh no!, ni por un instante.

Pero, antes de que el astro hubiera rozado con su borde inferior el horizonte, la señorita Campbell lanzó un grito de decepción.

Una pequeña nubecilla acababa de aparecer, suave como una pincelada, larga como un gallardete, pero que cortaba el disco en dos partes desiguales y que parecía descender con él hasta el nivel del mar.

Parecía que un soplo de aire, por tenue que fuese, sería suficiente para alejar o disipar la nube… Pero el soplo de aire no se produjo.

Y cuando el sol quedó reducido a un minúsculo arco, aquella ligera nubecilla tomó el sitio del Rayo Verde entre el cielo y el agua.

El Rayo Verde, perdido en aquella nubecilla, no pudo llegar a los

ojos de los espectadores.

Capítulo IX

Opiniones de la señora Bess

El regreso a Oban se hizo en silencio. La señorita Campbell no decía nada. Los hermanos Melvill no se atrevían a hablar. Sin embargo, no era culpa suya si aquella inoportuna nube había aparecido justamente en el momento preciso para absorber el último rayo de sol. Después de todo, no había que desesperar. El buen tiempo tenía que durar unas seis semanas todavía. Si durante todo el principio de otoño no aparecía alguna vez el horizonte puro y limpio de brumas, podrían decir entonces que estaban verdaderamente en desgracia.

Pero era de lamentar haber perdido aquel día admirable, ya que el barómetro no parecía dispuesto a conceder otro igual, al menos en seguida. En efecto, durante la noche, volvió a señalar «variable», pero lo que representaba todavía buen tiempo para todo el mundo, no podía satisfacer a la señorita Campbell.

Miss Campbell contemplaba la admirable perspectiva.

Al día siguiente, 8 de agosto, unos pesados nubarrones tamizaban los rayos solares. La brisa del mediodía no fue lo suficientemente potente para disiparlos. Al atardecer, el cielo se coloreó con todas las tonalidades del arco iris, desde el amarillo cromo al azul ultramar, convirtiendo el horizonte en una paleta abigarrada; y, al ponerse el sol, quedó teñido de todos los rayos del espectro solar, menos el que la fantasía supersticiosa de la señorita Campbell deseaba ver.

Y esto se repitió al día siguiente y al otro también. La calesa volvió a guardarse en la cochera del hotel. ¿De qué serviría ir a observar un fenómeno que el estado del cielo hacía imposible? Las

alturas de la isla Seil no podían ser más favorables que las playas de Oban, y lo mejor sería no exponerse a una contrariedad.

Sin estar de más mal humor del que convenía, la señorita Campbell, al llegar la hora del ocaso, se limitaba a encerrarse en su cuarto, enfadada contra aquel sol tan poco complaciente. Se echaba para descansar de sus largas caminatas, y soñaba despierta. ¿Con qué? ¿Con la leyenda del Rayo Verde? ¿Era necesario haberlo visto para ver claro en su corazón? En el suyo no, seguramente, pero ¿y en el de los demás?

Aquel día, acompañada de la señora Bess, Elena había encaminado sus pasos hacia las ruinas del castillo de Dunolly. En aquel lugar, al pie del viejo muro recubierto de altas y espesas hiedras, el panorama que se divisaba de la bahía de Oban, con los islotes esparcidos por el mar de las Hébridas y la gran isla de Mull, era magnífico.

Pero, aun cuando la señorita Campbell miraba a lo lejos todo el panorama que se extendía bajo sus ojos, ¿lo veía? ¿No la distraían antiguos recuerdos? En todo caso, podemos afirmar que no era la imagen de Aristobulus Ursiclos la que se interponía ante sus ojos. En verdad, aquel joven pedante hubiera sido muy inoportuno aquel día, sobre todo si llegaba a oír los comentarios que la señora Bess hacía con toda franqueza sobre su persona.

—No me gusta —decía por enésima vez—. ¡No, no me gusta! Solo piensa en sí mismo. ¡Qué mal sentaría su persona en la mansión de Helensburgh! ¡Debe ser del clan de los MacEgoístas, estoy segura! ¿Cómo es posible que los señores Melvill hayan podido pensar que este vanidoso pudiera llegar a convertirse en su sobrino? Partridge tampoco puede sufrirlo, igual que yo, y Partridge entiende de eso. Vamos a ver, señorita Campbell, ¿de verdad le gusta a usted?

—¿De quién estás hablando? —preguntó la joven, que no había escuchado nada de lo que le decía la señora Bess.

—¿De quién quiere usted que sea? De aquel con quien no debe usted pensar… ¡aun cuando sea tan solo en honor de nuestro clan!

—¿En quién crees que no debo pensar?

—Pues en este señor Aristobulus Ursiclos, que haría mucho mejor en dirigirse al otro lado del Tweed a buscar lo que le conviene.

La señora Bess no se mordía la lengua; pero era preciso que estuviera muy enfadada para llegar a contradecir a sus dueños, aunque fuera en beneficio de su joven ama. Por otra parte, también veía que Elena mostraba una completa indiferencia hacia aquel pretendiente. Pero no podía imaginarse que aquella indiferencia estaba amparada por un sentimiento mucho más apasionado hacia otra persona.

Sin embargo, quizá la señora Bess sospechó algo cuando la señorita Campbell le preguntó si había vuelto a ver en Oban al joven que el *Glengarry* había salvado del naufragio.

—No, señorita Campbell —contestó la señora Bess—; debe de haberse marchado en seguida, pero me parece que Partridge sí le vio…

—¿Cuándo?

—Ayer, por la carretera de Dalmally. Venía hacia acá, con la mochila a cuestas, como un artista ambulante. ¡Ah!, es un imprudente, este joven. Dejarse arrastrar así hasta el abismo de Corryvreckan, es de mal agüero para el porvenir. No siempre hallará un buque que acuda a sacarle del mal paso y un día le ocurrirá una desgracia irreparable.

—¿Lo crees así, Bess? Si fue imprudente, al menos se mostró valiente, y en el peligro en que estaba nunca perdió la serenidad.

—Es posible, pero, por cierto, señorita Campbell —prosiguió la señora Bess—, este joven no supo ver que fue gracias a usted que salvó la vida, porque al menos, al día siguiente de llegar a Oban, hubiera podido venir a darle las gracias…

—¿Darme las gracias? —contestó la señorita Campbell—. ¿Por qué? Solo hice por él lo mismo que hubiera hecho por cualquier otro, y, puedes creerme, lo que cualquier otro hubiera hecho en mi lugar.

—¿Lo reconocería usted si lo volviera a ver? —preguntó la señora Bess, mirando a la muchacha.

—Sí —contestó francamente la señorita Campbell—, y confieso que el carácter de su persona, el valor sereno que demostró al subir al puente, como si no acabara de escapar a la muerte, las palabras afectuosas que pronunció para su compañero mientras lo estrechaba contra su pecho, todo me conmovió.

—Pues yo —replicó la buena mujer— no podría decir

exactamente a quién se parece, pero de lo que estoy segura es de que no tiene ningún parecido con este señor Aristobulus Ursiclos.

La señorita Campbell sonrió sin contestar nada, se levantó, permaneció unos instantes inmóvil, lanzando una última mirada a las lejanas alturas de la isla de Mull; luego, seguida por la señora Bess, descendió por el escarpado sendero que conducía hasta la carretera de Oban.

Aquella noche el sol se puso en medio de una especie de polvo luminoso, ligero como una gasa salpicada de oro, y su último rayo quedó absorbido otra vez por las brumas del atardecer.

La señorita Campbell regresó al hotel a cenar, pero apenas probó bocado de la comida que sus tíos habían encargado expresamente para ella, y, después de dar un corto paseo por la playa, subió en seguida a su cuarto para acostarse.

Capítulo X

Una partida de *croquet*

Hemos de reconocer que los hermanos Melvill empezaban a contar los días, y pronto empezarían a contar las horas. La cosa no marchaba como ellos deseaban.

El visible aburrimiento de su sobrina, su deseo de estar siempre sola, el poco caso que hacía al sabio Ursiclos, y del cual este se preocupaba menos que ellos mismos, todo era más que suficiente para que su estancia en Oban no fuera nada agradable. No sabían qué idear para romper la monotonía de aquellos días. Vigilaban inútilmente las menores variaciones atmosféricas. Se decían que tan pronto vieran satisfecho su deseo, la señorita Campbell se volvería sin duda más sociable, al menos para con ellos.

Hacía dos días que Elena, más absorta que nunca, se había olvidado incluso de darles los buenos días con un beso como hacía cada mañana, y que les ponía de buen humor para el resto de la jornada.

Pero el barómetro, insensible a las recriminaciones de los dos tíos, no se decidía a pronosticar una modificación del tiempo. Aun cuando diez veces al día daban un ligero golpe al aparato para provocar una oscilación de la columna, la columna no se movía de la misma línea. ¡Oh, estos barómetros!

No obstante, los hermanos Melvill tuvieron una idea. En el mediodía del 11 de agosto, propusieron una partida de *croquet* a la señorita Campbell, con intención de distraerla, si ello era posible, y, a pesar de que Aristobulus Ursiclos también era de la partida, Elena no rechazó la invitación, aunque solo fuera para tenerlos contentos.

Hemos de decir que tanto el hermano Sam como el hermano Sib se alababan de ser unos campeones en aquel juego. Y en Oban había precisamente un campo para jugar al *croquet*.

Generalmente sucede que en la mayor parte de las poblaciones de baños existe un emplazamiento, mal o bien nivelado, sea pradera o sea playa, lo cual no prueba tanto la exigencia de los jugadores como su indiferencia o su falta de celo por aquella noble distracción. Pero en Oban había eras no arenosas, sino tapizadas de mullido césped —esto es lo que se llama *crokets-grounds*—, humedecidas todas las tardes por medio de bombas de riego, apisonadas por las mañanas con rodillos de piedra y suaves como el terciopelo pasado por un laminador. Pequeños trozos de piedra de forma cúbica, al ras del suelo, servían para fijar los piquetes y los arcos. Además, una pequeña zanja de algunas pulgadas de profundidad limitaba cada emplazamiento, rodeando los mil doscientos pies cuadrados necesarios para las operaciones de los jugadores.

Los hermanos Melvill se habían detenido muchas veces contemplando con envidia cómo grupos de jóvenes maniobraban en los campos de *croquet*. Por esto se sintieron llenos de gozo cuando la señorita Campbell aceptó jugar con ellos, pues sentían la doble satisfacción de distraerla mientras se libraban a su juego favorito, ante un grupo de espectadores que los admiraría. ¡Qué vanidosos!

Aquel día Aristobulus Ursiclos consintió en suspender sus trabajos para hallarse en el campo de juego a la hora fijada. Tenía la pretensión de estar fuerte en *croquet* tanto en teoría como en la práctica, y lo juzgaba como lo haría un sabio, matemático, calculador, todo tal cual conviene a un cerebro de su especie.

Lo que no acababa de gustar a la señorita Campbell es que le tocara tener a aquel sabio como pareja. Pero no podía ser de otro modo, pues no causaría a sus tíos el disgusto de separarles en la lucha, de oponerles entre sí, ellos que siempre habían vivido tan unidos, de pensamiento y corazón, de cuerpo y alma, y que no jugaban si no era juntos. No, no habría podido hacerlo.

—Señorita Campbell —le dijo Aristobulus Ursiclos, antes de empezar—, estoy muy contento de ser su pareja, y si usted me permite que le explique la causa determinante de algunas tiradas…

—Señor Ursiclos —contestó Elena, llevándole aparte—, hemos

de dejar ganar a mis tíos.

—¿Ganar?

—Sí…, sin que lo parezca.

—Pero, señorita Campbell…

—Serían muy desgraciados si perdieran.

—Pero… permítame… —contestó Aristobulus Ursiclos—. Conozco este juego del *croquet* matemáticamente, y me alabo de ello. He calculado la combinación de las líneas, el valor de las curvas, y me parece que puedo tener la pretensión…

—Yo no tengo más pretensión —contestó la señorita Campbell— que la de complacer a mis adversarios. Además, son muy fuertes en *croquet*, se lo advierto, y no creo que toda su ciencia pueda competir con su habilidad.

—¡Ya lo veremos! —murmuró Aristobulus Ursiclos, que por ninguna consideración se hubiera dejado ganar voluntariamente, ni que fuera para complacer a la señorita Campbell.

Entretanto, la caja que contenía las bolas, los arcos, los piquetes, las marcas y los mazos, acababa de ser depositada en el campo por el muchacho encargado de este servicio.

Los nueve arcos fueron dispuestos en figura de rombo y fijos en las bases de piedra, y en los extremos de aquel se elevaron los piquetes. El hermano Sam dijo:

—¡A sortear!

Colocaron las marcas en un sombrero y cada uno de los jugadores cogió una al azar.

La suerte dio los siguientes colores a cada uno; una bola y un mazo azul al hermano Sam; una bola y un mazo rojo a Ursiclos; una bola y un mazo amarillo al hermano Sib; una bola y un mazo verde a la señorita Campbell.

—Verde, buena señal, mientras espero el rayo del mismo color —dijo Elena de buen humor.

Al hermano Sam le tocaba empezar, cosa que hizo después de haber aspirado una buena toma de rapé junto con su compañero.

Era digno de verle, con el cuerpo ni demasiado tieso ni demasiado inclinado, con la cabeza ladeada de manera que pudiera golpear la bola en el sitio justo, las manos colocadas una al lado de otra en el mango del mazo, la izquierda un poco más arriba que la derecha, las piernas juntas, las rodillas ligeramente dobladas para

contrarrestar el impulso del golpe, el pie izquierdo delante de la bola y el pie derecho un poco echado atrás. Era el verdadero tipo del jugador de *croquet*.

Entonces el hermano Sam levantó el mazo haciéndole describir suavemente un semicírculo, y golpeó la bola colocada a diez pulgadas del piquete de partida y no tuvo que usar del derecho que le correspondía de empezar por tres veces la misma operación.

Efectivamente, la bola, hábilmente lanzada, pasó por debajo del primer arco, luego del segundo y con otro golpe le hizo pasar por el tercero y no se detuvo hasta haber pasado el cuarto.

Era magnífico para empezar. Por esto un murmullo de admiración corrió entre los espectadores que permanecían de pie en la parte exterior del campo de *croquet*.

Ahora le tocaba jugar a Aristobulus Ursiclos. Pero no tuvo tanta suerte. Ya fuera por torpeza o por mala suerte, tuvo que empezar por tres veces la operación para hacer pasar la bola por el primer arco, y falló el segundo.

—Es muy probable —dijo a la señorita Campbell— que esta bola no esté bien calibrada. En este caso, el centro de gravedad se coloca excéntricamente y hace que se desvíe de su curso…

—Usted ahora, tío Sib —dijo la señorita Campbell, sin escuchar nada de lo que decía su compañero con explicaciones tan científicas.

El hermano Sib fue digno compañero del hermano Sam. Su bola pasó dos arcos y se detuvo cerca de la bola de Aristobulus Ursiclos, que le sirvió para pasar por el tercero, después de haber chocado con ella; luego volvió a tocar la bola del joven sabio, cuya fisonomía parecía decir: «Yo haré algo mejor». En fin, cuando las dos bolas estuvieron en contacto, puso el pie sobre la suya y con un fuerte golpe de mazo, envió la bola de su adversario a más de sesenta pasos lejos.

Aristobulus Ursiclos tuvo que correr detrás de su bola, pero lo hizo acompasadamente, como persona reflexiva que era, y esperó con la actitud de un general que medita el plan de la batalla.

La señorita Campbell cogió la bola verde y a su vez pasó hábilmente los dos primeros arcos.

La partida continuó en condiciones muy ventajosas para los hermanos Melvill, que no cesaban de hacer buenas jugadas. Se

hacían señas de comprensión, se entendían al menor gesto, sin necesidad de hablar, y ganaban abiertamente, con gran satisfacción de su sobrina, pero con inmensa desesperación de Aristobulus Ursiclos.

La señorita Campbell, a los cinco minutos de juego, viendo que sus tíos los aventajaban mucho, se puso a jugar seriamente y mostró una mayor habilidad que su compañero, quien, a pesar de todo, no le ahorraba los consejos científicos.

—El ángulo de reflexión —le decía— es igual al ángulo de incidencia, y esto debe indicarle la dirección que deben tomar las bolas después del choque. Es necesario, pues, aprovechar…

—Pues, aproveche usted, que ya le conviene —le contestaba la muchacha—. Mire, yo ya le adelanto de tres arcos…

Efectivamente, Aristobulus Ursiclos se quedaba lamentablemente atrás. Por diez veces había intentado pasar la doble arcada central, sin conseguirlo. Entonces las tomó contra aquella arcada, haciéndola cambiar de posición, enderezarla y situarla de otra forma, para intentar suerte otra vez.

Pero la suerte no le favorecía. Su bola tropezaba siempre con los hierros y no llegaba a pasar.

Verdaderamente, la señorita Campbell hubiera podido quejarse de su compañero, pues ella jugaba muy bien y merecía las felicitaciones que no le regateaban sus tíos. Además, estaba muy graciosa librándose por entero al juego, y la animación le coloreaba las mejillas y le hacía brillar los ojos. Pero Aristobulus Ursiclos no veía nada de esto. Estaba demasiado furioso, pues los hermanos Melvill le habían adelantado tanto, que ya le era muy difícil alcanzarles.

La partida continuaba, pues, en estas condiciones desiguales cuando se produjo un incidente.

Aristobulus Ursiclos tuvo ocasión de pronto de chocar con la bola del hermano Sam, que acababa de, pasar por segunda vez el arco central, ante el cual su bola se obstinaba en tropezar. Lleno de despecho, a pesar de que se esforzaba en mantener la calma a los ojos de los espectadores, quiso librar un golpe maestro para dar la contra a su adversario, enviándole su bola fuera de los límites de juego. Colocó, pues, su bola al lado de la del hermano Sam, asegurándole su adherencia, apretando la hierba con el mayor

cuidado, luego apoyó su pie izquierdo encima y haciendo voltear el mazo, a fin de darle mayor fuerza, dio el golpe con todas sus fuerzas.

Pero ¡ah!, ¡qué grito se le escapó! ¡Fue un alarido de dolor! El mazo, mal dirigido, en vez de golpear la bola, había caído con todo ímpetu sobre el pie del desgraciado, que empezó a dar saltos sobre el otro pie, mientras se cogía con las dos manos el pie herido, gritando y gimiendo ridículamente.

Los hermanos Melvill corrieron hacia él. Por suerte, el cuero de los zapatos había atenuado la violencia del golpe, y la contusión era de poca gravedad. Pero, aún así, Aristobulus Ursiclos creyó conveniente explicar de este modo su desgracia:

—El radio trazado por mi mazo —dijo con aire doctoral, no sin hacer alguna mueca de dolor de vez en cuando— ha descrito un círculo concéntrico con el que hubiera debido rozar tangencialmente el suelo, porque había cogido el radio demasiado corto. Por esto…

—¿Y entonces qué, señor Ursiclos? ¿Damos por terminada la partida? —interrumpió la muchacha.

—¿Cómo? ¿Dar por terminada la partida? —exclamó Aristobulus Ursiclos—. ¿Declaramos vencidos? ¡Jamás! Si tomamos las fórmulas de los cálculos de probabilidades, hallaremos que…

—¡Muy bien, continuemos! —contestó la señorita Campbell.

Pero todas las fórmulas del cálculo de probabilidades habrían dado muy pocas probabilidades de suerte a los adversarios de los tíos, porque, después de varios golpes maestros, los hermanos Melvill triunfaron en toda la línea, aunque con toda modestia, como era habitual en ellos. En cuanto a Aristobulus Ursiclos, a pesar de tantas pretensiones, no había llegado a pasar el arco central.

Sin duda, la señorita Campbell quiso aparecer entonces mucho más despechada de lo que realmente estaba, y con un fuerte golpe de mazo, envió su bola lejos, sin calcular bien la dirección.

La bola, así impelida, salió fuera del perímetro del campo, rebotó en una piedra, y, como hubiese dicho Aristobulus Ursiclos, su peso, multiplicado por el cuadrado de la velocidad, hizo que traspasara el lindero de la playa.

Fue un golpe desgraciado.

Un joven artista que estaba sentado allí, delante de su caballete,

ocupado en pintar el panorama del mar que cerraba la punta meridional de la rada de Oban, recibió la bola, que fue a caer en medio de la tela, después de embadurnarse con todos los colores de la paleta que rozó al pasar, tirando al suelo tela, pinturas y caballete.

El pintor se volvió tranquilamente y dijo:

—¡Generalmente se avisa, antes de empezar un bombardeo! ¡Ni aquí estamos seguros!

La señorita Campbell, presintiendo aquel accidente antes de que se produjera, había corrido a la playa detrás de la bola.

—¡Ah, señor! —dijo, dirigiéndose al joven artista—. Le ruego perdone mi torpeza.

Este se levantó y saludó sonriendo a la hermosa y azorada muchacha que acababa de excusarse… El artista era el *náufrago* de Corryvreckan.

Capítulo XI

Olivier Sinclair

Olivier Sinclair era un guapo mozo, empleando la expresión usada en Escocia para designar los muchachos valientes, despiertos y decididos; pero, en este caso, la expresión convenía tanto en lo moral como en la parte física.

Último vástago de una honorable familia de Edimburgo, este joven artista era el hijo de un viejo consejero de la capital del Midlothian. Huérfano de padre y madre, había sido educado por un tío suyo, uno de los cuatro concejales de la administración municipal, y había cursado estudios en la Universidad; al cumplir los veinte años, como disponía de una pequeña fortuna que le aseguraba la independencia, ansioso de conocer el mundo, viajó por los principales estados de Europa, la India y América. La célebre *Revista de Edimburgo* publicó en varias ocasiones los relatos de sus viajes. Pintor distinguido, habría podido vender sus obras a muy alto precio, si hubiera querido; poeta a ratos —¿y quién no lo es en esa edad en que todo sonríe?—, de corazón sensible, tenía naturaleza de artista y estaba hecho para agradar, y agradaba, sin que se lo propusiera ni se vanagloriara de ello.

No le hubiera sido difícil casarse en la capital de la vieja Caledonia, pues el sexo débil es muy superior en número al sexo fuerte. Además, un hombre joven, guapo, instruido, amable, simpático, no es difícil que encuentre más de una heredera a su gusto.

Sin embargo, Olivier Sinclair a los veintiséis años parecía que no había experimentado todavía la necesidad de buscar pareja. ¿Por

qué? Quizá porque le parecía mejor ir solo para correr mundo a su antojo, sobre todo con sus gustos y aficiones de artista y de viajero.

Y, sin embargo, Olivier Sinclair tenía todo lo necesario para enamorar a la más exigente hija de Escocia Tenía buen tipo, una fisonomía franca, amable y enérgica a la vez, maneras distinguidas, facilidad de palabra y una sonrisa que irradiaba simpatía. Pero él no se daba cuenta del encanto de su persona y como no era vanidoso no le daba importancia. Además, no solo gustaba a las muchachas, sino que se había granjeado la amistad de todos sus compañeros de Universidad, pues, según una expresión del país, era de aquellos «que no vuelven nunca la espalda ni a un amigo ni a un enemigo».

Pero hemos de convenir que aquel día, en el momento del ataque, volvía la espalda a la señorita Campbell. Pero también es verdad que la señorita Campbell no era ni su amigo ni su enemigo. Por esto, en la posición en que estaba, no había podido ver llegar la bola que le tiró involuntariamente la muchacha.

La señorita Campbell a la primera mirada había reconocido a su héroe de Corryvreckan, pero, en cambio, el héroe no había reconocido a la joven pasajera del *Glengarry*. Apenas si la había visto durante el fin de la travesía hasta Oban. Ciertamente que, de saber la parte que ella había tenido en su salvamento, le habría dado las gracias más particularmente, aunque solo fuera por educación; pero lo ignoraba entonces, y seguramente lo continuaría ignorando siempre.

Pues, efectivamente, aquel mismo día la señorita Campbell acababa de prohibir, tanto a sus tíos como a la señora Bess y a Partridge, que hicieran alusión alguna delante de aquel joven, a lo que había pasado a bordo del *Glengarry* antes del salvamento.

Sin embargo, después del accidente de la bola, los hermanos Melvill acudieron a reunirse con su sobrina, más desconcertados que ella misma, si es posible, y empezaron a presentar sus excusas personales al joven pintor, pero este les interrumpió diciendo:

—Señorita… Caballeros… les ruego… no vale la pena.

—Caballero —dijo el hermano Sib, insistiendo—. ¡Sí vale la pena! Crea que estamos verdaderamente desolados…

—Y si la desgracia es irreparable, como es de temer… —añadió el hermano Sam.

—Ha sido solo un accidente, no una desgracia —contestó riendo,

el joven—. Era un boceto pintarrajeado y esta bola vengadora le ha hecho justicia.

Olivier Sinclair decía estas palabras con tan buen humor, que los hermanos Melvill le hubieran estrechado gustosos la mano sin más ceremonia. Pero se limitaron a presentarse recíprocamente, como conviene entre caballeros.

—Samuel Melvill —dijo uno.

—Sebastián Melvill —dijo el otro.

—Y su sobrina, la señorita Campbell —añadió Elena, que no creyó faltar a las conveniencias, presentándose a sí misma.

Esta presentación invitaba al joven pintor a hacer lo mismo.

—Señorita Campbell, señores Melvill —dijo con toda seriedad—, podría contestarles que me llamo *Fock* como uno de los piquetes de su juego de *croquet*, ya que he sido tocado por la bola, pero me llamo sencillamente Olivier Sinclair.

—Señor Sinclair —replicó la señorita Campbell, que no sabía cómo tomarse aquella contestación—, acepte usted nuevamente todas mis excusas.

—Y las nuestras —añadieron los hermanos Melvill.

—Señorita Campbell —continuó Olivier Sinclair—, le repito que la cosa no vale la pena. Buscaba obtener un efecto de las olas rompiendo en los escollos, y es posible que su bola, como la esponja de no sé qué pintor de la antigüedad, tirada contra su cuadro, habrá producido el efecto que yo con mi pincel buscaba en vano reproducir.

Lo dijo con tanta simpatía, que la señorita Campbell y los hermanos Melvill no pudieron dejar de sonreír.

En cuanto a la tela, que Olivier Sinclair recogió del suelo, se hallaba completamente inservible, y tenía que empezar de nuevo.

Hemos de señalar que Aristobulus Ursiclos no había tomado parte en aquel cambio de excusas y gentilezas.

Al terminar la partida, el joven sabio, muy ofendido por no haber podido poner de acuerdo sus conocimientos teóricos con sus aptitudes prácticas, se había marchado al hotel. Seguramente no lo volverían a ver hasta dentro de tres o cuatro días, pues iba a partir para la isla Luing, una de las pequeñas Hébridas, situada al sur de la isla Seil, con la intención de estudiar sus riquezas geológicas.

La conversación no se veía entorpecida, pues, por las

intervenciones científicas que a buen seguro hubiera querido mezclar el joven sabio, de haber estado allí.

Olivier Sinclair quedó sorprendido al ver que los huéspedes del *Caledonian Hotel* ya le conocían.

—¿Cómo? ¿Usted, señorita Campbell, y ustedes, caballeros, estaban a bordo del *Glengarry* cuando me salvaron tan oportunamente? —exclamó el joven.

—Sí, señor Sinclair.

—¡Y vaya susto que nos dio —exclamó el hermano Sib— cuando descubrimos por casualidad su embarcación arrastrada por los remolinos del Corryvreckan!

—Casualidad providencial —añadió el hermano Sam—, y es muy probable que sin la intervención de…

Se vio interrumpido por una seña de la señorita Campbell, que no quería que la hicieran pasar como la salvadora.

—Pero, señor Sinclair —añadió entonces el hermano Sam—. ¿Cómo es posible que aquel viejo pescador que le acompañaba cometiese la imprudencia de aventurarse por aquellas corrientes…?

—Cuyos peligros no debía desconocer, ya que es del país —terminó el hermano Sib.

—No debemos darle la culpa a él, señores Melvill —contestó Olivier Sinclair—. La imprudencia fue mía, mía solamente, y por un instante temí que hubiera de acusarme de haber causado la muerte involuntaria de aquel pobre hombre. Pero el mar presentaba unos colores tan sorprendentes, que sin darme cuenta me iba adentrando siempre en busca de nuevos matices. El viejo pescador, presintiendo el peligro, me hacía observaciones y quería regresar a la isla de Jura, pero yo no le escuchaba, remando siempre adelante, hasta que nuestra embarcación se vio cogida por un remolino. Quisimos resistir la atracción del abismo, pero un golpe de mar hirió a mi compañero, que quedó imposibilitado de ayudarme y, ciertamente, sin la llegada providencial del *Glengarry*, sin la abnegación de su capitán, sin la filantropía de sus pasajeros, mi compañero y yo habríamos pasado a mejor vida, y formaríamos ahora parte de las leyendas del país, registrándose nuestros nombres en el catálogo necrológico del Corryvreckan.

La señorita Campbell lo escuchaba sin abrir los labios y solamente miraba fijamente al joven, no pudiendo dejar de sonreír

al oírle hablar de sus aventuras en pos de los matices del mar. Ella también corría detrás de una aventura, menos peligrosa, es cierto, pero también de la especie de matices de color: la caza del Rayo Verde.

Y los hermanos Melvill lo hicieron notar, al hablar de los motivos que los habían traído a Oban, es decir, para observar un fenómeno físico cuya naturaleza dieron a conocer al joven pintor.

—¡El Rayo Verde! —exclamó el joven.

—¿Lo ha visto usted ya? —preguntó vivamente la muchacha—. ¿Lo ha visto usted?

—No, señorita Campbell —contestó Olivier Sinclair—. Ni sabía que existiera en alguna parte este Rayo Verde. El sol no se pondrá ya más detrás del horizonte sin que me tenga por testigo de su ocaso. Y, ¡por san Dunstan!, ya no pintaré más que con el color verde de su rayo.

Era difícil saber si Olivier Sinclair hablaba con una punta de ironía o si se dejaba arrastrar por el lado artístico de su naturaleza. Sin embargo, un raro presentimiento revelaba a la señorita Campbell que el joven no bromeaba.

—Señor Sinclair —le dijo—, el Rayo Verde no es de mi propiedad. Luce para todo el mundo. No pierde nada de su valor al mostrarse a varios curiosos a la vez. Si usted quiere, intentaremos verlo juntos.

—Con mucho gusto, señorita Campbell.

—Pero hay que tener mucha paciencia.

—La tendré.

—Y no tema estropearse la vista —dijo el hermano Sam.

—El Rayo Verde bien merece la pena de que nos arriesguemos por él —replicó Olivier Sinclair—, y no quiero marcharme de Oban sin haberlo visto, se lo prometo.

—Ya fuimos una vez hasta la isla Seil para ver este Rayo, pero una nubecilla se posó a última hora en el horizonte, precisamente cuando el sol se ponía.

—¡Vaya fatalidad!

—¡Una verdadera fatalidad, señor Sinclair! Pues desde aquel día, ya nunca más hemos vuelto a ver el cielo completamente limpio de nubes.

—Ya volveremos a verlo, señorita Campbell. El verano no ha

dicho todavía su última palabra, y antes de que venga el mal tiempo, créame usted, el sol nos habrá hecho la caridad del Rayo Verde.

—Para decírselo todo de una vez, señor Sinclair —prosiguió la señorita Campbell—, seguramente lo hubiéramos visto la tarde del día 2 de agosto, en el mismo horizonte del estrecho de Corryvreckan, si nuestra atención no hubiese sido atraída por cierto salvamento…

—¿Cómo, señorita Campbell? —exclamó Olivier Sinclair—. ¿Tan torpe fui que estorbé su contemplación en aquel momento? ¡Mi imprudencia le ha costado a usted el Rayo Verde! Entonces, soy yo quien le debo presentar mis excusas, y se las presento con todo mi pesar por mi inoportuna intervención. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

Y hablando de esto y de otras cosas, reemprendieron el camino del *Caledonian Hotel*, donde precisamente Olivier Sinclair se hospedaba desde la víspera, en que regresó de una excursión por los alrededores de Dalmally. Aquel joven, cuyas maneras francas y comunicativa alegría no desagradaban a los dos hermanos, al contrario, empezó a hablarles entonces de Edimburgo y de su tío, el alcalde Patrick Oldimer. Y resultó que los hermanos Melvill habían mantenido relaciones con este señor Oldimer, pero, debido al alejamiento de unos y otros, no habían continuado como antes. En vista de lo cual, los Melvill invitaron a comer al joven Sinclair, y como no había ninguna razón que le obligara a plantar su caballete de artista en otra parte, confirmó que permanecería en Oban para tomar parte en la búsqueda del Rayo Verde.

La señorita Campbell y los hermanos Melvill se encontraron con él, pues, muy a menudo en la playa de Oban los días que siguieron. Observaban juntos si las condiciones atmosféricas tendían a mejorar. Diez veces al día interrogaban el barómetro, que a veces dejaba entrever una ligera subida de la columna de mercurio. Y, efectivamente, el 14 de agosto, el benévolo instrumento sobrepasó las treinta pulgadas y siete décimas.

¡Con qué satisfacción aquel día Olivier Sinclair trajo la buena nueva a la señorita Campbell! ¡Un cielo puro como la mirada de la Virgen! Ni una ligera nube en el firmamento. La perspectiva de un día espléndido y de una puesta de sol capaz de maravillar a los

astrónomos de un observatorio.

—Si hoy no vemos nuestro Rayo al ponerse el sol —dijo Olivier Sinclair—, será que nos habremos vuelto ciegos.

—Mis queridos tíos —exclamó la señorita Campbell—, ¿lo habéis oído bien? ¡Será esta tarde!

Se convino, pues, que marcharían después de comer para la isla Seil. Y así lo hicieron. Alrededor de las cinco la calesa condujo por la pintoresca carretera de Clachan a la señorita Campbell, radiante, a Olivier Sinclair, satisfecho, y a los hermanos Melvill, que tomaban parte en aquella radiación y aquella satisfacción. Podría decirse que se llevaban el sol con ellos en el coche y que los cuatro caballos que conducían el coche eran los hipogrifos del carro de Apolo, dios del día.

Al llegar a la isla Seil los observadores, entusiasmados de antemano, se hallaron ante un horizonte cuya pureza de línea no era alterada por ningún obstáculo. Fueron a colocarse al extremo de un estrecho cabo que separaba dos calas del litoral, adentrándose en el mar. Nada estorbaba la vista por el oeste en un cuarto de horizonte.

—Por fin veremos este caprichoso rayo verde, que tanto mal nos ha hecho por no dejarse ver —dijo Olivier Sinclair.

La carretera volaba por el pintoresco camino de Clachan.

—Así lo espero —dijo el hermano Sam.

—Estoy seguro que sí —añadió el hermano Sib.

—Y yo también lo espero —contestó la señorita Campbell mirando el mar desierto y sin mácula.

Ciertamente, todo hacía prever que el fenómeno de la puesta del sol se mostraría con todo su esplendor.

El astro radiante empezaba su descenso en línea oblicua, y quedaba entonces a pocos grados sobre el horizonte. Su rojo disco teñía de un color uniforme el fondo del cielo, lanzando un largo rastro resplandeciente sobre las tranquilas aguas del mar.

Todos estaban callados, en espera de la aparición, un poco

emocionados en aquel crepúsculo maravilloso, observando el sol que iba hundiéndose poco a poco como un enorme bólido. De pronto, la señorita Campbell dejó escapar un grito involuntario, seguido de una angustiosa exclamación que ni los hermanos Melvill ni Olivier Sinclair pudieron reprimir.

Una chalupa acababa de salir entonces del islote Easdale, al pie de la isla Seil, y avanzaba lentamente hacia el oeste. Su vela, extendida como una pantalla, tapaba la línea del horizonte. ¿Sería capaz de tapar también el sol, en el momento en que este se hundiría en el agua?

Era cuestión de segundos. O volver sobre sus pasos, o dirigirse hacia un lado o hacia otro, a fin de volver a encontrar un sitio desde donde pudieran contemplar el horizonte despejado. Pero no había tiempo para ello; la estrechez de aquel cabo no les permitía apartarse en un ángulo suficiente para volver a ponerse frente al eje del sol.

La señorita Campbell, desesperada por aquel contratiempo, iba y venía por las rocas. Olivier Sinclair hacía grandes señas a la embarcación, indicándole que arriara la vela. Pero todo fue en vano. Ni le veían ni podían oírle. La chalupa, empujada por una ligera brisa, continuaba surcando las aguas hacia el oeste.

En el momento en que el borde superior del disco solar iba a desaparecer, la barca pasó ante él tapándolo con el triángulo de su opaca vela.

¡Decepción! Esta vez el Rayo Verde había brillado al pie de aquel horizonte sin brumas, pero había tropezado con la vela antes de alcanzar el promontorio en el cual tantas miradas ávidas lo estaban esperando.

La señorita Campbell, Olivier Sinclair y los hermanos Melvill, completamente descorazonados, más irritados quizá de lo que debieran por su mala suerte, permanecían como petrificados en el mismo lugar, sin pensar en marcharse, y maldecían a la embarcación y a los que la conducían.

Mientras tanto la chalupa acababa de atracar en la misma base del promontorio.

Entonces desembarcó un pasajero, dejando a bordo los dos marineros que lo habían conducido desde la isla Luing, y, tras cruzar la playa, empezó a subir por las rocas para llegar al extremo

del cabo.

Seguramente aquel inoportuno personaje debía haber reconocido el grupo de observadores situados en la meseta, pues los saludó con un gesto familiar.

—¡El señor Ursiclos! —exclamó la señorita Campbell.

—¡Él! —exclamaron los dos hermanos.

«¿Quién puede ser este caballero?», pensó Olivier Sinclair.

Era el mismo Aristobulus Ursiclos en persona que regresaba de una de sus científicas excursiones de varios días por la isla Luing.

Sería inútil explicar de qué manera lo recibieron aquellos a quienes, con su presencia, acababa de estorbar la realización de sus más caros deseos.

El hermano Sam y el hermano Sib, olvidándose de todas las conveniencias, no pensaron ni en presentar a Olivier Sinclair a Aristobulus Ursiclos. Delante del descontento de Elena, bajaron la vista, a fin de no ver aquel inoportuno pretendiente que habían escogido.

La señorita Campbell, con los puños cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho, con los ojos llameantes, lo miraba sin decir nada. Por fin le dijo:

—Señor Ursiclos, habría hecho usted mucho mejor en no venir tan a propósito para cometer tan gran torpeza.

Capítulo XII

Nuevos proyectos

El regreso a Oban se efectuó en condiciones mucho menos agradable que la ida a la isla Seil. Habían confiado en tener un éxito y volvían con un fracaso.

Si la decepción que experimentó la señorita Campbell podía atenuarse en algo, era únicamente porque Aristobulus Ursiclos había sido la causa. Tenía derecho en acusar a aquel gran culpable, a cubrirle de maldiciones. Y no se quedó corta. Los hermanos Melvill hubieran hecho mal en defenderlo. ¡No! Tenía que haber sido la embarcación de aquel impertinente en quien nadie estaba pensando, que llegara justo a punto para taparles el horizonte en aquel momento en que el sol lanzaba sus últimos destellos. Cosas como esta, no se perdonan nunca.

No hay que decir que, después de recibir tal reprimenda, Aristobulus Ursiclos, que para disculparse todavía había empeorado las cosas burlándose del Rayo Verde, había vuelto a embarcarse seguidamente en su chalupa para regresar a Oban.

Había hecho perfectamente, pues era seguro que nadie le hubiera ofrecido un sitio en la calesa, ni siquiera en el pescante.

Así, pues, por dos veces el sol se había puesto en las condiciones previstas para observar aquel fenómeno, y por dos veces la mirada ardiente de la señorita Campbell se había expuesto inútilmente a las rutilantes caricias del astro, que le dejaban luego los ojos deslumbrados durante algunas horas. Primero el salvamento de Olivier Sinclair, luego la torpeza de Aristobulus Ursiclos, le habían impedido aprovecharse de unas ocasiones que tal vez no se

presentarían en mucho tiempo. Claro que en los dos casos las circunstancias no fueron las mismas, y tanto como la señorita Campbell perdonaba al uno culpaba al otro. ¿Quién habría podido acusarla de parcialidad?

Al día siguiente, Olivier Sinclair, con aire soñador, se paseaba por la playa de Oban.

¿Quién sería aquel señor Aristobulus Ursiclos? ¿Un pariente de la señorita Campbell y de los hermanos Melvill, o simplemente un amigo? En todo caso era seguramente un asiduo de la casa, pues la señorita Campbell no se había guardado de reprocharle furiosamente su torpeza. Pero ¿qué le importaba a Olivier Sinclair? Si quería saber a qué atenerse solo tenía que preguntárselo al hermano Sam o al hermano Sib… Y esto es precisamente lo que no quería hacer y lo que no hizo.

Sin embargo, no le faltaron ocasiones. Cada día Olivier Sinclair se encontraba o bien con los hermanos Melvill, que se paseaban siempre juntos —¿quién habría podido decir que los había visto alguna vez el uno sin el otro?— o acompañados de su sobrina, por las orillas del mar. Hablaban de mil cosas, y sobre todo del tiempo, lo que en aquella ocasión no era una manera de hablar de algo cuando no se tiene nada que decir. ¿Volverían a tener una de aquellas tardes serenas que esperaban para volver a la isla Seil? No era muy seguro. En efecto, después de aquellos dos días admirables del 2 y del 14 de agosto, cada día el cielo se levantaba incierto, lleno de nubes tormentosas, el horizonte era surcado por relámpagos de calor, y la bruma crepuscular lo envolvía siempre. En fin, había para desesperarse.

¿Por qué no confesamos de una vez que el joven pintor se había entusiasmado tanto con el Rayo Verde como la propia señorita Campbell? Había empezado a interesarse con aquel capricho de la joven y ahora corría con ella por los campos del espacio con su fantasía, con no menos ardor que su compañera. ¡Ah! Él no era como Aristobulus Ursiclos, que con su cabeza perdida entre las nubes de la ciencia desdeñaba aquel simple fenómeno óptico. Los dos jóvenes se comprendían y querían ser de los pocos privilegiados a quienes el Rayo Verde honraría con su aparición.

—Le veremos, señorita Campbell —repetía Olivier Sinclair—, le veremos, aun cuando tenga que ir a alumbrarlo yo mismo. Ya que

ha sido por culpa mía que se lo perdió usted la primera vez, y me siento algo culpable también de que este señor Ursiclos… ese pariente suyo… creo… ¿verdad?

—No… parece que… es mi prometido… —contestó entonces la señorita Campbell, alejándose rápidamente para unirse con sus tíos, que iban más adelante tomando las consabidas buenas raciones de rapé.

¡Su prometido! El efecto que produjo esta sencilla respuesta a Olivier Sinclair fue muy particular, sobre todo por el tono con que había sido hecha. Después de todo, ¿qué mal había en que aquel joven pedante fuera su prometido? Al menos, en estas condiciones su presencia en Oban tenía una explicación. Pero por el hecho de haber tenido la torpeza de interponerse entre el sol poniente y la señorita Campbell, no sería posible que pasara… ¿Qué es lo que no podía pasar? Olivier Sinclair no lo sabía muy bien.

Además, después de dos días de ausencia, Aristobulus Ursiclos había reaparecido y Olivier Sinclair lo había visto varias veces en compañía de los hermanos Melvill, que no eran capaces de guardarle rencor. Parecían estar en muy buenas relaciones los tres. El joven sabio y el joven artista también se había encontrado varias veces, ya en la playa, ya en los salones del *Caledonian Hotel*. Y los dos tíos habían creído un deber presentarlos el uno al otro.

—El señor Aristobulus Ursiclos, de Dumfries.

—El señor Olivier Sinclair, de Edimburgo.

Los dos jóvenes se saludaron fríamente, con una simple inclinación de cabeza, mientras mantenían el cuerpo exageradamente tieso. Era evidente que aquellos dos caracteres no simpatizarían nunca. El uno contemplaba el cielo para descubrir estrellas y el otro para calcular los elementos; el uno, el artista, rehuía ponerse sobre el pedestal del arte, mientras que el otro, el científico, hacía un pedestal de la ciencia.

En cuanto a la señorita Campbell, continuaba poniendo mala cara a Aristobulus Ursiclos. Cuando él estaba allí, ella no parecía notar su presencia; si pasaba por su lado, ella volvía la cabeza a propósito. Sin embargo, los hermanos Melvill, en su buena fe, creían que todo se arreglaría, sobre todo si aquel caprichoso Rayo Verde quería volver a aparecer.

Entretanto, Aristobulus Ursiclos observaba a Olivier Sinclair por

encima de sus gafas. Por lo que veía, la asiduidad de aquel joven cerca de la señorita Campbell, la amabilidad con que esta lo acogía en todo momento, no acababa de gustarle. Pero, seguro de sí mismo como siempre, estaba a la expectativa.

No obstante, ante aquel cielo tan inseguro y aquel barómetro cuya columna de mercurio no acababa de decidirse a marcar buen tiempo, la apariencia de todos llegaba a sus límites. Con la esperanza de encontrar un horizonte libre de brumas, aunque solo fuera en los breves instantes de la puesta del sol, hicieron todavía dos o tres excursiones a la isla Seil, excursiones de las cuales Aristobulus Ursiclos se abstuvo de formar parte. Pero perdieron el tiempo inútilmente. Llegó el 23 de agosto sin que el verde fenómeno se dignara manifestarse.

Entonces aquel capricho se convirtió en una idea fija que no dejaba lugar para ninguna otra. Era como una obsesión. Se soñaba día y noche con el dichoso Rayo Verde. Bajo este estado de espíritu, todo lo veían verde: el cielo azul era verde, los caminos eran verdes, la playa era verde, las rocas eran verdes, el agua y el vino eran verdes como la absenta. Los hermanos Melvill se imaginaban vestidos de verde, como dos grandes papagayos sorbiendo rapé verde en una caja verde también. En una palabra, era la locura del verde. Pero aquello no podía durar.

Pero un día Olivier Sinclair tuvo una idea feliz.

—Señorita —le dijo—, y ustedes, señores Melvill, me parece que, pensándolo bien, Oban es un mal punto para observar el fenómeno en cuestión.

—¿Y quién tiene la culpa? —contestó la señorita Campbell mirando fijamente a los dos culpables.

—Aquí no existe un horizonte de mar. Y por esto nos vemos obligados a ir hasta la isla Seil a buscarlo, con el riesgo de no hallarnos allí en el momento preciso.

—Es evidente —contestó la señorita Campbell—. Verdaderamente, no sé por qué mis tíos han escogido precisamente este horrible lugar para nuestra observación.

—Querida Elena —contestó el hermano Sam, que no sabía qué decir—, nosotros habíamos pensado…

—Sí… habíamos pensado… lo mismo —terminó el hermano Sib, acudiendo en ayuda de su hermano.

—Que el sol no desdeñaría el horizonte de Oban para su ocaso…

—Ya que Oban está situado a la orilla del mar…

—Pues pensasteis mal, tíos —contestó la señorita Campbell—, pensasteis muy mal, ya que el sol no se pone por este lado.

—En efecto —contestó el hermano Sam—. Estas islas inoportunas nos privan de ver el horizonte.

—¿No tendréis la intención de hacerlas volar por medio de una mina? —preguntó irónica la señorita Campbell.

—Si fuera posible, ya estaría hecho —replicó el hermano Sib muy decidido.

—Sin embargo, no podemos acampar en la isla Seil —observó el hermano Sam.

—¿Y por qué no?

—Pero, querida Elena, ¿lo quieres verdaderamente…?

—Verdaderamente.

—Vámonos, pues —contestaron el hermano Sam y el hermano Sib, con resignación.

Y aquellos dos hermanos, tan sumisos, se declararon dispuestos a marcharse de Oban.

Pero Olivier Sinclair intervino.

—Señorita Campbell —le dijo—, por poco que usted quisiera, creo que habría una solución mejor que la de instalarnos en la isla Seil.

—Hable usted, señor Sinclair, y si su proyecto es mejor, mis tíos no rehusarán seguirlo.

Los hermanos Melvill se inclinaron como unos autómatas, con un movimiento tan idéntico, que nunca parecieron tan iguales los dos.

—La isla Seil —continuó Olivier Sinclair— no está hecha realmente para poder vivir en ella, ni siquiera por pocos días. Si tiene que ejercitar su paciencia, señorita Campbell, que no sea al menos en perjuicio de su bienestar. He notado también que desde la isla Seil la vista del mar está muy limitada debido a la configuración de las costas. Si, por desgracia, tuviéramos que esperar más tiempo del que pensamos, si nuestra permanencia allí tenía que prolongarse durante varias semanas, podría suceder que el sol, que retrocede ahora más hacia el oeste, acabara de ponerse detrás de la isla Colonsay, o la isla Oronsay, o incluso la grande

Islay, y desde nuestro observatorio no veríamos nada, pues nos faltaría un horizonte más ancho.

—Realmente, entonces sí que sería el golpe de gracia de la mala suerte —contestó la señorita Campbell.

—Que podemos evitar quizá buscando una localidad situada más afuera del archipiélago de las Hébridas, y ante la cual se abra el Atlántico en toda su extensión.

—¿Sabe usted de alguna, señor Sinclair? —preguntó la señorita Campbell con viveza.

Los hermanos Melvill estaban pendientes de los labios del joven. ¿Qué iba a contestar? ¿Dónde diablos iba a llevarlos la fantasía de su sobrina? ¿En qué extremo confín del continente tendrían que instalarse para satisfacer sus deseos?

La contestación de Olivier Sinclair tuvo por efecto tranquilizarlos en seguida.

—Señorita Campbell —dijo—, no lejos de aquí hay una localidad que, a mi juicio, reúne todas las condiciones favorables. Está situada detrás de las alturas de Mull que cierran el horizonte por el oeste de Oban. Es una de las pequeñas Hébridas que más se internan en el Atlántico; es la encantadora isla de Iona.

—¡Iona! —exclamó la señorita Campbell—. ¡Iona, tíos! ¿Y tardaremos mucho en llegar?

—Podemos estar allí mañana —contestó el hermano Sib.

—Mañana, antes de que se ponga el sol —añadió el hermano Sam.

—Vámonos, pues —prosiguió la señorita Campbell—, y si en Iona no encontramos un lugar ampliamente descubierto, ya lo saben ustedes, tíos, buscaremos otro punto del litoral, desde John O'Groats, en la extremidad norte de Escocia, hasta el Land's End, en la punta sur de Inglaterra, y si todavía esto no es suficiente…

—Nos queda un recurso —contestó Olivier Sinclair—; daremos la vuelta al mundo.

Capítulo XIII

Magnificencias del mar

Quien se mostró desesperado al saber la resolución tomada por sus huéspedes fue el dueño del *Caledonian Hotel*. Si hubiera podido, el señor MacFyne habría hecho volar todas aquellas islas e islotes que impiden descubrir desde Oban un vasto horizonte marítimo.

Tuvo que consolarse, sin embargo, cuando se marcharon, diciéndose que al fin se veía libre de aquella familia de maniáticos.

A las ocho de la mañana, los hermanos Melvill, la señorita Campbell, la señora Bess y Partridge se embarcaron en el vapor *Pioneer* que daba la vuelta a la isla de Mull, haciendo escala en Iona y Staffa, regresando luego nuevamente a Oban.

Olivier Sinclair había precedido a sus compañeros al muelle de embarque, y ya los esperaba, en la pasarela del barco.

En aquel viaje no habían contado para nada con Aristobulus Ursiclos. Sin embargo, los hermanos Melvill se consideraron obligados a prevenirle de su partida precipitada. La más mínima cortesía exigía que lo hicieran así, y el hermano Sam y el hermano Sib eran la gente más cortés del mundo.

Aristobulus Ursiclos había recibido la noticia con bastante frialdad, contentándose simplemente con dar las gracias a los dos tíos sin hablarles para nada de sus propios proyectos.

Los hermanos Melvill se habían retirado, pues, repitiéndose que si su protegido se mantenía tan reservado, y si la señorita Campbell le había tomado aversión momentáneamente, todo pasaría después de haber contemplado una de aquellas magníficas puestas de sol en la isla de Iona, en un hermoso atardecer de otoño. Esta era la

ingenua opinión de los dos hermanos.

Cuando todos los pasajeros estuvieron a bordo, el *Pioneer* levó anclas y zarpó en dirección al estrecho de Kerrera. La mayoría de los pasajeros eran turistas atraídos por los encantos que ofrecía aquella excursión de doce horas alrededor de la isla de Mull; pero la señorita Campbell y sus compañeros los abandonarían a la primera escala.

Realmente estaban ansiosos por llegar a Iona, aquel nuevo campo abierto a sus observaciones. El tiempo era magnífico, el mar estaba tranquilo como un lago y la travesía se auguraba espléndida. Si aquella tarde no les traía la realización de sus deseos, esperarían con paciencia instalados en la isla. Allí se levantaría el telón, los decorados estarían siempre dispuestos y no se suspendería la función sino a causa del mal tiempo.

Antes del mediodía se alcanzó el objeto del viaje. El rápido *Pioneer* pasó el estrecho de Kerrera, dobló la punta meridional de la isla, lanzóse a través del amplio ensanche del Firth of Lorn, dejó a la izquierda Colonsay y su vetusta abadía fundada en el siglo XIV por los célebres lores de las Islas, y fue a costear la parte meridional de Mull, encallada en medio del mar como un inmenso cangrejo cuya pinza inferior se encorva ligeramente hacia el suroeste. Durante un momento se descubrió el Ben More, situado a tres mil quinientos pies sobre unas lejanas colinas, ásperas y escabrosas, cuya vestidura natural está compuesta de brezos, y cuya redondeada cima domina aquellas praderas, cubiertas de rumiantes, cortadas con brusquedad por la imponente masa de la punta de Ardanalish.

Entonces y hacia el noroeste se destacó la pintoresca Iona, casi en el extremo de la punta meridional de la isla de Mull. Toda la inmensidad del océano Atlántico se extendía ante ellos hasta el infinito.

—¿Le gusta el mar, señor Sinclair? —preguntó la señorita Campbell a su joven compañero, que se hallaba sentado a su lado en el puente del *Pioneer*, contemplando aquel hermoso espectáculo.

—¿Si me gusta, señorita Campbell? —contestó—. Ya lo creo, y no soy de esta clase de gente que lo encuentra monótono. A mis ojos nada cambia tanto como su aspecto, pero hay que saber mirarlo en sus diversas fases. Verdaderamente, el mar está hecho de tantos matices, mezclados tan maravillosamente unos con otros, que

quizá sería más difícil para un pintor reproducir este conjunto uniforme y variado a la vez, que pintar un retrato, por movible que fuese la fisonomía.

—En efecto —dijo la señorita Campbell—, continuamente está cambiando; bajo el menor soplo de brisa y según la luz con que se impregne, aparece distinto a cada hora del día.

—Mírelo usted en este momento, señorita Campbell —continuó Olivier Sinclair—. Está completamente tranquilo. ¿No le parece como un hermoso rostro dormido, del que nada puede alterar la pureza? No tiene ni una arruga, es joven y hermoso. Es como un espejo inmenso, pero un espejo que refleja el cielo, espejo en el que Dios podría mirarse.

—Pero es un espejo que se empaña muy a menudo al menor soplo de la tempestad —añadió la señorita Campbell.

—Bueno —contestó Olivier Sinclair—, precisamente en eso consiste la gran variedad de aspectos del océano. Si se levanta un poco de aire, cambia su faz, se llena de arrugas y las olas lo coronan de pelo blanco, envejeciéndolo con sus fosforescencias caprichosas y sus adornos de espuma.

—¿Cree usted, señor Sinclair, que algún pintor, por famoso que fuera, podría llegar a reproducir en una tela todas las bellezas del mar?

—No lo creo, señorita Campbell. ¿Cómo podría hacerlo? El mar no tiene color propio. Solo es un vasto reflejo del cielo. ¿Es azul? No será con el color azul que podremos pintarlo. ¿Es verde? Tampoco podremos hacerlo con el color verde. Ah, señorita Campbell, cuando más lo miro más maravilloso lo encuentro. ¡Océano! Esta palabra lo dice todo. ¿Qué son a su lado los más grandes continentes? Pequeñas islas rodeadas por sus aguas. Cubre las cuatro quintas partes del mundo. Por una especie de circulación permanente, se nutre con los mismos vapores que desprende, y con los cuales alimenta las fuentes que vuelven a él a través de los ríos, o que vuelve a recobrar con la lluvia que ha salido de su seno. Sí, el océano es infinito, infinito como el espacio que se refleja en sus aguas.

—Me gusta oírle hablar con ese entusiasmo, señor Sinclair —contestó la señorita Campbell—, y yo también comparto su entusiasmo. Sí, a mí también me gusta el mar tanto como a usted.

—¿Y no temería usted afrontar todos sus peligros? —preguntó Olivier Sinclair.

—No, de verdad, no tendría miedo. ¿Puede tenerse miedo de lo que se admira?

—Usted habría sido una intrépida viajera —dijo Olivier.

—Quizá sí, señor Sinclair —contestó la señorita Campbell—. En todo caso, de todos los libros de grandes viajes que he leído, prefiero aquellos que tuvieron por objeto descubrir mares lejanos. ¡Cuántas veces he acompañado (con el pensamiento, claro) a todos estos grandes navegantes, en las profundidades desconocidas! No encuentro nada más envidiable que el destino de estos grandes héroes que han llevado a cabo proezas tan magníficas.

—Sí, señorita Campbell, en la historia de la humanidad nada hay más hermoso que los descubrimientos. Atravesar el Atlántico por primera vez con Cristóbal Colón, el Pacífico con Magallanes, los mares glaciales con Parry, Franklin,
D'Urville
y tantos otros, ¡qué espléndidos sueños! Yo no puedo ver zarpar un buque, tanto si es de guerra como mercante e incluso un pesquero, sin que todo mi ser se embarque a su bordo. Creo que nací para marino, y cada día lamento más no haber escogido esta carrera desde mi infancia.

—Pero ¿ha viajado usted por mar? —preguntó la señorita Campbell.

—Tanto cuanto he podido —contestó Olivier Sinclair—. He recorrido un poco el Mediterráneo, desde Gibraltar hasta los puertos de Levante. Un poco también el Atlántico, hasta América del Norte; luego también los mares septentrionales de Europa, y conozco todos los mares que la naturaleza ha prodigado tanto a Inglaterra como a Escocia.

—¡Todos tan magníficos! —exclamó la señorita Campbell.

—Sí, señorita Campbell, no he visto nada comparable a esta parte de las Hébridas hacia las cuales nos dirigimos. Es un verdadero archipiélago, con un cielo menos azul que el de Oriente, quizá, pero con más poesía en sus rocas salvajes y sus horizontes brumosos. El archipiélago griego ha sido la cuna de una sociedad de dioses y diosas, es verdad, pero ya se habrá fijado usted que han sido unas divinidades muy burguesas, muy positivas, dotadas sobre

todo de una vida material. El Olimpo se me aparece a mí como una especie de salón más o menos bien compuesto, donde se reúnen unos dioses demasiado parecidos a los hombres, pues tienen sus mismas debilidades. En cambio, no sucede así en nuestras islas Hébridas. Aquí viven seres sobrenaturales. Las deidades escandinavas, etéreas, inmateriales, son formas impalpables, sin cuerpo. ¡Odín, Ossian, Fingal! Son una serie de poéticos fantasmas escapados de los libros de las Sagas. ¡Qué hermosas son estas figuras de las cuales podemos evocar en nuestro recuerdo la aparición en medio de la bruma en los mares árticos! Este sí que es un Olimpo más divino que el Olimpo griego. Aquel no tiene nada de terrenal, y si fuese necesario designarle un emplazamiento digno de sus huéspedes, se escogería en el mar de Hébridas. ¡Sí, señorita Campbell, aquí adoraría yo a nuestras divinidades, y como verdadero hijo de la antigua Caledonia, no cambiaría nuestro archipiélago, con sus doscientas islas, su cielo cargado de vapores y sus revueltos mares calentados por las corrientes del Gulf Stream, por todos los archipiélagos de los mares de Oriente!

—Y es bien nuestro, escoceses de los Highlands —contestó la señorita Campbell, entusiasmada por las ardientes palabras de su compañero—. ¡Ah, señor Sinclair!, yo, como usted, soy una apasionada de nuestro archipiélago caledonio. ¡Lo encuentro magnífico y lo admiro incluso en sus furores!

—Y es sublime, efectivamente —contestó Olivier Sinclair—. ¡Nada puede detener la violencia de las tempestades que en él estallan después de un transcurso de tres mil millas! ¡La costa americana se halla enfrente de la costa escocesa! Sí, allí, al otro lado del Atlántico, se producen las grandes tempestades del océano; aquí se reciben los primeros embates de las olas y de los vientos lanzados sobre la Europa occidental. Pero se estrellan contra nuestras Hébridas, más audaces que aquel hombre de quien habla Livingstone, que no temía a los leones, pero que le daba miedo el océano; nuestras islas, sólidas sobre su base de granito, se ríen de las violencias del huracán y del mar.

—¡El mar…! Una combinación química de hidrógeno y de oxígeno, con un dos y medio por ciento de cloruro sódico. Nada más bello, en efecto, que los furores del cloruro de sodio.

La señorita Campbell y Olivier se habían vuelto bruscamente al

oír aquellas palabras, dichas claramente con intención, y pronunciadas como una réplica a su entusiasmo.

Aristobulus Ursiclos se hallaba en medio del puente, detrás de ellos.

El inoportuno no había podido resistir al deseo de marcharse de Oban al mismo tiempo que la señorita Campbell, sabiendo que Olivier Sinclair la acompañaba a Iona. Así, pues, había embarcado antes que ellos, y después de haber pasado casi toda la travesía sentado en el salón del *Pioneer*, acababa de subir a cubierta cuando estaban a la vista de la isla.

¡Los furores del cloruro de sodio! ¡Qué golpe a todos los sueños de Olivier Sinclair y de la señorita Campbell!

¡Son muy hermosos, en efecto, los furores del cloruro de sodio!

Capítulo XIV

La vida en Iona

Mientras tanto, Iona —antiguamente llamada la Isla de las Olas — emergía cada vez más su colina del Abate, que no mide más de cuatrocientos pies sobre el nivel del mar, y el buque se acercaba rápidamente a ella.

Hacia el mediodía, el *Pioneer* ancló en una pequeña rada hecha de rocas apenas cortadas, cubiertas de musgo macizo. Todos los pasajeros desembarcaron, la mayoría para volver a embarcar al cabo de una hora y regresar a Oban por el estrecho de Mull, los otros, en pequeño número —ya sabemos quiénes eran—, con la intención de quedarse en Iona.

La isla no tiene puerto propiamente dicho. Un muelle de piedra protege una de las bahías contra los embates del océano. Nada más. Allí fondean durante el buen tiempo algunos yates de placer, y las barcas de pesca que frecuentan aquellos parajes.

La señorita Campbell y sus compañeros, separándose de los turistas, que tenían ya su programa establecido previamente para visitar la isla en una hora, se ocuparon de buscar alojamiento conveniente.

No podían esperar que en Iona hallarían las mismas comodidades que en las poblaciones de veraneo de la costa de Inglaterra. Efectivamente, Iona no tiene más de trece millas cuadradas y cuenta apenas quinientos habitantes. Allí no existe ningún pueblo, ni aldea ni nada parecido. Unas cuantas casas esparcidas aquí y allá, la mayoría simples barracas, tan pintorescas como se quiera, pero muy rudimentarias, casi todas sin ventanas,

sin chimenea, con solo un agujero en el techo, y construidas de piedras y cañas entrecruzadas.

¿Quién creería que Iona fue la cuna de la religión de los druidas, en los primeros tiempos de la historia escandinava? ¿Quién se acordaría que en el siglo VI, san Columbano, el irlandés, fundó, para enseñar la nueva religión de Cristo, el primer monasterio de Escocia, y que los monjes de Cluny vinieron a vivir en él hasta la Reforma? Ahora todo eran ruinas. Y la célebre ciudad llamada de san Columba, se había convertido en la Iona actual, cuyos únicos habitantes son algunos rudos campesinos que arrancan trabajosamente a su arenoso suelo una mediana cosecha de cebada, patatas y trigo, y unos cuantos pescadores cuyas lanchas se llenan de los peces que abundan en las aguas de las pequeñas Hébridas.

—Señorita Campbell —dijo Aristobulus Ursiclos con aire despectivo—, ¿cree usted, a primera vista, que esto es mejor que Oban?

—¡Es mucho mejor! —contestó ella, mientras pensaba que sería mejor todavía si no hubiera un habitante de más en la isla.

Sin embargo, en defecto de casino o de hotel, los hermanos Melvill descubrieron una especie de posada bastante aceptable, donde se detenían los turistas a quienes no les bastaba el poco tiempo que les dejaba el barco para visitar las ruinas de Iona. Así, pues, pudieron hospedarse aquel mismo día en la posada *Las Armas de Duncan*, mientras Olivier Sinclair y Aristobulus Ursiclos se instalaban lo mejor posible cada uno en una cabaña de pescadores.

Pero a la señorita Campbell la dominaba un estado de espíritu tal, que desde la ventana abierta al mar, de su pequeño cuartito, se encontraba tan bien como en la terraza de su torre de Helensburgh y mucho mejor, sin duda alguna, que en el salón del *Caledonian Hotel*. Desde donde se hallaba, el horizonte se extendía ante sus ojos sin que ningún islote rompiera su línea circular, y con un poco de imaginación hubiera podido apercibir, a tres mil millas de distancia, la costa americana del otro lado del Atlántico. Verdaderamente el sol tenía un buen escenario para ponerse con todo esplendor.

Rápida y fácilmente organizaron la vida en común. Las comidas las hacían juntos en la sala-comedor de la posada. Siguiendo la antigua costumbre, la señora Bess y Partridge se sentaron en la mesa de sus dueños. Quizá Aristobulus Ursiclos no disimuló su

sorpresa, pero Olivier Sinclair no encontró nada que decir. Además, ya había empezado a tomar cariño a aquellos dos sirvientes, que le correspondían también con afecto.

Toda la familia vivía según el antiguo modo escocés, con toda simplicidad. Después de pasearse por la isla, después de conversar sobre cosas de tiempos lejanos, evocaciones que Aristobulus Ursiclos no olvidaba nunca enriquecer con sus inoportunidades, se reunían para comer al mediodía y para cenar a las ocho de la noche. Luego, la señorita Campbell se iba a contemplar la puesta del sol, hiciera el tiempo que hiciera, aunque estuviera nublado. ¡Quién sabe! ¡Podían abrirse las nubes por casualidad y dejar pasar el Rayo Verde!

¡Pero qué comidas preparaban la señora Bess y Partridge! Los más caledonianos de los invitados de Walter Scott a una comida de Fergus MacGregor, a una cena de Oldbuck el Anticuario, no hubieran podido reprochar nada a los platos cocinados siguiendo la moda culinaria de la vieja Escocia. La señora Bess y Partridge, felices de haber retrocedido al tiempo de sus antepasados, hacían las preparaciones más suculentas, que el hermano Sam y el hermano Sib acogían con evidente placer. Como lo demuestra las frases que se oían durante la comida:

—Un poco más de estos *cakes* de harina de avena, mucho más sabrosos que los blandos pasteles de Glasgow.

—Un poco de este *sowens*, que los montañeses saborean todavía en los Highlands.

—Deme más de este *haggis*, que ya nuestro gran poeta Burns celebró dignamente en sus versos como el primero, el mejor y el más nacional de los *puddings* escoceses.

—Por favor, sírvame más de este *coklylecky*…

—¡Voy a repetir de este *hotchpotch*, más exquisito que el mejor guiso de la cocinera de Helensburgh!

¡Ah! ¡Qué bien se comía en *Las Armas de Duncan*, y qué bien se bebía asimismo!

Había que ver a los hermanos Melvill brindar con aquellos grandes vasos que pueden contener por lo menos cuatro pintas inglesas llenos del *usquebaugh*, la cerveza nacional por excelencia, o el mejor *hummok*. Y el *whisky*, cuya fermentación parece que continúa en el estómago de los bebedores. Ciertamente que no

pensaban en echar de menos el jerez o el oporto de las bodegas de Helensburgh o de Glasgow.

Si Aristobulus Ursiclos, acostumbrado a las comodidades modernas, no dejaba de quejarse más a menudo de lo que convenía, nadie hacía el menor caso de sus quejas.

Si él encontraba los días largos en aquella isla, en cambio para los demás el tiempo pasaba demasiado de prisa, y la señorita Campbell no refunfuñaba ya contra las nubes que cubrían cada tarde el horizonte.

Claro que Iona no era grande, pero a quien le gusta pasear al aire libre, no necesita grandes espacios. De vez en cuando, Olivier Sinclair se detenía para pintar algún rincón pintoresco y la señorita Campbell lo miraba pintar, y el tiempo transcurría apaciblemente para todos.

Los días 26, 27, 28 y 29 de agosto se sucedieron sin un instante de aburrimiento. Aquella vida primitiva sentaba bien en aquella isla salvaje y primitiva también, cuyas rocas el mar batía sin descanso.

La señorita Campbell, feliz de haber escapado del mundo de curiosos charlatanes que forma las poblaciones de veraneo, salía a pasear con la misma libertad que lo hubiera hecho por el jardín de Helensburgh, con el *rokelay* que se envolvía como una mantilla, tocada con el *snod*, esa cinta mezclada con cabellos, que sienta tan bien a las jóvenes escocesas. Olivier Sinclair no se cansaba de admirar su gracia, el encanto de su persona, ese atractivo que producía sobre él un efecto del que se daba perfecta cuenta.

Muchas veces paseaban juntos hablando, mirando y soñando hasta las últimas playas de la isla, y allí se detenían, viendo volar delante de ellos, a bandadas, los cuervos marinos escoceses, los *tamnie-nories*, cuya soledad turbaban; los *pictarnies*, a la espera de los pececillos depositados por los remolinos de la resaca, y los pájaros bobos de Bassan, de negro plumaje, de alas blancas en sus puntas, de cabeza amarilla, que representa más particularmente la clase de las palmípedas en la ornitología de las Hébridas.

Al llegar la noche, después de la puesta del sol, con qué gusto se paseaban la señorita Campbell y los suyos por la playa desierta bajo las estrellas. En medio de un profundo silencio, se oía de pronto como los hermanos Melvill recitaban las estrofas de los poemas de Ossian:

Pálida estrella de la noche, lejana mensajera,
cuya frente luminosa surge entre el velo de Occidente,
¿qué miras en la llanura?

Luego, cuando terminaban, todos volvían silenciosos y un poco conmovidos a sus respectivos alojamientos.

Por poco clarividentes que fuesen los dos tíos, iban comprendiendo bien claro que todo lo que Aristobulus Ursiclos iba perdiendo en el corazón de la señorita Campbell, lo iba ganando Olivier Sinclair. Por esto los dos hermanos se afanaban, no sin dificultad, en reunir aquel pequeño mundo, aun a costa de recibir algún desplante de su sobrina. Pero al fin consiguieron que el día 30 de agosto fueran todos juntos a visitar las ruinas de la iglesia, del monasterio y del cementerio, situadas al noroeste y al sur de la colina del Abate. Esta excursión, que dura apenas dos horas, todavía no la habían realizado nuestros huéspedes de Iona. Era una falta de consideración hacia las legendarias sombras de aquellos monjes que habían vivido antaño en las cuevas del litoral, y hacia los ilustres muertos de las familias reales, desde
Fergus II
hasta Macbeth.

Capítulo XV

Las ruinas de Iona

Así, pues, la señorita Campbell, los hermanos Melvill y los dos jóvenes, se marcharon después de comer. Hacía un magnífico tiempo de otoño. Los rayos del sol se filtraban a cada momento a través de las nubes poco espesas. En esas intermitencias, las ruinas que rodeaban aquella parte de la isla, las rocas afortunadamente agrupadas del litoral, las casas esparcidas sobre el accidentado terreno de Iona; el mar, estriado a lo lejos por las caricias de una suave brisa, parecían renovar su aspecto un poco triste y alegrarse bajo los efectos del sol.

Aquel día no habían llegado viajeros. El barco había traído unos cincuenta la víspera y, sin duda, al día siguiente desembarcarían otros tantos. Aquel día, pues, la isla de Iona pertenecía por entero a sus habitantes, y las ruinas estarían completamente desiertas cuando llegarían los excursionistas.

Hacían el camino alegremente. El buen humor del hermano Sam y del hermano Sib se había contagiado a sus compañeros. Hablaban y reían mientras se internaban por pequeños senderos rocosos entre las bajas murallas de piedras secas.

Todo marchaba bien hasta que se detuvieron frente a la cruz de MacLean. Este hermoso monolito de granito rojo, de catorce pies de altura, es el único resto de las trescientas sesenta cruces que se levantaban en la isla hasta la Reforma, hacia la mitad del siglo XVI.

Olivier Sinclair quiso, naturalmente, tomar un croquis de aquel monumento, que produce gran efecto erigido en medio de la árida llanura cubierta de hierba amarillenta.

La señorita Campbell, los hermanos Melvill y Olivier se agruparon a unos cincuenta pasos del calvario, a fin de obtener una visión de conjunto. Olivier Sinclair se sentó en un saliente del pequeño muro y empezó a dibujar los primeros planos del terreno en el que se levanta la cruz de MacLean.

Al cabo de unos momentos les pareció que una forma humana trataba de subir los primeros escalones de la cruz.

—¡Vaya! —exclamó Olivier—, ¿qué viene a hacer aquí ese intruso? Si al menos llevara el hábito de monje no desentonaría, y podría dibujarlo postrado a los pies de esa cruz antigua.

—Es un curioso que nos molestará bastante, señor Sinclair —dijo la señorita Campbell.

—Pero ¿no es Aristobulus Ursiclos, que se nos ha adelantado? —preguntó el hermano Sam.

—¡Es él mismo! —añadió el hermano Sib.

En efecto, era el propio Aristobulus Ursiclos quien; encaramado en el basamento de la cruz, la golpeaba con un martillo.

La señorita Campbell, indignada por aquella desfachatez del mineralogista, corrió hacia él.

—¿Qué está usted haciendo, señor Ursiclos? —le preguntó.

—Ya lo ve usted, señorita Campbell —contestó Aristobulus Ursiclos—, intento arrancar un pedazo de este granito.

—Pero ¿a qué vienen estas manías? ¡Me parece que el tiempo de los iconoclastas ya ha pasado!

—Yo no soy un iconoclasta —contestó Aristobulus Ursiclos—, sino que soy un geólogo y, como tal, me interesa conocer la naturaleza de esta piedra.

Un violento golpe de martillo había acabado la obra de destrucción: una piedra de la base cayó rodando al suelo.

Aristobulus Ursiclos la cogió y, doblando el poder óptico de sus lentes por medio de una gran lupa de naturalista que sacó de su estuche, se acercó el pedazo de piedra a la nariz.

—Es exactamente lo que suponía —dijo—. Se trata de un granito rojo muy compacto, muy resistente, que debe de haber sido extraído del islote de las Monjas, en todo parecido al que los arquitectos del siglo XII usaron para construir la capital de Iona.

Y Aristobulus Ursiclos no se dejó perder tan buena ocasión para engolfarse en una disertación arqueológica que los hermanos

Melvill —que se habían ido acercando— no se atrevieron a interrumpir.

Pero la señorita Campbell, sin hacer cumplidos, los dejó para irse nuevamente al lado de Olivier Sinclair y, cuando este terminó el dibujo, se reunieron todos a la entrada de la catedral.

Este monumento es un edificio compuesto por dos iglesias acopladas, de gruesos muros y pilares sólidos, que ha desafiado las injurias del tiempo durante mil trescientos años.

Los visitantes se pasearon por la primera iglesia, cuyos aros y bóvedas demuestran su origen romano, y luego por la segunda, edificio gótico del siglo XII, que forma la nave y algunas capillas de la otra. Por espacio de pocos minutos vagaron a través de aquellas ruinas, pisando las grandes losas, cuyas pinturas dejaban ver el suelo. Aquí aparecían tapas de sepulcro, allá lápidas funerarias apoyadas en los rincones, con sus estatuas yacentes, que parecían pedir una limosna al transeúnte.

La señorita Campbell, Olivier Sinclair y los hermanos Melvill no se dieron cuenta de que su sabio compañero iba quedándose atrás; y cuando estaban bajo la alta bóveda de la torre cuadrada, oyeron unos pasos enérgicos que resonaban sobre las losas como si una de las estatuas de piedra se hubiera puesto a andar pesadamente como el Comendador de *Don Juan Tenorio*. Era Aristobulus Ursiclos, que con sus pasos acompasados estaba midiendo las dimensiones de la catedral.

—Ciento sesenta pies de este a oeste —dijo anotando esta cifra en su carnet, en el momento en que se reunía con sus amigos.

—¡Ah, es usted, señor Ursiclos! —dijo irónicamente la señorita Campbell—. ¿Además de mineralogista es usted geómetra?

—… Y sesenta pies solamente en el crucero de las naves —prosiguió Aristobulus Ursiclos.

—¿Y cuántas pulgadas? —preguntó Olivier Sinclair.

Aristobulus Ursiclos miró a Olivier Sinclair con la expresión de quien no sabe si debe tomarse la cosa en serio. Pero los hermanos Melvill intervinieron oportunamente arrastrando a los jóvenes con ellos para terminar de recorrer el monasterio.

Aunque este edificio ha sobrevivido, a pesar del vandalismo de la Reforma, no ofrece más que ruinas incapaces de ser reconocidas. Después de aquella época sirvió de refugio a algunas religiosas de

san Agustín, a las cuales se lo concedió el Estado como asilo. En la actualidad no hay más que restos lastimosos de un convento, devastado por las tempestades, que no tiene arcos ni columnas en disposición de resistir los rigores de un clima hiperbóreo.

Luego que los visitantes hubieron explorado lo que quedaba del monasterio tan floreciente en otro tiempo, admiraron una capilla mejor conservada, cuyas dimensiones interiores no midió Aristobulus Ursiclos. En dicha capilla, menos antigua o de construcción más sólida que los refectorios y claustros del convento, solo faltaba la techumbre; el coro, que está casi intacto, es un trozo de arquitectura muy celebrado por los entendidos.

En la parte oeste de la capilla se encuentra todavía en buen estado la tumba de la que fue última abadesa de la comunidad. Sobre la losa de mármol negro aparece esculpida una cabeza de mujer entre dos ángeles, y encima de ella una Virgen con el Niño en brazos.

—Igual que la Virgen de la Silla y la Madona de San Sixto, las únicas vírgenes de Rafael que no bajan sus párpados, esta también nos mira y parece como si sus ojos sonrieran.

Este comentario tan oportuno que hizo la señorita Campbell, provocó una mueca irónica en los labios de Aristobulus Ursiclos.

—¿De dónde ha sacado usted, señorita Campbell —le dijo—, que unos ojos puedan sonreír?

Quizá la señorita Campbell tenía deseos de contestarle que, en todo caso, no sería mirándole a él que sus ojos tendrían tal expresión, pero se calló, y guardó su respuesta.

—Es un error muy extendido —prosiguió Aristobulus Ursiclos con énfasis— hablar de la sonrisa de los ojos. Estos órganos de la vista están desprovistos precisamente de toda expresión. Por ejemplo: si tapamos un rostro con una careta les apuesto a que no podrán ustedes saber si aquel rostro expresa alegría o tristeza.

—¿Ah, sí? —contestó el hermano Sam, que parecía tomar interés por aquella lección.

—Lo ignoraba —añadió el hermano Sib.

—Pues es así —concluyó Aristobulus Ursiclos—; y si tuviera un antifaz…

Pero aquel joven erudito no tenía ninguno y no pudo hacerse el experimento para salir de dudas sobre la cuestión.

Pero ya la señorita Campbell y Olivier Sinclair habían salido del claustro y se dirigían hacia el cementerio de Iona.

Aquel sitio se llama el *Relicario de Oban*, en recuerdo del compañero de san Columbano, a quien se debe la edificación de la capilla, cuyas ruinas se levantan en medio del camposanto.

Aquel terreno cubierto de piedras funerarias es muy curioso. Allí reposan cuarenta reyes escoceses, ocho virreyes de las Hébridas, cuatro virreyes de Irlanda y un rey de Francia, de nombre olvidado, como el de un jefe de tiempos prehistóricos. Entre ellos, en medio de verde hierba, está la tumba del célebre Duncan, rey de Escocia, famoso por la terrible tragedia de Macbeth. ¡Cuántos recuerdos encierra esta necrópolis de Iona! Acuden a mi memoria estos versos de Ossian, que parecen haberse inspirado en estos mismos lugares:

> *Extranjero, estás pisando una tierra cubierta de héroes. Canta alguna vez la gloria de estos muertos célebres. Que sus sombras ligeras vengan a alegrarse a tu alrededor.*

La señorita Campbell y sus compañeros contemplaban las tumbas en silencio. Como no tenían que soportar las enojosas explicaciones de un guía, podían dar rienda suelta a su imaginación poblaba de recuerdos legendarios.

—Me gustaría volver aquí al caer la noche —dijo la señorita Campbell—. Me parece que sería una hora más favorable para nuestros recuerdos. Yo vería traer el cuerpo del desdichado Duncan. Escucharía las palabras de los sepultureros, tendiéndolo en la tierra consagrada a sus antepasados. ¿No cree ustedes, señor Sinclair, que la noche sería mucho más a propósito para evocar los duendes que guardan este cementerio real?

—Sí, señorita Campbell, y creo que no rehusarían acudir a nuestra llamada.

—¡Cómo, señorita Campbell!, ¿cree usted en los duendes? —exclamó Aristobulus Ursiclos.

—¡Claro que creo en los duendes, como buena escocesa que soy! —contestó la señorita Campbell.

—Pero, realmente, usted sabe bien que todo esto es pura imaginación, que nada existe de tales fantasías.

—¿Y si me agrada creer en ellas? —contestó la señorita Campbell, excitada por aquella inoportuna contradicción—.

Sabedlo, gusto mucho de creer en las *brownies* domésticas que protegen el mobiliario de la casa; en las hechiceras, cuyos encantos se verifican mientras declaman versos rúnicos; en las valquirias, esas vírgenes fatales de la mitología escandinava, que arrebatan a los guerreros heridos en batalla; en esas hadas familiares cantadas por nuestro poeta Burns en aquellos versos inmortales que un verdadero hijo de los Highlands no debe olvidar: «En esa noche las hadas ligeras danzan sobre Cassilis
Dawnan’s
, o se encaminan hacia Golzean a la pálida claridad de la luna para ir a perderse en las Coves, en medio de rocas y arroyuelos».

—¡Pero, señorita Campbell! —insistió tercamente el estúpido joven—. ¿Piensa usted que los poetas creen en estas fantasías producto de su imaginación?

—Claro que sí, señor —contestó Olivier Sinclair—; si no, su poesía sonaría a falso, como todo lo que no se hace con profunda convicción.

—¿Usted también, caballero? —contestó Aristobulus Ursiclos—. Sabía que era usted pintor, pero no poeta.

—Es lo mismo —dijo la señorita Campbell—. El Arte es una sola cosa bajo formas distintas.

—¡Ah, no… no! ¡Es inadmisible! ¡Ustedes no pueden creer en toda esta mitología, creada por los cerebros ofuscados de los viejos bardos!

—¡Ah, señor Ursiclos! —exclamó el hermano Sam, herido en su amor propio—. No trate usted así a nuestros antepasados que han cantado las glorias de nuestro querido país.

—Y escúchelos usted —dijo el hermano Sib, evocando citas de sus poemas favoritos—: «Me gustan los cantos de los bardos. Me gusta escuchar los relatos de tiempos pasados. Son para mí como la paz de la mañana y el frescor del rocío que humedece las colinas…».

—«… cuando el sol no despide más que lánguidos rayos —añadió el hermano Sam— y el lago permanece tranquilo y azulado en el fondo del valle».

Sin duda, los dos tíos hubieran continuado sus poesías ossiánicas indefinidamente, si Aristobulus Ursiclos no los hubiera interrumpido bruscamente diciéndoles:

—Caballeros, ¿han visto ustedes alguna vez alguno de estos pretendidos duendes de que hablan con tanto entusiasmo? ¡No! ¿Y pueden verse? ¡Tampoco! ¿No es cierto?

—Está usted en un error, señor —dijo la señorita Campbell—, y le compadezco por no haberlos visto nunca. Todo el mundo puede verlos surgir por las altas tierras de Escocia, deslizándose por los campos abandonados, elevándose sobre la superficie de los lagos, revoloteando en medio de las tempestades. Y, mire usted, este Rayo Verde que me obstino en perseguir, ¿quién sabe si no es la banda de alguna valquiria, cuya franja se arrastra por las aguas del horizonte?

—¡Ah, no! —exclamó Aristobulus Ursiclos—. ¡Esto sí que no! Y voy a decirle lo que es su famoso Rayo Verde…

—No me lo diga usted, caballero —exclamó la señorita Campbell—; no quiero saberlo.

—Pues tiene que saberlo —exclamó Aristobulus Ursiclos, completamente fuera de sí por aquella discusión que le sacaba de quicio.

—Se lo prohíbo.

—Pues lo diré a pesar de todo, señorita Campbell. Este último rayo que lanza el sol cuando se va al ocaso en el momento en que el borde superior de su disco roza el horizonte, si es verde, es debido, quizá, a que en el momento en que atraviesa la superficie del agua, se impregna con su color…

—¡Cállese, señor Ursiclos!

—A menos que este verde no suceda naturalmente al rojo del disco, desaparecido en el mismo instante, pero del que nuestra retina conserva la impresión, porque, en óptica, el verde es su color complementario.

—¡Ah, señor Ursiclos, sus razonamientos científicos…!

—Mis razonamientos, señorita Campbell, están de acuerdo con la naturaleza de las cosas —contestó Aristobulus Ursiclos—, y precisamente me propongo publicar una memoria sobre este tema.

—¡Vámonos, tíos! —exclamó la señorita Campbell, visiblemente irritada—. ¡El señor Ursiclos, con sus explicaciones, acabaría por estropear totalmente mi Rayo Verde!

Entonces intervino Olivier Sinclair.

—Señor Ursiclos —le dijo—, creo que su memoria sobre el Rayo

Verde será de lo más curioso, pero permítame que le proponga otro tema, seguramente más interesante todavía.

—¿Cuál, señor Sinclair? —preguntó Aristobulus Ursiclos con aire retador.

—Usted no debe ignorar, caballero, que algunos sabios han tratado científicamente esta cuestión tan palpitante: *De la influencia de las colas de los peces en las ondulaciones del mar*.

—¡Caballero…!

—Bueno, pues aquí tiene usted otra, que recomiendo muy especialmente a sus sabias meditaciones: *De la influencia de los instrumentos de viento en la formación de las tempestades*.

Capítulo XVI

Dos disparos

Al día siguiente, y durante los primeros días de septiembre que siguieron, Aristobulus Ursiclos no dio señales de vida. ¿Se habría marchado de Iona con el barco de turistas, después de haber comprendido que perdía el tiempo cortejando a la señorita Campbell? Nadie podía decirlo. En todo caso, hacía bien en no aparecer. Ahora no era indiferencia lo que él inspiraba a la joven, sino verdadera aversión. Haber despoetizado su Rayo, haber materializado su dueño, haber cambiado la banda de una valquiria por un brutal fenómeno óptico. Ella era capaz de perdonárselo todo, menos esto.

Incluso los hermanos Melvill no fueron autorizados para ir a preguntar qué había sido de Aristobulus Ursiclos.

Además, ¿para qué? ¿Qué habrían podido decirle y qué esperaban ya? ¿Podían pensar todavía en la unión de aquellos dos seres que sentían mutua antipatía, separados por el abismo inmenso que va de la prosa vulgar a la sublime poesía, el uno con su manía de reducirlo todo a fórmulas científicas, y la otra no viviendo más que del ideal?

Sin embargo, Partridge, instigado por la señora Bess, se enteró de que aquel «joven-viejo sabio», como ella le llamaba, no se había marchado de la isla, y que permanecía aún en la misma cabaña de pescadores donde hacía sus comidas solitarias.

En todo caso, lo importante es que se habían librado de la presencia de Aristobulus Ursiclos. La verdad es que este, cuando no se encerraba en su cuarto, ocupado en alguna alta especulación

científica, iba a través de las tierras bajas del litoral, con el fusil al hombro y se hacía pasar el mal humor disparando contra las inofensivas gaviotas. ¿Tenía esperanzas todavía? ¿Creía que, una vez pasado el capricho del Rayo Verde, la señorita Campbell recuperaría su sensatez? Es muy posible, dada la confianza que tenía en su personalidad.

Pero un día le ocurrió una aventura bastante desagradable, que habría podido terminar muy mal para él, sin la intervención tan abnegada como inesperada de su rival.

Era una tarde del día 2 de septiembre y Aristobulus Ursiclos se había ido a estudiar las rocas que forman la punta meridional de Iona. Una de aquellas masas graníticas atrajo más especialmente su atención, y decidió subir hasta la cúspide. Era ciertamente imprudente intentarlo, pues la roca no presentaba más que una superficie resbaladiza en la cual el pie no hallaba apoyo.

Pero Aristobulus Ursiclos no se daba fácilmente por vencido, y empezó a trepar por la roca, agarrándose a algunas matas que crecían aquí y allá, llegando, no sin muchos esfuerzos, a la cumbre de la roca.

Una vez allí, se dedicó a su trabajo habitual de mineralogista, pero cuando quiso descender tropezó con algunas dificultades. En efecto, después de haber buscado la parte más conveniente para bajar, se arriesgó a avanzar un pie. Pero, falto de apoyo, resbaló y hubiera ido a caer en medio de las olas que rompían en los escollos, si no hubiera tropezado en su caída con un viejo tronco que lo retuvo.

Oyó gritos y se detuvo.

Aristobulus Ursiclos se hallaba, pues, en una situación a la vez peligrosa y ridícula. No podía subir ni bajar, quedando colgado en aquella altura.

Transcurrió una hora en la misma postura, y quien sabe cuánto tiempo habría estado allí si no hubiera pasado en aquel momento Olivier Sinclair, con sus útiles de pintor. Al oír los gritos, se detuvo. Al ver a Aristobulus Ursiclos colgando a treinta pies del suelo, agitando piernas y brazos como un pelele, le entraron unas enormes ganas de reír; pero se abstuvo de hacerlo, y pensó seguidamente en la forma de acudir en su ayuda.

Le costó bastante trabajo, ya que tuvo que subir hasta lo alto de

la roca y desde allí rescatarlo, volviéndole a subir para ayudarle a descender por otro lado.

—Señor Sinclair —dijo Aristobulus Ursiclos tan pronto se halló pisando tierra firme—, calculé mal el ángulo de inclinación que formaba aquella pared de la roca con la vertical. Por esto resbalé y quedé suspendido…

—Señor Ursiclos —contestó Olivier Sinclair—, me alegra que la casualidad me haya permitido acudir en su ayuda.

—Déjeme usted darle las gracias, sin embargo…

—No vale la pena, señor Ursiclos. Usted habría hecho lo mismo por mí, ¿verdad?

—¡Sin duda!

—Pues estamos en paz.

Y los dos jóvenes se separaron.

Olivier Sinclair no creyó necesario hablar de aquel incidente, que no tenía, por otra parte, mucha importancia. Y en cuanto a Aristobulus Ursiclos, tampoco dijo nada; pero, en el fondo, como estimaba en mucho su persona, le estaba agradecido a su rival por haberle sacado de aquel mal paso.

Pero ¿y el famoso Rayo? Hemos de convenir que se hacía de rogar mucho. Y les quedaba muy poco tiempo que perder. La temporada de otoño no podía tardar en cubrir el cielo con su velo de brumas. Y entonces ya podían despedirse de aquellos atardeceres límpidos, que empiezan a ser tan raros ya en el mes de septiembre. ¿Tendrían que renunciar a contemplar aquel fenómeno, que había sido causa de tantos desplazamientos? ¿Se verían obligados a aplazar la contemplación del fenómeno hasta el año próximo, o se obstinarían en perseguirlo bajo otros cielos?

Casi era una cuestión de amor propio, tanto para la señorita Campbell, como para Olivier Sinclair. Los dos estaban verdaderamente furiosos al ver como el horizonte de las islas Hébridas se mantenía tapado por las brumas del mar.

Los cuatro primeros días de septiembre no hubo alteración en el tiempo. Cada tarde, la señorita Campbell, Olivier Sinclair, el hermano Sam y el hermano Sib, con Bess y Partridge, asistían concienzudamente a la puesta del sol, sentados sobre cualquier roca bañada por las ondulaciones de la marea. Pero, a pesar de que el astro se iba al ocaso en un admirable fondo de luz y esplendor, las

nubes que acompañaban el disco solar absorbían con sus últimos rayos aquel que en vano buscaban los ojos de los observadores.

Entonces, cuando el sol había desaparecido completamente, se levantaban hondamente decepcionados, como los espectadores de un castillo de fuegos artificiales que falla a último momento por un defecto de fabricación. Y mustios y cabizbajos regresaban a la posada.

—¡Hasta mañana! —decía la señorita Campbell.

—Hasta mañana —contestaban sus dos tíos—. Tenemos el presentimiento de que mañana…

Pero todas las noches los hermanos Melvill tenían un presentimiento, que no se realizaba nunca.

Por fin, el día 5 de septiembre amaneció con un tiempo magnífico. Las brumas de levante se esfumaron a los primeros rayos de sol. El barómetro subió marcando buen tiempo fijo. Ya no era tan fuerte el calor que se impregnara al cielo de aquel vaho tembloroso de los abrasadores días de verano. La sequedad de la atmósfera se sentía al nivel del mar lo mismo que en una montaña, a mil pies de altura en un aire enrarecido.

No hay que decir con qué ansiedad todos nuestros amigos siguieron las fases de aquel día. Con qué palpitaciones observaban el cielo temiendo ver alguna nube por el espacio. Con qué angustia contemplaron el curso de la trayectoria del sol cada minuto que pasaba.

Afortunadamente soplaba de la parte de tierra una brisa ligera pero continua, la cual, al pasar por las montañas del este, deslizándose sobre la superficie de praderas dilatadas, no se cargaba con aquellas húmedas moléculas que desprenden las vastas extensiones de agua y que son conducidas por los vientos al caer la tarde.

¡Qué largo fue aquel día para la señorita Campbell! Estaba tan nerviosa, que no podía permanecer quieta en ningún sitio. Olivier Sinclair también iba y venía por las alturas de las isla, buscando un horizonte más vasto. Los dos tíos acabaron el rapé de la tabaquera y Partridge, consciente de sus deberes, permanecía en la actitud de un guardabosque dedicado a la vigilancia de la llanura celeste.

Habían acordado adelantar la hora de la cena, a fin de poder estar en el lugar de observación con tiempo. El sol se pondría a las

seis y cuarenta y nueve, y podrían seguir su trayectoria hasta su total desaparición.

—¡Esta vez no se nos escapa! —dijo el hermano Sam, frotándose las manos.

—¡Yo también lo creo así! —contestó el hermano Sib, haciendo el mismo ademán.

Sin embargo, hacia las tres de la tarde hubo una alarma. Una gran nube blanca empezó a levantarse por el este y, empujada por la brisa de tierra corría hacia el mar.

La señorita Campbell fue la primera en percibirla, y no pudo disimular una exclamación de desencanto.

—Es una nube sola y no debemos preocupamos —dijo uno de sus tíos—. Seguramente no tardará en desaparecer…

—O correrá más de prisa que el sol —contestó Olivier Sinclair— y desaparecerá en el horizonte antes que él.

—Pero ¿no será esta nube el anuncio de otras que vendrán detrás? —preguntó Elena Campbell.

—Ya veremos.

Olivier Sinclair fue corriendo hasta las ruinas del monasterio. Desde allí su mirada podía abarcar hacia el este mucho más allá de las montañas de Mull. Estas montañas destacaban con perfecta limpieza sobre un fondo completamente liso. Ni una nube en el cielo, ni la más leve bruma empañaba el horizonte.

Olivier Sinclair volvió media hora después, con palabras tranquilizadoras. Aquella nube era como un átomo perdido en el espacio; no encontraría tampoco con qué alimentarse en aquella atmósfera seca y se desvanecería por inanición.

Mientras tanto, el cono blanco avanzaba lentamente. Con gran disgusto por parte de todos, seguía la misma dirección del sol, al que iba acercándose bajo la influencia de la brisa. Mientras se deslizaba por el espacio, iba modificando su estructura, y tan pronto parecía la cabeza de un perro, como tomaba la forma de un pez, para convertirse seguidamente en una bola, y fue entonces cuando se puso delante del sol, tapándolo.

Un grito salió de los labios de la señorita Campbell mientras extendía los brazos al cielo. El sol, cubierto totalmente por la nube, no dejaba escapar ni un rayo de luz, y la isla Iona se vio invadida totalmente por la sombra.

Pero pronto el sol reapareció con todo su brillo. La nube pasó deslizándose hacia el horizonte, aunque antes de llegar se fue desvaneciendo como absorbida por el azul del cielo.

—¡Por fin ha desaparecido! —exclamó la muchacha—. ¡Ojalá no aparezca otra!

—No, tranquilícese usted, señorita Campbell —le contestó Olivier Sinclair—. Si esta nube ha desaparecido, significa que no ha encontrado más vapor en la atmósfera, y es porque todo el espacio hacia el oeste es de una pureza absoluta.

A las seis de la tarde, los observadores, agrupados en un lugar bien descubierto, ocupaban ya su sitio de observación.

Este había sido escogido en el extremo septentrional de la isla, sobre la cresta superior de la colina del Abate. Desde aquella altura, la mirada podía abarcar circularmente por el este toda la parte elevada de la isla de Mull. Al norte del islote de Staffa parecía como una enorme concha de tortuga y por el oeste, suroeste y noroeste se extendía toda la inmensidad del mar.

El sol bajaba rápidamente en su trayectoria oblicua. La línea del horizonte se dibujaba como una raya oscura mientras que, por el lado opuesto, todas las ventanas de las casas de Iona parecían inflamadas por los reflejos de un incendio cuyas llamas parecían de oro.

La señorita Campbell, Olivier Sinclair, los hermanos Melvill, la señora Bess y Partridge, estaban sentados muy serios y silenciosos, emocionados por tan bello espectáculo. Miraban el disco solar con los ojos medio cerrados y comprobaban satisfechos que no había la más ligera bruma en el horizonte.

—Estoy seguro de que esta vez no se nos escapa —volvió a decir el hermano Sam.

—Yo también —contestó el hermano Sib.

—¡Silencio, tíos! —exclamó la señorita Campbell.

Los dos se callaron y contuvieron su respiración, como si temieran que se condensara formando una leve nube capaz de velar el disco del sol.

El astro acababa de rozar el horizonte con su borde inferior e iba hundiéndose lentamente detrás de él. Todos seguían con la vista sus últimos rayos.

Así espiaba Arago, instalado en los desiertos de Palma, en la

costa de España, la señal de fuego que debía aparecer en la cúspide de la isla de Ibiza y que le permitiría cerrar el último triángulo de su meridiano.

Por fin, solo quedaba un pequeño segmento del arco superior sobresaliendo por encima del horizonte. Antes de quince segundos el rayo supremo iba a aparecer en el espacio, y todos los ojos estaban a punto de recibir la impresión de aquel Rayo Verde maravilloso.

De pronto, resonaron dos disparos en medio de las rocas del litoral, por encima de la colina. Una ligera humareda se levantó por el aire, en medio de una nube de aves marinas espantadas por los disparos intempestivos.

La nube subió recta cielo arriba, interponiéndose como un telón entre el horizonte y la isla, pasando por delante del astro en el mismo momento en que este lanzaba sobre la superficie del mar sus últimos rayos de luz.

En aquel instante, apareció por la punta del acantilado, con su fusil todavía humeante en la mano y siguiendo con la mirada el vuelo de los pájaros, el inevitable Aristobulus Ursiclos.

—¡Ah, esto es demasiado! —exclamó el hermano Sib.

—¡Verdaderamente es demasiado! —corroboró el hermano Sam.

«Tenía que haberlo dejado colgado en la roca —se dijo Olivier Sinclair—. Al menos aún estaría allí».

La señorita Campbell, con los labios apretados y la mirada baja, no pronunció ni una palabra.

¡Una vez más, y por culpa de Aristobulus Ursiclos, se le había escapado el Rayo Verde!

Capítulo XVII

A bordo del *Clorinda*

Al día siguiente, desde las seis de la mañana, un bonito yate de cuarenta y cinco a cincuenta toneladas, el *Clorinda*, zarpaba del puertecito de Iona y, empujado por una ligera brisa del noroeste surcaba las aguas de alta mar.

El *Clorinda* llevaba a bordo a la señorita Campbell, a Olivier Sinclair, al hermano Sam, al hermano Sib, a la señora Bess y a Partridge. Inútil decir que el inoportuno Aristobulus Ursiclos no se contaba entre los pasajeros.

He aquí lo que se había acordado y realizado inmediatamente después de la aventura de la víspera:

Al descender de la colina del Abate para volver a la posada, la señorita Campbell había dicho secamente:

—Tíos, ya que el señor Aristobulus Ursiclos pretende quedarse en Iona, nosotros dejaremos todo Iona al señor Ursiclos. Primero en Oban, luego aquí, siempre por su culpa, no hemos podido observar el Rayo Verde. No quiero permanecer ni un día más en el lugar donde este entrometido tenga el privilegio de dar rienda suelta a sus torpezas.

Los hermanos Melvill no tuvieron nada que decir a aquella propuesta formulada tan categóricamente. Ellos también compartían el descontento general y maldecían a Aristobulus Ursiclos. Decididamente, la situación de su pretendiente estaba muy comprometida. Nada podía devolverle ya a la señorita Campbell. Tenían que renunciar de una vez para siempre al cumplimiento de un proyecto completamente irrealizable.

—Bien mirado —decía el hermano Sam al hermano Sib, a quien llamó aparte—, las promesas formuladas imprudentemente no son esposas de hierro que sujetan las manos.

En otros términos, nadie puede considerarse obligado por un juramento temerario, y el hermano Sib, con un enérgico ademán, manifestó que estaba de acuerdo con aquel refrán escocés.

En el momento en que se dieron las buenas noches, en la puerta de la posada, la señorita Campbell dijo:

—Partiremos mañana mismo. No quiero quedarme aquí ni un día más.

—De acuerdo, querida Elena —contestó el hermano Sam—; pero ¿adónde iremos?

—Allí donde estemos seguros de no encontramos con el señor Ursiclos. Por lo tanto, conviene que nadie sepa ni que nos marchamos de la isla ni hacia dónde nos dirigimos.

—De acuerdo —contestó el hermano Sib—; pero ¿cómo saldremos de aquí y hacia dónde iremos?

—¡Cómo! —exclamó la señorita Campbell—. ¿Cree usted que no encontraremos manera de salir de esta isla? ¿Y cree usted que el litoral escocés no puede ofrecemos más de un lugar, habitado o deshabitado, desde donde podamos continuar nuestra observación en paz?

Ciertamente, los hermanos Melvill no habrían podido contestar aquella doble pregunta, formulada en un tono que no admitía réplica. Pero, por suerte, Olivier Sinclair se encontraba entre ellos.

—Señorita Campbell —dijo—, todo tiene arreglo, y verá usted cómo. Cerca de aquí hay una isla, o, mejor dicho, un islote, muy adecuado para nuestras observaciones, y en este islote ningún inoportuno nos vendrá a estorbar.

—¿Cuál es?

—Es Staffa, que usted misma puede ver a dos millas al norte de Iona.

—¿Hay manera de vivir allí y posibilidades de ir? —preguntó la señorita Campbell.

—Sí —contestó Olivier Sinclair—, y con mucha facilidad. En el puerto de Iona he visto uno de estos yates que siempre están a punto de zarpar, al igual que se encuentran en todos los puertos ingleses en la temporada de verano. El capitán y toda la tripulación

están a la disposición del primer turista que desee utilizar sus servicios. Pues bien, ¿quién nos impide alquilar este yate, embarcar provisiones para quince días, ya que en Staffa no hallaremos, y marchamos mañana mismo, al despuntar el día?

—Señor Sinclair —contestó la señorita Campbell—, si mañana podemos salir secretamente de esta isla, crea usted que le quedaré eternamente agradecida.

—Mañana, antes del mediodía, llegaremos a Staffa, por poco que se levante la brisa —contestó Olivier Sinclair—; y salvo durante la visita de los turistas, que dura apenas una hora y tiene lugar dos veces por semana, estaremos completamente solos sin que nadie nos estorbe.

Siguiendo su costumbre, los hermanos Melvill empezaron a llamar al ama de llaves con la serie de apelativos de consuetud.

—¡Bet!

—¡Beth!

—¡Bess!

—¡Betsey!

—¡Betty!

La señora Bess compareció inmediatamente.

—Nos marchamos mañana mismo —dijo el hermano Sam.

Carta del oeste de Escocia.

—Mañana al amanecer —añadió el hermano Sib.

Después de esto, la señora Bess y Partridge, sin preguntar más, se ocuparon en seguida de los preparativos de la partida.

Entretanto, Olivier Sinclair se dirigió hacia el puerto para contratar los servicios de John Olduck.

John Olduck era el capitán del *Clorinda*, un viejo lobo de mar, vestido con la chaqueta tradicional azul marino con botones dorados y una gorra de visera de charol, que rápidamente llegó a un acuerdo para el viaje. La tripulación la componían seis marineros, que, en invierno, se dedicaban a la pesca y en verano se ofrecían al servicio de los turistas.

A las seis de la mañana, pues, los pasajeros embarcaron a bordo del *Clorinda*, sin haber dicho a nadie el rumbo que tomaría el yate. Habían hecho buena provisión de víveres, carne fresca y en conserva, así como de toda clase de bebidas.

Además de esto, el cocinero del *Clorinda* tenía siempre el recurso de tomar provisiones del vapor que hace servicio regular entre Oban y Staffa.

Desde el amanecer se encontraba la señorita Campbell en posesión de un lindo y cómodo aposento instalado a popa del yate. Los dos hermanos ocupaban los catres de la *main-cabin*, más allá del salón, establecida en la parte más ancha del reducido buque. Olivier Sinclair se acomodó en un camarote dispuesto detrás de la escalera que conducía al salón. A los dos lados del comedor, cruzado de arriba abajo por el pie del palo mayor, la señora Bess y Partridge disponían de dos catres, uno a derecha y otro a izquierda de la antecocina y de la cámara del capitán. Más allá, a proa, estaban la cocina y el cuarto del cocinero y el sitio destinado a la tripulación, con coyes[7] para seis hombres. Nada faltaba en aquel precioso yate, construido por Ratsey, de Cowes. Con buen mar y buena brisa había alcanzado el triunfo muchas veces en las regatas del *Royal Thames Yacht Club*.

Es indescriptible la alegría que experimentaron todos cuando el *Clorinda*, después de levar el ancla y convenientemente aparejado, comenzó a navegar merced al impulso del viento recogido por su cangreja, su foque y su petifoque. Inclinóse graciosamente el barco sobre el costado de babor sin que su blanco puente, de pino del Canadá, se mojara con una sola gota de espuma de las olas que hendía el branque, cortado perpendicularmente a la línea de agua.

La distancia que separa estas dos pequeñas Hébridas, Iona y Staffa, es muy corta. Con viento favorable, habrían sido suficientes veinte o veinticinco minutos para hacer el recorrido. Pero en aquel momento el aire estaba en calma y, además, la marea iba bajando. Pero poco le importaba esto a la señorita Campbell. Lo principal era que el *Clorinda* zarpase y perdiesen de vista la isla de Iona, con la detestada imagen de aquel aguafiestas del cual Elena quería olvidar incluso el nombre.

Así se lo decía francamente a sus tíos, concluyendo:

—¿No tengo razón, papá Sam?

—Tienes toda la razón, querida Elena.

—Y mamá Sib, ¿no me aprueba también?

—Completamente.

—Entonces —añadió ella dando un beso a cada uno— hemos de reconocer que un par de tíos que querían darme un marido semejante, no habían tenido una buena idea.

Y los dos lo reconocieron.

En resumen, fue una travesía muy agradable, cuyo único defecto fue el ser demasiado corta. ¿Quién les impedía prolongarla, si querían? Pero no, habían convenido en ir a Staffa, y el capitán tomó sus disposiciones para fondear en el islote a la subida de la marea.

Hacia las ocho tomaron su primera comida compuesta de té, y emparedados, que fue servida en el comedor del *Clorinda*. Los comensales, llenos de buen humor, celebraron con alegría aquella frugal comida sin acordarse de los suculentos platos de la posada de Iona. ¡Ingratos!

Cuando la señorita Campbell subió al puente el yate había virado de bordo cambiando las amuras. Dirigíase entonces hacia el soberbio faro construido en la roca de Skerryvore que levanta su foco de luz de primer orden a ciento cincuenta pies sobre el nivel del mar. Había refrescado el viento, y el *Clorinda* luchaba contra la marea con sus grandes velas blancas, avanzando lentamente hacia Staffa.

La señorita Campbell estaba medio echada en la popa sobre uno de esos grandes cojines de tela gruesa que se usan a bordo de los barcos de recreo británicos. Iba como embriagada de placer por aquella celeridad, que no era turbada por los vaivenes del camino ni por la trepidación del ferrocarril; celeridad de patinador que se desliza en la superficie de un lago helado. Era un espectáculo delicioso el ver aquel elegante *Clorinda*, deslizándose sobre las aguas ligeramente inclinado, subiendo y bajando a impulso del oleaje. Muchas veces parecía cernerse en el aire como un inmenso pájaro sostenido por sus poderosas alas.

Aquel mar, cubierto por las grandes Hébridas del Norte y del Sur, abrigado por la costa del oeste, era una especie de lago interior cuyas aguas no había podido alterar la brisa.

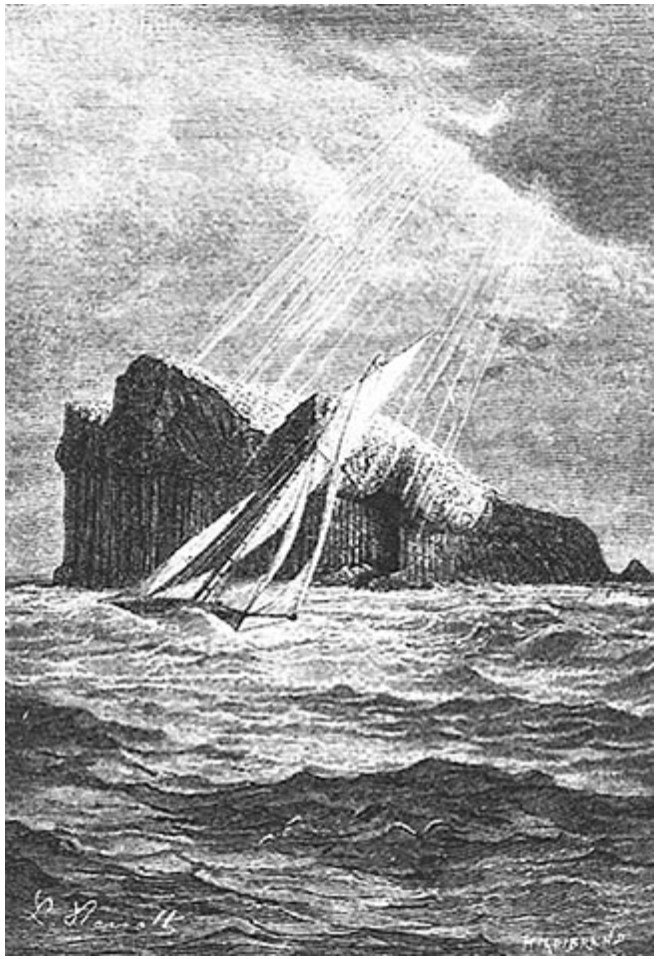
El yate corría oblicuamente hacia la isla de Staffa, enorme roca aislada a la vista de Mull, que se levanta a más de cien pies sobre el

nivel del mar. Parecía que cambiaba de lugar presentando unas veces sus acantilados basálticos del oeste, y otras el agreste amontonamiento de rocas de su lado oriental. Por una ilusión de óptica se creería que giraba alrededor de un eje, según el capricho de los ángulos trazados por el *Clorinda*.

Sin embargo, a pesar del viento y del reflujo, el yate avanzaba en su camino. Cuando hacía rumbo al oeste fuera de las últimas puntas de Mull, sacudíalo el mar con fuerza, pero resistía gallardamente las primeras olas; luego a la otra bordada encontraba aguas tranquilas que la balanceaban como a la cuna de un niño.

Hacia las once, se había elevado el *Clorinda* bastante al norte para dejarse ir en línea recta hacia Staffa. Se aflojaron las escotas, se arriaron los foques y el capitán adoptó sus disposiciones para fondear.

En Staffa no hay puerto; pero, sea cualquiera el viento, siempre es posible dejarse deslizar a lo largo de los acantilados del este, en medio de las rocas caprichosamente desmoronadas por alguna convulsión de los períodos geológicos. No obstante, reinando un temporal, no podría permanecer en aquel sitio ningún buque de mucho calado.



Staffa.

El *Clorinda* costeó muy cerca de aquel vivero de negros basaltos, maniobrando con gran destreza para dejar a un lado la roca de Bouchaillie, cuyo mar, muy bajo en aquel momento, permitía ver en toda su altura aquellos fustes prismáticos agrupados en haces, y, al lado opuesto, aquella carretera que corre a la orilla de la costa. Aquel es el mejor fondeadero del islote; allí está el sitio adonde las embarcaciones, que han llevado a los viajeros, van a buscarlos después de su paseo por las alturas de Staffa.

El *Clorinda* penetró en una pequeña rada, casi a la entrada de la gruta de Clam-Shell, y arriando velas, dejaron caer el ancla en el pequeño puerto improvisado.

Un instante después, la señorita Campbell y sus compañeros desembarcaban en los primeros peldaños de basalto, a la izquierda de la gruta. Una escalera de madera provista de una barandilla conducía hasta lo alto de la isla. Todos subieron por ella hasta llegar a la meseta superior.

Por fin se hallaban en Staffa, tan fuera del mundo habitado como si una tempestad los hubiera lanzado al más desierto de los islotes del Pacífico.

Capítulo XVIII

Staffa

Aunque Staffa sea solo un islote, la naturaleza ha hecho de él el más curioso de todo el archipiélago de las islas Hébridas. Esta gran roca, de forma ovalada, de una milla de largo por media de ancho, esconde en su interior maravillosas grutas de origen basáltico. Por esto acuden allí tantos geólogos y tantos turistas. Sin embargo, ni la señorita Campbell, ni los hermanos Melvill habían visitado todavía Staffa. Solamente Olivier Sinclair conocía sus maravillas. Por esto era el más indicado para hacer los honores de aquella isla, a la cual habían acudido pidiendo hospitalidad para algunos días.

La roca está formada por la cristalización de un enorme núcleo de basalto que se fijó allí en los primeros períodos de formación de la corteza terrestre en fecha remotísima. En efecto, según las observaciones de Helmholtz, de acuerdo con los experimentos de Bischof acerca del enfriamiento del basalto, que necesita dos mil grados para fundirse, ha durado aquel enfriamiento un período de trescientos cincuenta millones de años. Dedúcese de esto que la solidificación del globo después de pasar del estado gaseoso al estado líquido, empezó a verificarse en una época fabulosamente apartada de la actual.

Si Aristobulus Ursiclos se hubiera hallado allí habría encontrado la manera de colocar una disertación sobre los fenómenos de la historia geológica. Pero estaba muy lejos, y la señorita Campbell no pensaba más en él.

Como decía el hermano Sam al hermano Sib: «No despertemos al gato cuando duerme…».

Todos contemplaron el panorama y luego se contemplaron mutuamente.

—Lo primero que conviene hacer —dijo Olivier Sinclair— es tomar posesión de nuestra nueva residencia.

—Sin olvidamos del motivo que nos ha traído aquí —contestó sonriendo la señorita Campbell.

—Sin olvidarlo, ya lo creo —exclamó Olivier Sinclair—. Vamos a buscar un lugar de observación y ver el horizonte de mar que se descubre al oeste de nuestra isla.

—Vamos allá —contestó la señorita Campbell—. Pero me parece que el tiempo está un poco cubierto hoy y no creo que la puesta del sol se verifique en condiciones favorables.

—Esperaremos, señorita Campbell, esperaremos, si es necesario, hasta los temporales del equinoccio.

—Sí, esperaremos —contestaron los hermanos Melvill—, mientras Elena no nos ordene partir.

—¡Oh! No tengo prisa, tíos —contestó riendo la muchacha, feliz desde que había salido de Iona—; no, no tengo prisa. La situación de este islote es encantadora. No me desagradaría vivir en una casa construida en medio de este verde prado, suave como una alfombra, incluso durante las tempestades.

—¡Hum! —murmuró el tío Sib—, las tempestades deben de ser terribles en esta parte del océano.

—Lo son, efectivamente —contestó Olivier Sinclair—. Staffa está expuesta a todos los vientos del mar y solo en su parte este, allí donde ha anclado nuestro *Clorinda*, ofrece un pequeño refugio. El mal tiempo, en esta parte del Atlántico, dura cerca de nueve meses de los doce del año.

—Ahora comprendo —dijo el hermano Sam— porque no he visto ningún árbol. Toda la vegetación debe de quedar arrasada en esta meseta.

—Bueno, pero ¿no valdría la pena de vivir en este islote los dos o tres meses de verano? —exclamó la señorita Campbell—. Tíos, tendríais que comprar Staffa, si Staffa está en venta.

El hermano Sam y el hermano Sib llevaron la mano al bolsillo, como si ya se tratara de pagar la compra, tanta era su costumbre de no negarle nada a su sobrina.

—¿A quién pertenece Staffa? —preguntó el hermano Sib.

—A la familia de los MacDonald —contestó Olivier Sinclair—. La arriendan por doce libras al año. Pero no creo que quieran cederla a ningún precio.

—¡Qué lástima! —dijo la señorita Campbell, quien ya sabemos se entusiasmaba rápidamente.

Mientras hablaban, los nuevos huéspedes de Staffa recorrían la superficie desigual de la isla. Aquel día no era el señalado para la visita turística, y, por tanto, la señorita Campbell y los suyos no tenían que temer la llegada de importunos. Se hallaban solos sobre aquella roca desierta. Algunos caballos de pequeña alzada y unas cuantas vacas negras pacían la escasa hierba de la planicie, cuya delgadísima capa de tierra vegetal estaba cruzaba acá y allá por corrientes de lava. No se veía ningún pastor encargado de su custodia, y si alguien vigilaba aquel rebaño de insulares cuadrúpedos se hallaría lejos, acaso en Iona o en el litoral de Mull, a quince millas al este.

No había ninguna casa, solamente los restos de una choza, arrasada por innumerables tempestades que se desencadenan del equinoccio de septiembre al equinoccio de marzo. En verdad que doce libras es un cuantioso arrendamiento por unas pocas fanegas de pradera cuya hierba está tan pelada como el terciopelo viejo usado hasta vérsele la trama.

La exploración de la isla les llevó pocos minutos y acto seguido no se ocuparon más que de observar el horizonte.

Era evidente que aquella tarde no podían esperar nada de la puesta del sol. Con esta movilidad que caracteriza los días de septiembre, el cielo tan puro de la víspera se había nublado otra vez. Hacia las seis de la tarde, algunas nubes rojizas, de estas que anuncian tempestad aparecieron por occidente.

Así, pues, cuando el sol hubo desaparecido totalmente por la línea del horizonte, todos los pasajeros volvieron a bordo, donde durmieron tranquilamente en espera del día de mañana.

Al día siguiente, 7 de septiembre, acordaron reconocer el islote más detenidamente. Después de haber recorrido la parte exterior, convenía explorar el interior. Con algo tenían que emplear el tiempo mientras esperaban la realización del fenómeno. Además, era una visita obligada aquella excursión a las grutas que han dado tanta celebridad a aquel islote del archipiélago de las Hébridas.

Aquel día lo dedicaron a explorar primero la gruta de Clam-Shell, delante de la cual había fondeado el yate. Siguiendo la indicación de Olivier Sinclair, el cocinero de a bordo preparose a servir allí la comida del mediodía.

Aquella gruta tenía unos treinta pies de alto por quince de ancho y más de cien de profundidad, y su acceso era fácil. Aunque no sea la más curiosa de toda la isla, la disposición de sus curvas de basalto, los prismas largos de cuarenta a cincuenta pies que forjan como una especie de armazón, y parecen más obra del hombre que de la naturaleza, son capaces de maravillar a cualquiera.

La señorita Campbell quedó encantada con la visita. Olivier Sinclair le hacía admirar la belleza de la gruta, sin duda menos científicamente que lo hubiera hecho Aristobulus Ursiclos, pero ciertamente con mucho más sentido artístico.

—Quisiera llevarme un recuerdo de nuestra visita a Clam-Shell —dijo la señorita Campbell.

—Nada más fácil —contestó Olivier Sinclair.

Y con cuatro rasgos, dibujó un croquis a lápiz de aquella gruta, tomado desde la roca que surge al extremo de la arcada de basalto. La boca de la cueva, el aspecto de un enorme mamífero marino, reducido al estado de esqueleto, que sus paredes simulan; la escalera que sube hasta la cima del islote, el agua tan tranquila y tan pura en la entrada, y bajo la cual se dibuja la inmensa cimentación basáltica, todo fue trasladado a la página del álbum con gran talento y mucho arte. Al pie del dibujo, el artista escribió: «Olivier Sinclair a la señorita Campbell. Staffa, 7 de septiembre de 1881».

Después de comer, el capitán John Olduck hizo preparar la mayor de las chalupas del *Clorinda*, donde subieron todos los pasajeros, para dar la vuelta al pintoresco litoral de la isla, y visitar la gruta del Barco, llamada así porque el mar entra hasta su interior y solo puede visitarse en canoa.

Esta gruta se halla situada en la parte suroeste del islote. Aun cuando la marejada no sea fuerte, es peligroso entrar en ella, pues las aguas se agitan con violencia; pero aquel día, y a pesar de que el cielo estaba amenazador, no refrescó el viento, y la exploración Pudo hacerse sin peligro.

En el momento en que la chalupa del *Clorinda* llegaba ante la

profunda caverna, el vapor cargado de turistas de Oban venía a fondear delante de la isla. Por suerte, durante aquellas dos horas en que Staffa se vería invadida por los turistas, la señorita Campbell y los suyos estarían en otra parte.

Por esto pasaron desapercibidos de los turistas, pues estos solo hacían las visitas reglamentarias a la gruta de Fingal y a la parte exterior de la isla. Y cuando la señorita Campbell, los hermanos Melvill y Olivier Sinclair salieron de aquel largo túnel, volvieron a encontrar la roca de Staffa completamente tranquila, aislada en los lindes del Atlántico.

Existe un gran número de cavernas célebres en muchos puntos del globo, pero particularmente en las regiones volcánicas, y se distinguen por su origen neptuniano o plutónico.

Algunas de estas cavidades han sido practicadas por las aguas que poco a poco muerden, desgastan y vacían enormes masas de granito, hasta el extremo de transformarlas en vastas excavaciones; tales son las grutas de Crozon en Bretaña, Bonifacio en Córcega, Morgatten en Noruega, San Miguel en Gibraltar, Saratchell en el litoral de la isla de Wight, y Tourane en los acantilados de mármol de las costas de Cochinchina.

Otras de diferente formación se deben a la retirada de las paredes de granito o de basalto, producida por el enfriamiento de las rocas ígneas, y ofrecen en su contextura un carácter de brutalidad, de que carecen las grutas de creación neptuniana.

Respecto de las primeras, la Naturaleza, fiel a sus principios, ha economizado el esfuerzo; respecto de las segundas, ha economizado el tiempo.

A las excavaciones cuya materia ha hervido al fuego de las épocas geológicas pertenece la célebre gruta de Fingal,
Fingal’s
Cave, según la prosaica frase inglesa.

A la exploración de aquella maravilla del globo terráqueo se dedicaría todo el día siguiente.

Capítulo XIX

La gruta de Fingal

Si el capitán del *Clorinda* se hubiera hallado en uno de los puertos de Inglaterra, habría tenido conocimiento de un parte meteorológico poco tranquilizador para los buques que navegaban por el Atlántico en las últimas veinticuatro horas.

En efecto, una tormenta se anunciaba desde Nueva York, que, atravesando el océano de oeste a noreste, amenazaba caer brutalmente sobre el litoral de Irlanda y Escocia, antes de ir a perderse más allí de las costas de Noruega.

Pero, en defecto del parte meteorológico oficial, el barómetro del yate indicaba una próxima variación atmosférica de importancia, que cualquier marino prudente no podía dejar de tener en cuenta.

Así, pues, en la mañana del 8 de septiembre John Olduck, un poco preocupado, se dirigió hacia el litoral rocoso que limita Staffa por la parte oeste, a fin de hacer un reconocimiento del estado del cielo y del mar.

Bastantes nubes de formas poco acusadas pasaban por el cielo con gran velocidad. El viento empezaba a soplar cada vez con más fuerza y pronto se convirtió en tempestad. El mar estaba cubierto de blanca espuma y las olas se rompían con estruendo en los acantilados de la base del islote.

John Olduck no se sentía nada tranquilo. Aunque el *Clorinda* estuviera bastante resguardado en la bahía de Clam-Shell, no era un sitio seguro para fondear en tiempo borrascoso. El embate de las olas, penetrando entre los numerosos islotes, produciría una

peligrosa resaca que pondría en peligro la situación del yate. Era necesario, pues, tomar rápidamente una decisión antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando el capitán regresó a bordo reunió a todos sus pasajeros y les notificó sus temores, diciéndoles que creía que lo mejor que podían hacer era largarse cuanto antes de aquel lugar. El retraso de unas horas tan solo podría llevarles a encontrarse con un mar demasiado embravecido para poder atravesar la distancia de quince millas que separa la isla de Staffa de la isla de Mull, en la cual pensaba refugiarse, pues una vez en el pequeño puerto de Achnagraig, el *Clorinda* no tendría que temer para nada la furia de los elementos.

—¡Marchamos de Staffa! —exclamó en seguida la señorita Campbell—. ¡Perder un horizonte tan magnífico!

—Creo que sería muy peligroso permanecer anclados en Clam-Shell —contestó John Olduck.

—¡Sí, sí, es necesario partir, querida Elena…! —dijo el hermano Sam.

—Sí, es necesario… —añadió el hermano Sib.

Olivier Sinclair, viendo el disgusto que aquella partida precipitada causaría a la señorita Campbell, se apresuró a decir:

—¿Cuánto tiempo cree usted que puede durar esta tempestad, capitán Olduck?

—Todo lo más dos o tres días, en esta época del año —contestó el capitán.

—¿Y cree usted que es absolutamente necesario partir?

—Necesario y urgente.

—¿Qué proyectos tiene usted?

—Zarpar esta misma mañana. Con el viento que nos es favorable, podremos llegar antes de la noche a Achnagraig, y volveríamos a Staffa tan pronto hubiera pasado la tempestad.

—¿Y por qué no regresamos a Iona, donde el *Clorinda* podría llegar en una hora? —preguntó el hermano Sam.

—¡No… no… a Iona no! —contestó la señorita Campbell, que ya se veía amenazada otra vez con la sombra maléfica de Aristobulus Ursiclos.

—No estaríamos mucho más seguro en el puerto de Iona que en el de Staffa —dijo John Olduck.

—Bueno, pues zarpen ustedes, capitán, zarpen inmediatamente para Achnagraig y déjenos a nosotros en Staffa.

—¡Dejarlos en Staffa —contestó John Olduck—, donde no tienen ni siquiera una barraca para cobijarse!

—¿No podríamos permanecer algunos días en la gruta de Clam-Shell? —preguntó Olivier Sinclair—. ¿Qué nos faltaría? ¡Nada! Tenemos víveres suficientes a bordo, la ropa de nuestras literas, vestidos de repuesto, que pueden ser desembarcados en un santiamén, y, en fin, un cocinero que no desea otra cosa que permanecer con nosotros.

—¡Sí! ¡Sí! —contestó la señorita Campbell batiendo palmas—. Márchese usted, capitán, márchese inmediatamente con su yate hacia Achnagraig y déjenos en Staffa. Nos sentiremos como náufragos en una isla desierta y haremos vida de náufragos voluntarios. Esperaremos el regreso del *Clorinda* con las mismas emociones y la misma angustia que esos robinsones que distinguen un barco desde su isla mar adentro. ¿Qué hemos venido a buscar aquí? Una aventura novelesca, ¿verdad, señor Sinclair?; y ¿qué más novelesco que esta situación, tíos? Y, además, una tempestad, un huracán sobre este poético islote, la furia del mar embravecido, la lucha titánica de los elementos desencadenados, todo este espectáculo sublime no quiero dejármelo perder por nada del mundo. Márchese tranquilo, capitán Olduck, que nosotros nos quedaremos aquí esperándolo.

—Pero… —exclamaron los hermanos Melvill, que no pudieron evitar que se les escapase aquel principio de objeción.

—Creo que mis tíos tienen ganas de decir algo —contestó la señorita Campbell—, pero estoy segura de que tengo un medio de convencerles.

Y abrazándolos, les dio un beso a cada uno, mientras les decía:

—Para usted, tío Sam. Y para usted, tío Sib. Apuesto a que ahora no tienen nada que decir, ¿verdad?

Ninguno de los dos pensaba en hacer la menor objeción.

Ya que a su sobrina le convenía quedarse en Staffa, ¿por qué no habían de permanecer en Staffa?, y ¿cómo no se les había ocurrido antes aquella idea tan simple y natural?

Pero la idea venía de Olivier Sinclair, y la señorita Campbell lo reconoció agradeciéndoselo particularmente.

Decidida la cuestión, los marineros desembarcaron los objetos necesarios para la permanencia en la isla, y Clam-Shell se transformó inmediatamente en una vivienda provisional, con el nombre de «Melvill House». Seguramente se encontrarían mucho mejor allí que en la posada de Iona. El cocinero se encargó de buscar un lugar conveniente para sus operaciones culinarias, en la entrada de la gruta.

Luego la señorita Campbell, Olivier Sinclair, los hermanos Melvill, la señora Bess y Partridge abandonaron el *Clorinda* después que John Olduck puso a su disposición la canoa del yate, que podía serles útil para ir de una roca a otra.

Una hora más tarde, el *Clorinda*, con dos rizos tomados en sus velas y calado el mastelero, zarpó rumbo a la isla de Mull a fin de llegar a Achnagraig por el estrecho que separa la isla de la tierra firme. Sus pasajeros, desde lo alto de la isla, lo acompañaban con la mirada hasta que desapareció de su vista al doblar el islote de Gometra.

Pero, aun cuando el tiempo amenazaba tormenta, el cielo todavía no estaba tapado. Los rayos del sol aún atravesaban las nubes que el viento esclarecía, y podía pasearse por la isla, a pie, bordeando los acantilados de basalto. Y la señorita Campbell, con sus inseparables tíos, conducidos por Olivier Sinclair, decidieron visitar la gruta de Fingal.

Los turistas que llegan a Iona, tienen la costumbre de visitar aquella gruta a bordo de las lanchas de vapor de Oban; pero también es posible penetrar hasta su extrema profundidad, desembarcando en las rocas de la derecha, donde existe una especie de muelle practicable.

Y fue de esta forma que Olivier Sinclair decidió hacer la exploración, sin usar el bote del *Clorinda*. En cuanto salieron de Clam-Shell tomaron el arrecife que marca el litoral al oriente de la isla. La extremidad de los fustes hincados verticalmente como si algún ingeniero hubiera colocado allí pilares de basalto, formaba un pavimento seco y solido al pie de las grandes rocas. Aquel paseo de pocos minutos transcurrió en agradable charla, mientras admiraban los islotes azotados por la resaca, cuyas verdes aguas eran tan claras que permitían verlos hasta su base. Nadie puede imaginarse camino más admirable que conduzca a una gruta tan maravillosa como

aquella, digna de ser habitada por los héroes de las *Mil y una noches*.

Al llegar al ángulo sureste de la isla, subieron unos pocos peldaños naturales, que podían competir con las escaleras de un palacio. En el ángulo del tramo se levantan los pilares exteriores agrupados contra las paredes de la gruta como los del templo de Vesta en Roma, pero yuxtapuestos de modo que no se veía el muro. En su remate se apoya el enorme macizo que forma aquel rincón del islote. El corte oblicuo de las rocas, que parecen estar dispuestas según el trazado geométrico de las piedras del intradós de la bóveda, contrasta enérgicamente con la verticalidad de las columnas que las sostienen.

El mar, que ya sentía la agitación de afuera, se levantaba y se bajaba suavemente y como por un esfuerzo de respiración al pie de los escalones, donde se reflejaba el basamento del macizo cuya negruzca sombra ondulaba debajo de las aguas.

Al llegar al rellano superior, Olivier Sinclair torció a la izquierda mostrando a la señorita Campbell una especie de angosto muelle, como un largo banco que seguía el muro hasta el fondo de la gruta. Una rampa con pasamanos de hierro clavados en el mismo basalto, protegía el paso entre la muralla y el borde del pequeño muelle.

—¡Ah! —dijo la señorita Campbell—. Esta barandilla perjudica un tanto el palacio de Fingal.

—En efecto —contestó Olivier Sinclair—, es la intervención de la mano del hombre en la obra de la naturaleza.

—Si es útil, debemos usarlo —dijo el hermano Sam.

—Y yo lo uso —añadió el hermano Sib.

En el momento de entrar en la gruta de Fingal, los visitantes se detuvieron un momento, siguiendo una indicación de su guía.

Ante ellos se abría una especie de nave, alta y profunda, llena de misteriosa penumbra. La distancia entre las dos paredes laterales al nivel del mar, medía aproximadamente unos treinta y cuatro pies. A derecha y a izquierda, pilares de basalto, apretujados unos contra otros, tapaban, como ocurre en algunas catedrales del último período gótico, la masa de los muros de sustento. En los capiteles de aquellas columnas se apoyaban los extremos de una enorme bóveda ojival que se elevaba cincuenta y cuatro pies por encima del nivel del mar.

La señorita Campbell y sus compañeros, maravillados por aquella primera visión, tuvieron que ser arrancados de su contemplación, para seguir gruta adentro, por el estrecho muelle interior.

Entonces pudieron contemplar centenares de columnas prismáticas que, alineadas en perfecto orden, aunque de desiguales dimensiones, parecen producto de una cristalización gigantesca. Sus finas aristas se dibujaban tan netamente como trabajadas por el cincel de un escultor.

A los ángulos entrantes de unas se adaptan geométricamente los ángulos salientes de otras. Estas tienen tres caras, aquellas cuatro, cinco, seis y aún siete y ocho, lo que ofrece en la uniformidad general del estilo una variedad que habla muy alto en favor del sentido artístico de la Naturaleza.

La luz que venía de fuera jugaba sobre todos aquellos ángulos produciendo mil destellos en los prismas de basalto, que se reflejaban como en un espejo en las aguas del canal, impregnadas de los colores verdes, rojos y amarillos de sus piedras y plantas submarinas.

Allí dentro reinaba como un silencio sonoro —si es correcto emplear estas dos palabras juntas—, este silencio especial de las grandes y profundas cavidades, que los visitantes no se atrevían a romper. Únicamente el viento llenaba con sus efluvios la cavidad de la gruta, y parecía que su potente soplo hacía vibrar todos los prismas como si fueran los tubos de un enorme órgano. Seguramente de ahí viene el sobrenombre de *caverna armoniosa* con que se la denomina en lengua céltica.

—¿Y qué nombre podría convenirle mejor —dijo Olivier Sinclair —, ya que Fingal era el padre de Ossian, cuyo genio supo fundir en un solo arte la poesía y la música?

—Es verdad —repuso el hermano Sam—; pero como el mismo Ossian decía: «¿Cuándo escuchará mi oído el canto de los bardos? ¿Cuándo palpitará mi corazón con el relato de las hazañas de mis padres?». ¡Ya no puede hacer el arpa que resuene el bosque de Sebora!

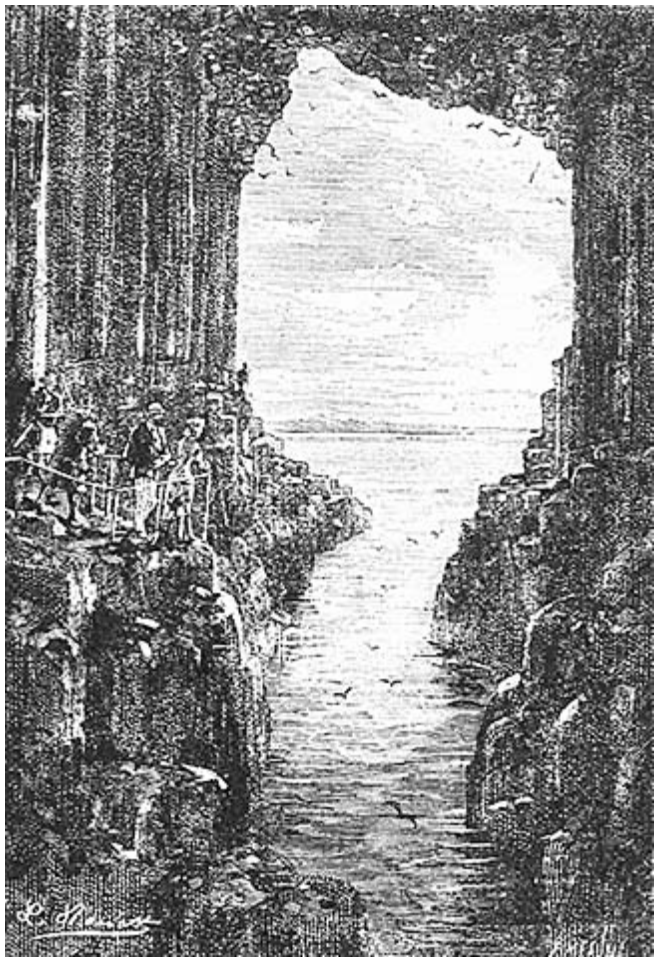
—Sí —añadió el hermano Sib—, ¡el palacio está desierto ahora, y los ecos no volverán a repetir los antiguos cánticos!

La profundidad total de la gruta se calcula en unos ciento

cincuenta pies aproximadamente. Al fondo de la nave aparece un conjunto de columnas dispuestas como un gigantesco órgano, no tan impresionantes como las de la entrada, pero de una misma perfección de líneas. Allí la señorita Campbell, sus dos tíos y Olivier Sinclair, quisieron detenerse un rato en muda contemplación.

Desde aquel punto, la perspectiva abierta en pleno cielo era admirable. El agua, impregnada de luz, permitía ver la disposición submarina mientras en las paredes laterales se sucedían extraordinarios juegos de luz y de sombra. Cuando una nube pasaba por delante de la abertura de la gruta, todo el resplandor se apagaba como si hubiese caído un telón de gasa sobre aquel maravilloso espectáculo. Pero cuando los rayos de sol volvían a aparecer, todo resplandecía con los siete colores del prisma desde el fondo del agua hasta la bóveda de la nave.

Más allá rompíanse las olas contra las bases del gigantesco arco. Aquel marco negro como una orla de ébano dejaba con su importancia a los términos restantes, y a lo lejos aparecía en todo su esplendor el horizonte de agua y de cielo con la lontananza de Iona que destacaba en blanco las ruinas de su monasterio.



A lo lejos aparecía en todo su esplendor el horizonte de agua.

Todos permanecían extasiados ante aquel espectáculo fantástico, no hallando palabras para expresar sus impresiones.

—¡Es como un palacio encantado! —dijo por fin la señorita Campbell entusiasmada—. ¡Qué espíritu prosaico se negará a creer que un Dios lo ha creado para los silfos y las ondinas! ¿Para quién vibraban, al soplar los vientos, los sonidos de esta gran arpa eolia? ¿No es esta música sobrenatural la que Waverley oía en sus sueños, esta voz de Selma cuyos acordes fueron anotados por nuestro novelista para arrullar a los héroes?

—Tenéis razón, señorita Campbell —respondió Olivier Sinclair —, y, sin duda, cuando Walter Scott buscaba sus imágenes en este

poético paisaje de los Highlands, pensaba en el palacio de Fingal.

—¡Aquí quisiera invocar la sombra de Ossian! —prosiguió la entusiasta joven—. ¿Por qué el invisible bardo no reaparecería con mi voz, después de quince siglos de sueño? Quiero pensar que el desdichado, ciego como Homero, poeta como él, cantando los grandes hechos de armas de su época, más de una vez se ha refugiado en este palacio, que lleva aún el nombre de su padre. Aquí, sin duda, los ecos de Fingal han repetido a menudo sus inspiraciones épicas y líricas, en el más puro acento de las lenguas gaélicas. ¿No cree usted, señor Sinclair, que el viejo Ossian pudo sentarse quizá en este mismo lugar en que nos sentamos nosotros y que los sonidos de su arpa deben de haberse mezclado con los roncos sones de la voz de Selma?

—¿Cómo no voy a creerlo, señorita Campbell —dijo Olivier Sinclair—, si lo dice usted con tal acento de convicción?

—¿Y si lo invocara? —murmuró la señorita Campbell.

Y con su fresca voz gritó varias veces el nombre del viejo poeta, que se perdió entre las vibraciones del viento.

Pero por grandes que fueran los deseos de la señorita Campbell, y a pesar de haberlo llamado por tres veces, solo el eco le contestó. La sombra de Ossian no apareció en el palacio patriarcal.

Mientras tanto, el sol había desaparecido tras espesos nubarrones y la gruta empezaba a sumirse en la sombra; afuera, el mar rugía cada vez más fuerte y sus olas se rompían con gran estruendo en los últimos basaltos del fondo.

Los visitantes retrocedieron, pues, y siguiendo el mismo camino, medio cubierto ya por las olas, volvieron a salir a la punta del islote, completamente barrido por el viento.

El tiempo había empeorado notablemente durante las dos últimas horas. La tempestad tomaba cuerpo, amenazando convertirse en espantoso huracán. Pero la señorita Campbell y sus compañeros, protegidos por los acantilados basálticos, pudieron regresar tranquilamente a Clam-Shell.

Al día siguiente, el barómetro descendió más aún, y el viento se desencadenó con gran furia. Nubarrones más grandes y más espesos cubrieron el espacio, manteniéndose en una zona poco elevada. Todavía no llovía, pero el sol no asomó en ningún momento.

La señorita Campbell no se mostraba tan contrariada por aquel

contratiempo como era de creer. Aquella existencia en un islote desierto, barrido por la tempestad, sentaba muy bien a su naturaleza ardiente. Como una heroína de Walter Scott, le gustaba pasear por entre las rocas de Staffa, absorta en sus nuevos pensamientos, la mayoría de las veces sola, pues todos respetaban sus deseos de soledad.

Varias veces volvió a visitar la gruta de Fingal, cuya rareza poética la atraía. Allí pasaba horas enteras soñando despierta, no haciendo ningún caso de las recomendaciones que le hacían de que no se aventurase imprudentemente.

El día 9 de septiembre el viento tomó proporciones nunca vistas. Era un verdadero huracán, imposible de resistir en la meseta de la isla.

Hacia las siete de la tarde, en el momento de prepararse para cenar, Olivier Sinclair y los hermanos Melvill se sentían extraordinariamente angustiados, y con razón.

La señorita Campbell, que había salido hacia las tres de la tarde, sin decir hacia donde iba, todavía no había regresado.

Esperaron hasta las seis, no sin una ansiedad que iba en aumento, a medida que el tiempo transcurría, sin que ella apareciera… Pero la señorita Campbell no apareció ni a las seis ni a las siete.

Varias veces Olivier Sinclair subió hasta lo alto de la meseta de la isla, pero no vio a nadie por ninguna parte.

La tempestad había estallado entonces con una furia impresionante, y el mar levantaba olas enormes que se estrellaban con estruendo por toda la isla.

—¡Ay, desgraciada señorita Campbell! —exclamó de pronto Olivier Sinclair—. ¡Si todavía está en la gruta de Fingal, hemos de rescatarla o estará perdida!

Capítulo XX

¡Por la señorita Campbell!

Instantes después, Olivier Sinclair con paso rápido llegaba a la entrada de la gruta, al pie de la escalera de basalto.

Los hermanos Melvill y Partridge le seguían de cerca.

La señora Bess se había quedado en Clam-Shell esperando con gran ansiedad el regreso de Elena, y preparando todo para recibirla.

El mar cubría totalmente la parte superior de la escalera barriendo el estrecho muelle por encima de la barandilla de hierro. Era tan imposible penetrar en la gruta como salir de ella. Si la señorita Campbell se hallaba dentro, podía considerarse prisionera. Pero ¿cómo lo sabrían? ¿Cómo poder llegar hasta ella?

—¡Elena! ¡Elena!

Pero, aunque la llamaran, ¿lograrían hacerse oír de ella a través del estruendo de las olas? Ni la voz ni la mirada eran lo bastante potentes para penetrar allí.

—Quizá Elena no se encuentra aquí dentro… —dijo el hermano Sam, que quería asirse a algo para mantener la esperanza.

—¿Dónde estaría, pues? —contestó el hermano Sib.

—¡Sí! ¿Dónde estaría? —gritó Olivier Sinclair—. La he buscado en vano por toda la meseta de la isla, entre las rocas del litoral, por todas partes. De haber podido regresar, ¿no estaría ya entre nosotros? ¡Está aquí… aquí!

Y todos se acordaron de los deseos expresados varias veces por la imprudente jovencita, de asistir a una tempestad desde la gruta de Fingal. ¿Había olvidado que el mar, desencadenado por el huracán, invadiría la gruta hasta el fondo, impidiéndole salir de

allí?

¡Elena! ¡Elena!

¿Qué podía intentarse para llegar hasta ella y salvarla?

Con la furia del huracán, las olas penetraban dentro de la gruta llegando hasta el techo donde se rompían con un estruendo ensordecedor, y el agua caía entre las rocas, en espumeantes cascadas, mientras la parte inferior del agua se precipitaba con furia hacia adentro con la violencia de un torrente.

¿En qué parte la señorita Campbell había podido encontrar un refugio contra la furia de las olas? ¿Cómo habría podido resistir la invasión de las aguas furiosas en aquella gruta sin salida? ¿No

habría el mar arrastrado su cuerpo mutilado zarandeándolo contra los acantilados de Clam-Shell?

—¡Elena! ¡Elena!

Este nombre resonaba obstinadamente a través del ruido del viento y del mar. Pero ni un grito le contestaba ni podía contestarle.

—¡No, no! ¡No puede estar en esta gruta! —repetían los hermanos Melvill, desesperados.

—¡Estoy seguro de que se encuentra aquí! —contestaba Olivier Sinclair, mientras con la mano mostraba un pedazo de tela, que las aguas del mar arrojaban sobre uno de los peldaños de basalto.

Olivier Sinclair se precipitó a recoger el pedazo de tela. Era el lazo escocés que la señorita Sinclair llevaba en el pelo.

¿Podían dudar de que se hallaba allí dentro?

Pero, si le había sido arrancado aquel lazo, ¿no era de temer que la misma señorita Campbell hubiera sido arrastrada y golpeada por la furia del océano, estrellándose contra las paredes de la gruta?

—¡Yo lo sabré! —exclamó Olivier Sinclair.

Y aprovechando la resaca, avanzó un pie adelante asiéndose a la barandilla de hierro, pero una enorme masa de agua lo arrancó de allí, haciéndole caer hacia atrás. Si Partridge no se hubiera precipitado a cogerlo, Olivier Sinclair hubiera resbalado hasta el mar y hubiera sido arrastrado por las aguas, sin que nadie hubiera podido salvarle.

Olivier se levantó completamente mojado. Pero su resolución de penetrar adentro de la gruta persistía.

—La señorita Campbell está ahí —repetía—. Está viva, ya que su cuerpo no ha sido arrastrado por las aguas, como este lazo. Es muy posible que haya hallado refugio en alguna cavidad. Pero no podrá resistir mucho tiempo… Hemos de llegar hasta ella.

—Yo iré —dijo Partridge.

—¡No, yo! —dijo Olivier Sinclair.

Iba a intentar un supremo esfuerzo para llegar hasta la señorita Campbell, pero tenía una probabilidad sobre cien de salir con éxito.

—Ustedes espérennos aquí —dijo a los hermanos Melvill—. Dentro de cinco minutos estamos de vuelta. ¡Vamos, Partridge!

Los dos tíos permanecieron en el ángulo exterior del islote, refugiados bajo el acantilado, en un lugar donde no podía llegar el mar, mientras Olivier Sinclair y Partridge corrían nuevamente hacia

Clam-Shell.

Eran las ocho y media de la noche.

Cinco minutos después, Olivier y Partridge volvían a aparecer, arrastrando con ellos, a lo largo del muelle, el pequeño bote del *Clorinda* que les había dejado el capitán Olduck.

¿Iba Olivier Sinclair a atravesar la gruta por mar, ya que era imposible por tierra? ¡Sí! Eso iba a intentar. Arriesgaba con ello la vida. Lo sabía, pero no vacilaba.

Condujeron el bote al pie de la escalera, al abrigo de la resaca.

—Voy con usted —dijo Partridge.

—No, Partridge —contestó Olivier Sinclair—. ¡No! No podemos cargar demasiado una embarcación tan pequeña. Si la señorita Campbell está todavía con vida, me bastaré yo solo.

—¡Olivier! —exclamaron los dos hermanos, sin poder contener los sollozos—. ¡Salve usted a nuestra hija!

El joven les estrechó las manos y saltando al bote se sentó en el banquillo del centro, empuñó los dos remos y penetró en la gruta de Fingal, empujado por una enorme ola. La barca fue levantada en alto por la ola, pero Olivier Sinclair supo maniobrar hábilmente para mantenerse de cara y no volcar.

Las olas levantábanse tan altas que parecía que iban a estrellar la pequeña embarcación contra la bóveda de la gruta, pero la barquita volvía a bajar, y por tres veces se vio izada y bajada, adelantando y retrocediendo por la embestida de las aguas.

Por fin, una ola más grande arrastró el bote empujándolo con fuerza hacia dentro de la gruta, como lanzado por una catapulta.

Un grito de espanto escapó de los testigos de aquella escena, pues parecía como si la barca fuera a estrellarse contra las columnas de la derecha, en el ángulo de entrada.

Pero el intrépido joven enderezó hábilmente la embarcación con un golpe de remo y, rápido como una flecha, desapareció hacia adentro, antes de que otra ola lo volviera a arrastrar afuera.

¿Qué habría sido del bote? ¿Se habría estrellado contra las paredes del fondo, y ahora tendrían que contar dos víctimas en vez de una?

Nada de esto. Olivier Sinclair había pasado rápidamente sin tropezar con el techo desigual de la bóveda. Echándose boca abajo en el fondo de la barca, había evitado los golpes de los salientes

basálticos de las paredes superiores de la gruta. En el espacio de un segundo había alcanzado la pared opuesta, temiendo solo que la resaca lo volviera a arrojar fuera.

Pero, por suerte, el bote había llegado hasta el fondo de la gruta, rompiéndose con el golpe, pero Olivier Sinclair pudo agarrarse a un saliente de basalto, con todas las fuerzas de que es capaz un hombre en peligro de ahogarse y, con un nuevo impulso, logró subir hasta la angosta plataforma.

Pocos instantes después, el bote, completamente destrozado, era arrojado fuera por las aguas que retrocedían, y los hermanos Melvill y Partridge lo contemplaron con ojos despavoridos, creyendo que su tripulante había perecido destrozado por el choque.

Capítulo XXI

Tempestad en una gruta

Olivier Sinclair estaba sano y salvo y, momentáneamente, en seguridad. La oscuridad era entonces muy profunda para que pudiera ver nada del interior. La claridad del día crepuscular solo penetraba en el intervalo que dejaban las embestidas del mar cuando la entrada se libraba de la masa de agua.

Sin embargo, Olivier Sinclair intentó hacer un reconocimiento del lugar para ver dónde se había refugiado la señorita Campbell… Pero fue inútil.

Entonces gritó:

—¡Señorita Campbell! ¡Señorita Campbell!

No podemos describir la emoción que le embargó al oír que le respondían:

—¡Señor Olivier! ¡Señor Olivier!

¡La señorita Campbell estaba viva!

Pero ¿en qué lugar se había podido guarecer para librarse de la embestida de las aguas?

Olivier Sinclair, arrastrándose por el reborde, dio la vuelta a la gruta de Fingal.

El desprendimiento de un trozo de basalto había producido una anfractuosidad de la forma de un nicho esférico. En aquel punto estaban los pilares desunidos. El hueco, bastante ancho por su abertura, se estrechaba de modo que no permitía colocarse en él más que a una persona. La tradición denominaba a aquel agujero el *sillón de Fingal*.

En él se había refugiado la señorita Campbell sorprendida por la

invasión del mar.

Cuando la imprudente joven vino unas horas antes, la marea descendente hacía perfectamente practicable la entrada de la gruta. Pero, sumida en sus ensueños, no se dio cuenta del peligro que la amenazaba hasta que vio como las aguas invadían la gruta, y, al querer salir, grande fue su espanto al ver que era prácticamente imposible efectuarlo.

Sin embargo, la señorita Campbell no perdió la serenidad y buscó un lugar donde protegerse, cosa que encontró al cabo de varias tentativas, arriesgándose a ser arrastrada por las olas en más de una ocasión.

En el *sillón de Fingal* la encontró Olivier Sinclair, apretujada en el angosto refugio, y con un suspiro de alivio, le dijo:

—¡Ah! ¡Señorita Campbell! ¡Cómo ha sido usted tan imprudente para exponerse de este modo en medio de la tempestad! ¡Temíamos que se hubiera ahogado!

—¡Pero usted ha venido a salvarme, señor Olivier! —contestó la señorita Campbell, más emocionada por la acción valerosa del joven, que espantada por los peligros que podían correr aún.

—He venido para sacarla de esta apurada situación, señorita Campbell, y lo conseguiré con la ayuda de Dios. ¿No tiene usted miedo?

—¡Yo no tengo miedo! ¡No! ¡Ya que usted está aquí, no tengo miedo de nada! Y, además, ¿podría sentir otra cosa que admiración ante tamaño espectáculo…? ¡Mire!

La señorita Campbell había retrocedido hasta el fondo de la cavidad; Olivier Sinclair, de pie ante ella, intentaba protegerla lo mejor que podía de las olas que penetraban furiosas hasta donde estaban.

Los dos permanecieron silenciosos. ¿Necesitaba Olivier Sinclair hablar para que se le comprendiera? ¿Qué falta hacían a la señorita Campbell las palabras para expresar todo lo que sentía? Pero el joven se daba cuenta con verdadera angustia, no para él, sino para la señorita Campbell, de que las amenazas del exterior aumentaban cada vez más. Al oír el ulular del viento y el estruendo del mar, fácilmente se comprendía que la tempestad se desencadenaba con un furor creciente. ¿No veían ya como el nivel del agua iba subiendo con la marea, amenazando con cubrir la gruta en pocas

horas?

No podían prever el límite de la marea, pero lo que sí podían ver era que la gruta iba llenándose de agua por momentos. Si la oscuridad no era completa, era debido a que la cresta de las olas reverberaba la luz exterior. Además anchas placas fosforescentes la repetían aquí y allí como reflejos eléctricos, que al chocar con las aristas de basalto despedían destellos de un lívido resplandor.

En uno de estos relámpagos de luz, Olivier Sinclair se volvió hacia la joven, contemplándola con una emoción que no era producida únicamente por el peligro. En cambio, la señorita Campbell se mantenía sonriente y completamente satisfecha por lo sublime del espectáculo: ¡una tempestad en una gruta!

En aquel momento una ola más fuerte se levantó hasta donde permanecían ellos, y Olivier Sinclair creyó que iba a arrastrarles fuera de su refugio; por esto estrechó a la muchacha entre sus brazos, como disputando una presa que el mar quisiera arrancarle.

—¡Olivier… Olivier! —exclamó ella, con un gesto de espanto, que no le fue posible contener.

—No tema usted nada, Elena —contestó Olivier Sinclair—. Yo la defenderé, Elena… yo…

Mientras afirmaba que la defendería, pensaba en cómo hacerlo. ¿Cómo podría sustraerla de la violencia de las olas, si la furia del mar crecía cada vez más y las aguas subían rápidamente? ¿Dónde irían a refugiarse si llegara a ser imposible permanecer en aquel lugar? Todos estos problemas se le aparecieron en su cruda y terrible realidad.

Pero Olivier Sinclair era un hombre que no perdía fácilmente la serenidad y conservóse dueño de sí mismo. Era de temer que la joven, si no perdía la fuerza moral, no tardaría en agotar la resistencia física. Exhausta por las largas horas de lucha, Olivier Sinclair sentía como la muchacha se iba debilitando poco a poco, y quiso tranquilizarla, a pesar de que él también empezaba a perder las esperanzas.

—¡Elena… mi querida Elena! —murmuró—. Cuando regresé a Oban supe… que fue gracias a usted… que me salvaron del abismo de Corryvreckan…

—¡Olivier… lo sabe usted! —contestó la señorita Campbell con un soplo de voz.

—¡Sí… y quiero corresponder hoy… salvándola a usted de la gruta de Fingal!

¡Cómo podía hablar de salvación Olivier Sinclair en el mismo momento en que las masas de agua caían abundantes sobre ellos! Dos o tres veces fueron casi arrastrados por los remolinos, y pudo resistirlos solo haciendo esfuerzos sobrehumanos, al sentir los brazos de la señorita Campbell rodeándole el cuerpo, y al pensar que el mar les arrastraría a los dos.

Serían las nueve y media de la noche. La tempestad había alcanzado el máximo grado de intensidad, pues las aguas se precipitaban en la gruta de Fingal con el ímpetu de un alud. Al chocar contra las paredes producían un ruido ensordecedor y tal era su furor que hacían saltar pedazos de roca con sus embates.

Con la violencia del agua, ¿era posible que los pilares de la gruta se derrumbasen? Olivier Sinclair lo temía todo, y se sentía invadido por un insoportable torpor. A veces les faltaba el aire, pues las olas parecían aspirarlo al retroceder hacia fuera.

En estas condiciones, la señorita Campbell, completamente agotada, vio que sus fuerzas la abandonaban, sintiéndose desfallecer.

—¡Olivier… Olivier! —murmuró cayendo desmayada entre sus brazos.

Olivier Sinclair se había acurrucado con la muchacha en la parte más profunda de la hendidura, y a pesar de sus esfuerzos, no podía reanimar aquel cuerpo frío e inconsciente.

El agua les llegaba ya a la cintura, y si él perdía el conocimiento, ya no habría salvación posible.

Pero el intrépido joven tuvo fuerzas para resistir durante varias horas todavía. Sostenía fuertemente a la señorita Campbell protegiéndola tanto como podía de los golpes de mar, luchaba apoyándose en los salientes de basalto, en medio de una oscuridad que la extinción de las fosforescencias hacía más profunda, en medio de aquel trueno continuo originado por choques, bramidos y silbidos. Aquella no era la voz de Selma que resonaba en el palacio de Fingal. Eran los terribles ladridos de los perros de Kamchatka, los cuales, según Michelet «en grandes manadas, a millares, en las largas noches, aúllan contra la rugiente ola, rivalizando en furor con el océano».

Por fin la marea empezó a descender. Olivier Sinclair se dio cuenta que con el descenso de la marea también decrecía el furor de las olas. La oscuridad dentro de la gruta era tan completa, que en el exterior que podía verse a través de la abertura que las olas no obstruían ya, parecía como si fuera el día. Algunos momentos después solo llegaban hasta el *sillón de Fingal* las últimas olas del mar embravecido, terminando la horrible convulsión que acababa de experimentar el líquido elemento. La esperanza volvió a renacer en el corazón de Olivier Sinclair.

Relacionando el tiempo transcurrido con el movimiento de la marea, seguramente habría pasado ya la medianoche. Dos horas más, y el agua habría abandonado el pasadizo de la gruta, haciéndolo practicable.

Esto era lo que Olivier Sinclair esperaba y esto es lo que sucedió llegado el momento.

Pero la señorita Campbell todavía no había recobrado el conocimiento. Olivier Sinclair la tomó en brazos, completamente inerme, y empezó a caminar por el estrecho saliente de la roca, que la furia de las olas había erosionado, así como había arrancado la barandilla de hierro que lo protegía.

Tenía que andar muy lentamente, pues cada vez que se levantaba una ola, tenía que detenerse o retroceder, para no ser arrastrado. Ya casi estaba a la salida, cuando una ola más grande que las otras se desplomó sobre él haciéndole tambalear… Creyó que la señorita Campbell se le escapaba de los brazos, y en un desesperado esfuerzo para no verse precipitado contra los salientes de la pared, echóse hacia delante y logró al fin hallarse fuera de la gruta, pisando tierra firme.

En pocos instantes llegó al extremo del acantilado, donde estaban aguardándolos los hermanos Melvill, Partridge y la señora Bess, que también había acudido.

¡Todos estaban salvados!

Pero, entonces, toda la tensión moral y física, tan sobrehumana, que había sostenido a Olivier Sinclair, tocó a su fin y el joven cayó sin sentido al pie de las rocas, después de haber depositado a la señorita Campbell entre los brazos de la señora Bess.

Pero sin su abnegado valor y su intrepidez, Elena no hubiera logrado salir con vida de la gruta de Fingal.

Comenzó a seguir el angosto resalto.

Capítulo XXII

El rayo verde

Pocos minutos después, bajo el frescor de la brisa, en el fondo de Clam-Shell, la señorita Campbell volvía en sí, como de un sueño, en el cual la imagen de Olivier Sinclair ocupaba todos los planos. De los peligros a que su imprudencia la había expuesto, ni se acordaba.

Todavía no podía hablar, pero al ver a Olivier Sinclair, dos lágrimas de agradecimiento le brotaron de los ojos, y, emocionada, tendió la mano a su salvador.

El hermano Sam y el hermano Sib, sin poder pronunciar una palabra, estrechaban al joven en un mismo abrazo. La señora Bess no se cansaba de hacerle reverencias y Partridge se moría de ganas de abrazarlo también.

Luego, como todos estaban muertos de cansancio, una vez se hubieron cambiado las ropas empapadas del agua del mar y del cielo, se echaron a dormir y la noche terminó apaciblemente.

Pero la impresión que se habían llevado no tenía que borrarse jamás del recuerdo de todos los protagonistas de aquella escena que había tenido lugar en la legendaria gruta de Fingal.

Al día siguiente, mientras la señorita Campbell descansaba en el lecho que le habían preparado al fondo de Clam-Shell, los hermanos Melvill se paseaban, cogidos del brazo, por delante de la cueva. No se decían nada, pero ¿tenían necesidad de palabras para expresar los mismos pensamientos? Los dos movían la cabeza de arriba abajo, cuando tenían que asentir, y de izquierda a derecha cuando denegaban. Y ¿qué otra cosa podían afirmar, sino que Olivier Sinclair había expuesto su vida para salvar a la imprudente

jovencita? ¿Y qué negaban? Pues que sus primeros proyectos fueran ya realizables. En aquella muda conversación, se dijeron muchas cosas, cuyo próximo desenlace veían claramente tanto el hermano Sam como el hermano Sib. A sus ojos, Olivier ya no era Olivier. Se había convertido en el propio Amin, el héroe más perfecto de las epopeyas gaélicas.

Por su parte, Olivier Sinclair era presa de una excitación extraordinaria. Por un sentimiento de delicadeza, deseaba sentirse solo. Se hubiera notado cohibido ante los hermanos Melvill, como si con su presencia quisiera exigir el pago de su abnegación. Por esto salió de la gruta de Clam-Shell y dirigió sus pasos hacia la meseta de Staffa.

En aquel momento todos sus pensamientos iban dirigidos a la señorita Campbell. De todos los peligros que había corrido, voluntariamente, es cierto, ya no se acordaba. De lo único que se acordaba de aquella noche horrible, era de las horas pasadas al lado de Elena, en aquel hueco oscuro, cuando la protegía con sus brazos de furor de las olas. Volvía a ver el rostro de aquella bella muchacha, más pálido por la fatiga que por el temor y volvía a oír su voz conmovida que le decía: «¡Cómo!, ¿ya lo sabía usted?», cuando él le había dicho: «Yo sé lo que hizo usted cuando iba a ahogarme en el abismo de Corryvreckan». Se imaginaba de nuevo en aquella estrecha gruta, dentro de la cual, queriéndose sin decírselo, habían sufrido y luchado uno al lado del otro durante largas horas. Allí habían dejado de ser el señor Sinclair y la señorita Campbell. Se habían llamado naturalmente Olivier y Elena, como si, en el momento en que la muerte les amenazaba, hubieran querido nacer a una nueva vida.

Una serie de pensamientos se agolpaban en la cabeza del joven mientras se paseaba por la meseta de Staffa. Por grandes que fueran sus deseos de volver al lado de la señorita Campbell, una fuerza invisible le retenía a pesar suyo, porque de hallarse en su presencia sin duda habría hablado demasiado, y no deseaba hacerlo.

Sin embargo, al igual que ocurre a veces con los fenómenos atmosféricos, que con la misma rapidez que se producen se desvanecen, el tiempo se había vuelto espléndido, y el cielo era de una pureza perfecta. El sol había rebasado el cénit sin que el horizonte se hubiera empañado con la más ligera bruma.

Olivier Sinclair, con la cabeza hirviendo con todos estos pensamientos, andaba nervioso bajo la intensa irradiación de los rayos solares, aspirando la brisa marina y llenándose los pulmones con aquella atmósfera vivificante.

De pronto, otro pensamiento cruzó por su mente —bien distinto de todos los que le embargaban—, cuando estuvo frente al límpido horizonte.

—¡El Rayo Verde! —exclamó—. Nunca el cielo se ha mostrado más propicio para nuestra observación, como ahora. Ni una nube, ni una bruma. Y no es probable que aparezcan, después de la borrasca de ayer que las barrió todas hacia el este. ¡Y la señorita Campbell que no pensará seguramente que en este día le está esperando una espléndida puesta de sol! ¡Debo… debo avisarla sin perder tiempo!

Olivier Sinclair, feliz de tener un motivo tan natural para volver al lado de Elena, dio media vuelta y corrió hacia la gruta de Clam-Shell.

Pocos minutos después se hallaba ante la señorita Campbell y sus dos tíos, que le sonreían afectuosamente, mientras la señora Bess le tendía la mano.

—Señorita Campbell —le dijo—, ¿se encuentra usted mejor…? Sí, ya lo veo… ¿Ha recuperado usted las fuerzas?

—Sí, señor Olivier —contestó la señorita Campbell, que se estremeció ligeramente al ver entrar al joven.

—Creo que haría usted bien —dijo entonces Olivier Sinclair— en venir hasta la meseta para respirar un poco la suave brisa purificada por la tempestad. El sol es magnífico y la reconfortará.

—El señor Sinclair tiene razón —dijo Sam.

—Toda la razón —añadió el hermano Sib.

—Y además, para decírselo de una vez, si mis presentimientos no me engañan —continuó Olivier Sinclair— me parece que dentro de algunas horas verá usted cumplirse su más caro deseo.

—¿Mi más caro deseo? —murmuró la señorita Campbell, como interrogándose a sí misma.

—Sí… el cielo es de una pureza perfecta y es muy probable que el sol se ponga en un horizonte sin nubes.

—¿Es posible? —exclamó el hermano Sam.

—¿Es posible? —repitió el hermano Sib.

—Y casi puedo asegurar —prosiguió Olivier Sinclair— que acaso esta misma tarde consigamos ver el Rayo Verde.

—¡El Rayo Verde! —exclamó la señorita Campbell.

Parecía buscar en sus recuerdos, un poco confusos, el significado de aquel Rayo Verde.

—¡Ah! ¡Sí! —exclamó al fin—. ¡Hemos venido aquí precisamente para ver el Rayo Verde!

—¡Vamos, vamos! —dijo el hermano Sam, contento con la ocasión que se le presentaba de sacar a la muchacha de aquel sopor —. Vámonos al otro lado del islote.

—Esto nos abrirá el apetito para la cena —añadió alegremente el hermano Sib.

Eran las cinco de la tarde.

Guiada por Olivier Sinclair, toda la familia, comprendiendo a la señorita Bess y a Partridge, salió de la gruta de Clam-Shell y subió hasta la meseta superior.

Había que ver la alegría que se pintaba en los rostros de los dos tíos cuando contemplaron aquel cielo tan magnífico, por el cual iba deslizándose el astro radiante. Quizás exageraban un poco, pero nunca se habían mostrado tan entusiasmados por el fenómeno. Parecía que por ellos y no por la señorita Campbell habían cambiado tantas veces de morada y sufrido tantas pruebas desde la quinta de Helensburgh hasta Staffa pasando por Iona y Oban.

En realidad, aquella tarde la puesta de sol debía ser tan hermosa que el ser más insensible, el más materialista, el más prosaico, no hubiera dejado de admirar el panorama que ellos veían extenderse ante sus ojos.

La señorita Campbell se sintió renacer en aquella atmósfera impregnada de las emanaciones salinas de que era portadora la suave brisa que venía del mar. Tenía bien abiertos sus grandes ojos contemplando la inmensidad del Atlántico. Y el color volvía a sus pálidas mejillas. ¡Qué hermosa estaba! ¡Qué encanto desprendía toda su persona en aquella actitud! Olivier Sinclair, que se había quedado un poco rezagado, la contemplaba en silencio, y él, que hasta entonces siempre la había acompañado en todos sus paseos, ahora se sentía turbado, con el corazón oprimido de angustia y apenas se atrevía a mirarla.

En cuanto a los hermanos Melvill estaban positivamente tan

radiantes como el mismo sol. Increpaban al astro rey con entusiasmo y le conminaban a que corriera al ocaso rápidamente en aquel horizonte sin brumas, suplicándole que se dignara enviarles su último rayo al finalizar aquel espléndido día.

Las poesías ossiánicas acudían a su mente verso tras verso:

¡Oh, tú que corres por encima de nuestra cabeza,
redondo como el escudo de nuestros padres,
dinos de dónde parten tus rayos, divino sol!
¿De dónde viene tu luz eterna?

¡Tú avanzas impasible con tu belleza majestuosa!
¡Las estrellas desaparecen en el firmamento!
¡La luna pálida y fría se esconde en las brumas de occidente!
¡Tú solo te mueves, oh sol!

¿Quién podría acompañarte en tu carrera?
¡La luna se pierde en los cielos;
tú solo eres siempre el mismo!
¡Tú te recreas sin cesar en tu esplendente marcha!

¡Cuando retumba el trueno y luce el relámpago,
tú sales de la nube con toda tu hermosura
y te ríes de la tempestad!

Y con esta disposición de espíritu, recitando versos, los dos hermanos fueron andando hasta el extremo de la meseta de Staffa, frente al mar. Allí se sentaron sobre unas rocas, frente al horizonte donde nada parecía alterar la fina línea que separa al cielo del agua.

¡Y esta vez sí que no habría ningún Aristobulus Ursiclos que se interpusiera entre el horizonte y el islote de Staffa!

Entretanto, la brisa iba menguando con el día, y las últimas olas morían al pie de las rocas en el suave balanceo de la marea. Mar adentro, el agua era lisa como un espejo. Todas las circunstancias eran, pues, propicias para la aparición del fenómeno.

Pero he aquí que media hora más tarde, Partridge extendía la mano hacia el sur, exclamando:

—¡Una vela!

¡Una vela! ¿Iría a pasar precisamente ante el disco solar en el momento en que este desapareciera en el horizonte? ¡Verdaderamente hubiera sido algo más que mala suerte!

La embarcación salía del estrecho que separa la isla de Iona de la punta de Mull. Navegaba despacio, empujada más por la marea

que por la ligera brisa que apenas hinchaba su vela.

—Es el *Clorinda* —dijo Olivier Sinclair—; pero como hace la ruta para fondear en la isla de Staffa, pasará más cerca y no estorbará nuestra observación.

Efectivamente, era el *Clorinda*, que después de contornear la isla de Mull por el sur, se dirigía a la bahía de Clam-Shell para anclar allí.

Todas las miradas de nuestros amigos estaban fijas en el horizonte oeste.

El sol iba descendiendo con la rapidez que parece animarlo al llegar a la proximidad del mar. En la superficie de las aguas brillaba ya una larga estela plateada lanzada por el disco cuya irradiación era aún insostenible. De aquel matiz de oro viejo que ofrecía al caer, pasó al rojo cereza. Entornando los párpados veíanse brillar como espejos, rombos encamados y círculos amarillos que se mezclaban y confundían como los fugitivos colores del calidoscopio. Ligeras estrías onduladas producían rayas en aquella especie de cola de cometa trazada por la reverberación en la superficie de las aguas, y los ojos creían distinguir una lluvia de lentejuelas plateadas que se tomaban más pálidas al aproximarse a la orilla.

En toda la extensión del horizonte no había ni la más ligera nube, ni señales de bruma. Nada enturbiaba la limpidez de aquella línea circular, que parecía trazada con un compás de precisión.

Todos, inmóviles y más emocionados de lo que se pueda imaginar, miraban el disco solar que iba moviéndose oblicuamente hacia el horizonte, descendiendo cada vez más, hasta que pareció quedar suspendido un instante sobre el abismo. Luego la curva del disco empezó a desaparecer dentro del agua.

No había duda alguna sobre la presentación del fenómeno. ¡Nada turbaría aquella admirable puesta de sol! ¡Nada vendría a interceptar su último rayo!

No tardó en desaparecer la mitad del disco del sol detrás de la línea del horizonte. Algunos rayos luminosos lanzados como flechas de oro, brillaron un momento sobre las rocas de Staffa. Detrás de ellos, los acantilados de la isla de Mull y el monte de Ben More, se tiñeron de púrpura.

Por fin solo quedó un ligero segmento del arco superior flotando en el horizonte.

—¡El Rayo Verde! ¡El Rayo Verde! —exclamaron al unísono los hermanos Melvill, la señora Bess y Partridge, cuyos ojos se habían impregnado por un cuarto de segundo con aquella incomparable tonalidad del último rayo del sol.

Únicamente Olivier y Elena no habían visto nada del fenómeno que acababa de producirse, después de tantos intentos infructuosos.

En el momento en que el sol lanzaba su última rayo a través del espacio, sus miradas se cruzaban olvidándose de todo en la mutua contemplación.

Pero Elena había visto el rayo negro que lanzaban los ojos del joven; y Olivier el rayo azul que se había escapado de los ojos de la muchacha.

El sol había desaparecido totalmente: pero ¡ni Olivier ni Elena habían visto el Rayo Verde!

¡Ni Olivier ni Elena habían visto el Rayo Verde!

Capítulo XXIII

Conclusión

Al día siguiente, 12 de septiembre, el *Clorinda* zarpaba con buena mar y brisa favorable, navegando por el suroeste del archipiélago de las Hébridas. Muy pronto Staffa, Iona y la punta de Mull desaparecieron detrás de los acantilados de la gran isla.

Después de una feliz travesía, los pasajeros del yate desembarcaron en el pequeño puerto de Oban; luego cogieron el tren, pasaron por el más pintoresco lugar de los Highlands, y regresaron a su finca de Helensburgh.

Dieciocho días más tarde se celebró con gran pompa un casamiento en la iglesia de San Jorge de Glasgow; pero debemos aclarar que no se trataba de la de Aristobulus Ursiclos con la señorita Campbell. Aun cuando el novio era Olivier Sinclair, el hermano Sam y el hermano Sib se mostraban tan satisfechos como su sobrina.

Sería inútil añadir que aquella unión, efectuada en aquellas circunstancias, tenía todas las condiciones para ser feliz. La finca de Helensburgh, el hotel de West George Street, en Glasgow, el país entero, hubiera sido insuficiente para contener toda la felicidad que, como sabemos, había cabido en la pequeña gruta de Fingal.

Pero de aquella última tarde pasada en la meseta de Staffa, Olivier Sinclair, a pesar de no haber visto el fenómeno, tan buscado, tuvo interés en plasmar el recuerdo de una manera más duradera. Por esto un día expuso una «puesta de sol» de un efecto muy particular, en la cual se admiró mucho un rayo verde, de gran intensidad, que parecía pintado con el tono de una esmeralda en

fusión.

Aquel cuadro levantó una ola de admiración y de discusiones, ya que mientras unos pretendían que era un efecto natural reproducido maravillosamente, otros sostenían que era puramente fantástico, y que la naturaleza no producía nunca efectos semejantes.

Esto causaba una gran irritación en los dos tíos, que habían visto el famoso rayo y daban la razón al joven pintor.

—Incluso —dijo el hermano Sam— es mejor mirar el Rayo Verde en pintura…

—… que al natural —contestó el hermano Sib—; pues el mirar tantas puestas de sol una tras de otra, llega a dañar la vista.

Y tenían toda la razón, los hermanos Melvill.

Dos meses después, los recién casados y sus tíos se paseaban por las orillas del Clyde, frente al jardín de la finca, cuando encontraron inesperadamente a Aristobulus Ursiclos.

El joven sabio, que seguía con el máximo interés los trabajos de drenaje del río, se dirigía hacia la estación de Helensburgh cuando se tropezó con sus antiguos compañeros de Oban.

Pudiera creerse que Aristobulus Ursiclos había sufrido con el abandono de la señorita Campbell, pero esto sería no conocerlo bien. Pues no experimentó ninguna turbación al hallarse en presencia de la joven señora Sinclair.

Se saludaron cordialmente unos a otros, Aristobulus Ursiclos felicitó cortésmente a los recién casados.

Los hermanos Melvill, al verlo en tan buenas disposiciones, no pudieron menos de expresar cuán felices se sentían por aquella boda.

—Me siento tan feliz —dijo el hermano Sam— que a veces, cuando estoy solo, me río sin motivo…

—Pues yo me pongo a llorar —dijo el hermano Sib.

—Bueno, caballeros —dijo Aristobulus Ursiclos—, es la primera vez que no están ustedes de acuerdo. Uno de ustedes llora cuando el otro ríe…

—Es exactamente lo mismo, señor Ursiclos —observó Olivier Sinclair.

—Exactamente —añadió su esposa, alargando la mano a sus tíos.

—¿Cómo que es lo mismo? —contestó Aristobulus Ursiclos, con aquel tono de superioridad que le caracterizaba—; eso sí que no…

¡de ninguna manera! ¿Qué es la sonrisa? Una expresión voluntaria y particular de los músculos del rostro, a la cual los fenómenos de la respiración son casi extraños mientras que el llanto…

—¿El llanto? —preguntó la señora Sinclair.

—Es únicamente un humor que lubrifica el glóbulo del ojo, un compuesto de cloruro sódico, de fosfato cálcico y de clorato sódico.

—En química, seguramente tendrá usted razón, señor Ursiclos —dijo Olivier Sinclair—, pero solamente en química.

—No comprendo la diferencia —contestó agriamente Aristobulus Ursiclos.

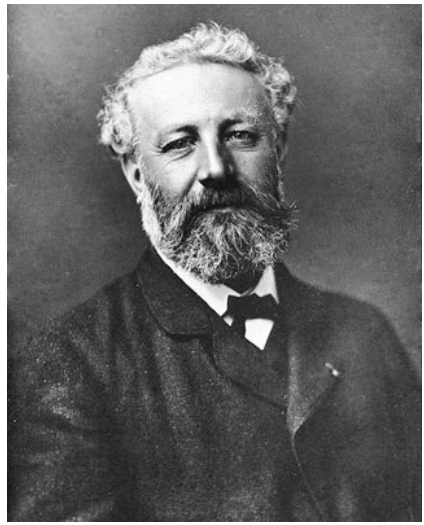
Y, saludando con una rigidez geométrica, reanudó lentamente el camino de la estación.

—Vamos, ¡ahí tenéis a este pobre señor Ursiclos que pretende explicar las cosas del corazón como se ha explicado el fenómeno del Rayo Verde! —dijo la señora Sinclair.

—Pero, en realidad, mi querida Elena —contestó Olivier Sinclair —, nosotros no hemos visto este rayo que tanto hemos buscado.

—Hemos visto algo mejor —dijo en voz baja Elena—. Hemos visto la misma felicidad, la que la leyenda atribuye a la observación de este fenómeno. Y ya que la hemos encontrado, mi querido Olivier, ¡no necesitamos nada más, y podemos ceder a los que no lo conocen y quieren conocerlo, el famoso Rayo Verde!

FIN



JULES VERNE (Nantes, Francia, 1828 - Amiens, 1905). Verne fue el mayor de los cinco hijos del matrimonio formado por Pierre Verne y Sophie Allotte de la Fuÿe.

Fue un joven rebelde y propenso a la aventura. Desde muy pronto siente inclinación por los viajes. Intenta fugarse en un navío hacia la India cuando cuenta once años; su padre consigue detenerle en el mismo barco y le aplica un severo castigo: azotado con un látigo y encerrado a pan y agua. Pero lo que más le duele es la promesa que se le obliga a pronunciar: nunca pretenderá viajar más que con la imaginación.

Cursó estudios de leyes en París. En 1856 conoce a Honorine de Vyane, con la que contrajo matrimonio en 1857 y con la que tuvo a su hijo Michel Verne, tras establecerse en París como agente de bolsa. Entre 1848 y 1863 se dedicó a escribir libretos de ópera y obras de teatro. Su primer éxito le llegó cuando publicó *Cinco semanas en globo* (1863), un éxito fulminante gracias al cual firmó un espléndido contrato con el editor P. J. Hetzel, que le garantizaba la cantidad anual de
20 000
francos durante los siguientes veinte años, a cambio se obligaba a escribir dos novelas de un nuevo estilo cada año. El contrato fue

renovado por Hetzel y más tarde por el hijo de este, con el resultado de que, durante más de cuarenta años, los *Voyages extraordinaires* (Viajes extraordinarios) aparecieron en capítulos mensuales dentro de la revista *Magasin et de recreation d'education*

.

Escritor al que le encantaba la ciencia y los inventos en el siglo XIX. Documentaba sus aventuras y predijo acertando muchos de los logros científicos del siglo XX. Escribió sobre cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, aire acondicionado, misiles dirigidos e imágenes en movimiento, mucho tiempo antes de que aparecieran.

Entre sus libros destacan: *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La isla misteriosa* (1870) y *La vuelta al mundo en ochenta días* (1872). Autor de más de ochenta títulos que han sido traducidos a 112 idiomas. Sus obras fueron llevadas al cine.

Tuvo una mala salud que le acompañó durante toda su vida; sufrió ataques de parálisis, era diabético y acabó por perder vista y oído. Fue agredido por uno de sus sobrinos, que le disparó un tiro a quemarropa dejándolo cojo.

En 1892 fue distinguido con la Legión de Honor.

Julio Verne falleció el 24 de Marzo de 1905 en Amiens (Francia).

Notas

[1] Rob Roy, célebre novela de Walter Scott. < <

[2] Títulos todos de obras de Walter Scott. < <

[3] *Mucho ruido y pocas nueces*, comedia de William Shakespeare en la que la alegre y aguda Beatriz, y Benedicto, soltero impenitente e ingenioso, se encarnizan en atacarse con sus burlas; sin embargo, sus amigos se las componen para urdir un enredo que provoque el enamoramiento de la pareja y su boda (N. del E. D.). <<

[4] Tierras Altas, de Escocia. <<

[5] Gaitero escocés (N. del T.). <<

[6] Personaje y novela, respectivamente, del escritor Walter Scott (N. del E. D.). <<

[7] Especie de hamaca hecha de lona o tejido de malla en forma de rectángulo que, colgado de sus cabezas, sirve de cama a bordo (N. del E. D.). <<